

A close-up profile of a woman with blonde hair, wearing a blue dress with a white lace collar and a large black tassel earring. She is looking out a window with wooden frames. The background is softly blurred, showing a glimpse of a green landscape.

*Duelo
de voluntades*

A large stone castle with multiple towers and battlements, situated on a cliffside overlooking a body of water. The scene is captured during sunset or sunrise, with a warm, golden glow in the sky and a reflection of the castle on the water's surface.

OLGA
SALAR *se*

Cuando el sentido del honor de un caballero se interpone al amor, cada batalla librada es decisiva.

La vida de lord Colin Strafford se deshace a pedazos cuando pierde a Lucien Masterson, su mejor amigo, en un duelo absurdo en el que se ve obligado a ejercer de padrino. A partir de ese momento su antiguo tutor, y padre de Lucien, le prohíbe acercarse a su familia. Aun así, Colin todavía se siente obligado a proteger a Elisabeth Masterson, la única hermana de su difunto compañero de correrías. Aunque pronto se da cuenta de que la dama no necesita de su protección.

Elisabeth ha sido presentada en sociedad gracias a su tía, quien también ha acogido bajo su ala a lady Amelia Bradbury. Una treta de esta última consigue que Colin se dirija a Elisabeth por fin, un hecho que deja intrigado a Harry Strafford, duque de Bollingbroke y hermano de lord Colin.

Desde ese momento, Harry aconseja a Elisabeth para que conquiste a su hermano. Ella toma al pie de la letra los consejos del duque y comete un error que pagará muy caro. Con una boda, nada más y nada menos.

Pero estar casados no hace que Colin sienta ninguna obligación hacia su esposa. Decidido a reparar su error, Harry apoya a su cuñada, consiguiendo que su hermano se dé cuenta de lo mucho que desea a su mujer.



Olga Salar

Duelo de voluntades

ePub r1.1

Titivillus 21.01.2019

Título original: *Duelo de voluntades*
Olga Salar, 2018

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0



Para Aitana, por ser lo mejor que he hecho y que haré nunca.

*Si no recuerdas la más ligera locura en que el amor te hizo
caer, no has amado.*

WILLIAM SHAKESPEARE

Prólogo

Londres, 1813

Cuando lord Colin Strafford entró, pasada la medianoche, en el despacho del conde de Waverly, era plenamente consciente de que se le iba a exigir un milagro.

Y a pesar de ello, siguió con paso firme al mayordomo, decidido, mostrando la misma serenidad que siempre le había caracterizado, incluso en los momentos más desesperados de su vida. Incluyó apenas la cabeza a modo de saludo ante la imponente figura del conde, y esperó a que su antiguo tutor le lanzara el desafío.

Lord Anthony Masterson, conde de Waverly, había sido durante su adolescencia, junto con la de su hermano mayor, las únicas figuras a las que Colin había respetado.

Tras la inesperada muerte de sus padres, el niño aplicado y educado que siempre había sido, se reveló contra todo, consciente de que la existencia podía durar largos años, o apenas un segundo. Fue, tras llegar a tan profunda conclusión, cuando su vida se transformó en un ir y venir de fiestas y de diversión sin medida. Se trasladó a la universidad y estudió lo que se le impuso, pero ni se alistó en el ejército ni encontró su vocación en la Iglesia o en el Derecho, como correspondía al hijo segundo de un duque. Gracias a la herencia de su tía abuela lady Randall, consiguió la libertad de vivir su vida como quisiera, sin depender de nadie más que de sí mismo y de sus propios deseos.

La fortuna de la viuda era comparable a la de su hermano, ambos tan ricos como Crespo, y con apenas veinte años se encontró en disposición de

hacer su voluntad.

La única nota discordante en su ansiada libertad era que su hermano Harry, cuatro años mayor que él y duque de Bollingbroke, aún no se hubiera casado, lo que muy a su pesar le convertía en el heredero de uno de los ducados más antiguos y respetados de toda Inglaterra. Colin quería y respetaba a su hermano, aunque no podían ser más diferentes de lo que ya eran.

Mientras Harry cuidaba excesivamente las formas y era un modelo de decoro y distinción entre sus semejantes, Colin había elegido vivir su vida sin ningún tipo de atadura, hacía lo que quería cómo, dónde y cuándo deseaba y no entraba en sus planes atarse con una responsabilidad. El matrimonio quedaba fuera de sus aspiraciones, puesto que no deseaba una esposa a la que abandonar si las parcas cortaban sus hilos antes de tiempo, del mismo modo en que sus padres le habían abandonado a él.

La profunda voz del conde rompió el silencio cuando le invitó a sentarse frente a él. Era la misma voz que les había anunciado años atrás la muerte de sus progenitores. El conde había sido íntimo amigo del anterior duque de Bollingbroke, y durante el tiempo en que Harry fue menor de edad también ejerció como tutor de ambos.

Waverly volvió a hablar, pero las palabras no llegaron a penetrar completamente en su cerebro, aunque fueron suficientes para sacarle de sus pensamientos:

—Supongo que estás al corriente de la descabellada idea de Lucien de batirse en duelo para limpiar la dudosa reputación de cierta dama. —Las últimas palabras de su discurso fueron pronunciadas con desprecio. Como si pronunciarlas le dejara un regusto amargo en la boca.

—Sí. Estoy enterado. Lucien me ha buscado esta tarde en el club para pedirme que sea su padrino.

—Entiendo que te habrás negado.

—No, en realidad he aceptado —confesó, sin ningún tipo de remordimientos.

Lucien era su mejor amigo y no tenía intención de abandonarle, estuviera de acuerdo o no con su decisión.

Su primera opción fue hacerle entrar en razón, no obstante, cuando comprendió que los razonamientos y las peticiones para que cancelara el duelo no iban a hacer mella en él, supo que no iba a tener otra opción más que acompañarle hasta las últimas consecuencias. De nada había servido que le dijera que un caballero no se batía en duelo para limpiar el honor de una amante. Y menos aún de una que ni siquiera era capaz de serle fiel a su protector.

De cualquier manera, Colin no podía dar de lado a la única persona que, junto con su hermano, creía en él.

—Colin, te exijo que te niegues. Tienes que hablar con mi hijo, hacerle entrar en razón... —El conde no pudo seguir por más tiempo sentado. Se levantó y fue a servirse de nuevo una copa de *brandy*. Sirvió dos copas sin preguntarle a Colin si quería unirse a él. Sabedor de que nadie se atrevería a discutir sus decisiones.

—Créame, ya lo he hecho y no ha servido de nada —dijo aceptando la copa que le tendía.

—Niégate a ser su padrino. Esa mujer no se merece que mi hijo arriesgue su vida y su reputación por ella —maldijo entre dientes el conde.

—No voy a hacer eso. Lucien es mi mejor amigo, no tengo intención de abandonarle. Además, usted sabe tan bien como yo que tampoco serviría de nada, lo haría de todos modos. Conmigo o sin mí, está decidido a llevar a cabo el duelo.

—Entonces impídeselo —dijo presionándose las sienes en busca de alivio. Sentía que iba a estallarle la cabeza. Las preocupaciones y el *brandy* nunca habían sido una buena combinación y, aun así, era lo único que impedía que acabara él mismo con el problema.

—Haré todo lo que pueda. Pero no le garantizo nada —dijo Colin tras vaciar de un trago su copa.

—Eso no será suficiente. Deshazte de su oponente. Haz lo que sea necesario, pero no consientas que mi hijo muera por esto.

—¿Cree que quiero ver morir a mi mejor amigo? —preguntó alzando la voz.

El conde se dio la vuelta sin responder, se notaba la tensión en sus hombros. Colin se levantó entre ofendido y apenado por el aspecto de su

antiguo tutor, siempre tan pulcro y en esos momentos tan roto y desaliñado por el miedo.

—Volveré cuando todo termine —anunció.

El conde se limitó a asentir con la cabeza.

Antes de marcharse, Colin vio cómo volvía a acercarse a la botella de *brandy* y se rellenaba el vaso.

En silencio, sin nada más que hacer o decir, se encaminó hacia la puerta por la que minutos antes había entrado. Aunque al salir su ánimo fuera mucho más funesto de lo que lo había sido cuando entró.

Bloomfield tosió con descaro al pasar junto a Elisabeth, era demasiado educado para reprender a la señorita de la casa por escuchar tras las puertas cerradas de la biblioteca, donde su padre y su invitado hablaban de temas demasiado delicados para tan tiernos oídos. No obstante, su impecable educación no le impedía hacer notar su presencia. Elisabeth enrojeció al ser sorprendida por el mayordomo, pero, aun así, siguió escuchando, atenta de no perderse ninguna palabra.

No lo hubiera hecho aunque no estuviera relacionado con su hermano Lucien, al que adoraba. Nada ni nadie habría sido capaz de apartarla de la puerta del estudio de su padre cuando Colin Strafford estaba allí dentro hablando con él.

Capítulo 1

Londres, 1817

Lord Colin Strafford no perdía de vista a una de las parejas que estaban bailando el vals en ese instante en el atestado salón de los Sheene. Pero eso no era nada nuevo, Colin evaluaba a todos y cada uno de los caballeros que danzaban con Elisabeth Masterson, había sido así durante los últimos dos años. Comenzó el día en que Elisabeth volvió a asistir a eventos sociales tras el luto por la muerte de su hermano Lucien. Esa noche la joven había bailado con el barón Sheffield, uno de los libertinos más notorios de Londres, y había sido testigo de las atenciones del mismo.

Colin le había otorgado su protección tras comprobar cómo lady Margareth, la tía de Elisabeth que la presentaba en sociedad, una mujer que no tendría más de cincuenta años y que debería estar al tanto de los defectos de cada uno de los pretendientes de su sobrina, le permitía bailar con semejantes hombres sin escrúpulos, capaces de cualquier cosa por conseguir comprometer a una rica heredera. Por todo ello, se sintió en la obligación de velar por su reputación tal y como habría hecho Lucien de haber estado vivo.

Tras el largo periodo de luto, Elisabeth había regresado más hermosa que nunca, motivo por el que atraía muchas miradas tanto de hombres que buscaban esposa como de vividores como el barón, que ansiaban su dote para saldar sus deudas, tan habituales entre los de su clase social. Eso sin mencionar a las matronas que pretendían casar a sus hijas y que la veían como una importante competencia para sus ambiciosos fines.

Durante los dos años que duró el luto, la familia Masterson se trasladó al campo, a la casa solariega de los duques de Waverly en Kent, por lo que

Colin no volvió a verla hasta el comienzo de la que debería haber sido su tercera temporada. La jovencita desgarbada que recordaba se había convertido en una joven muy hermosa y tentadora. Sin abandonar los tonos pastel, se había permitido incluir en su vestuario algún que otro vestido en tonos más oscuros que, a pesar de ser discretos, conseguían resaltar la blancura de su piel y el color oscuro de su cabello. Así mismo, esos dos años alejada del tumultuoso Londres habían incrementado considerablemente su belleza y, sobre todo, su carácter independiente.

Si bien no podría considerarse una incomparable, ya que su físico no entraba dentro de los cánones establecidos por la sociedad como el paradigma de la perfección, su pelo era tan oscuro que a la luz de las velas se vislumbraban mechones rojizos, sus ojos eran verdes y rasgados, enmarcados por pestañas negras y cejas finas. Unos ojos exóticos y tan expresivos que era imposible que ocultaran su enfado o su alegría a nadie que la estuviera mirando atentamente.

Su cuerpo era esbelto, voluptuoso, aunque demasiado delgado para ser el adecuado para erigirse en incomparable. Además, era alta, otra cualidad que la alejaba del precepto que había establecido la sociedad como modelo de belleza. En la que las mujeres menudas eran las consideradas hermosas.

El vals terminó en ese momento, pero el marqués de Rochdale, en lugar de acompañar a Elisabeth hasta donde estaban su tía y su prima Amelia, le ofreció el brazo y la llevó hasta una de las terrazas de la mansión de los condes de Sheene. Un paseo por el jardín sería la elección más adecuada, puesto que allí se encontraban la gran cantidad de parejas que habían salido a respirar aire fresco. Los balcones, en cambio, estaban vacíos y eran poco apropiados para que una pareja paseara a solas.

Con discreción, Colin tomó el mismo camino, pero se desvió en el último momento para salir por otra de las puertas secundarias que daban al mismo balcón. Salió a una zona más alejada, pero lo suficientemente cercana como para poder escuchar sin problemas la conversación que estaba teniendo lugar frente a él.

Estaba separado de ellos únicamente por un seto que era lo bastante tupido y alto para que se escondiera un hombre de su tamaño.

Colin rezó para que nadie le encontrara en esa tesitura, espiando a una dama casadera que, para mayor escándalo, era la hija del hombre que más le despreciaba sobre la faz de la Tierra.

La última conversación que mantuvo con el conde regresó a su mente con tanta fuerza como si hubiese recibido un puñetazo en la mandíbula.

Derrotado por los últimos acontecimientos se paró frente al número cincuenta y dos de Brook Street en Mayfair y llamó a la puerta. El mismo mayordomo que le había acompañado horas antes, volvió a precederle en el camino hasta el despacho del conde.

En esa ocasión no hubo ningún tipo de conversación entre ellos, Colin llamó, el mayordomo abrió en silencio y se hizo a un lado para dejarle pasar.

Ahora caminaba tras él casi arrastrando los pies, forzando a sus piernas a dar un paso más. La entereza le había abandonado justo en el instante en que vio a Lucien desplomarse en el suelo mientras su camisa blanca se teñía de rojo. En ese fatídico momento en que supo que jamás se levantaría de allí. Al menos no por sí mismo.

Escuchó al sirviente hablar, pero no se molestó en atender a lo que decía. Entró en el despacho con la vista clavada en el conde, quien parecía no haberse cambiado de ropa desde la noche anterior. No llevaba ningún pañuelo en el cuello ni tampoco chaqueta, su camisa blanca estaba arrugada y arremangada en los antebrazos. Nadie diría que aquel hombre que tenía frente a él era uno de los pilares de la sociedad. Su papel en la cámara de los lores, la antigüedad de su título y su propio carácter le habían colocado en lugar preeminente entre sus semejantes. Esa misma mañana cuando había ido a verle era un hombre de poco más de cincuenta años, elegante y bien parecido, y en cambio, horas después, parecía un viejo roto por el dolor y la pena.

—No te atrevas a decirlo —le retó el conde—. No te atrevas a decir que mi heredero ha muerto y que tú no has sido capaz de impedirlo.

Por si acaso los rumores del desenlace no hubieran llegado hasta él o el conde no hubiese dispuesto que algún sirviente siguiera a Lucien para estar al tanto de lo que sucediera en el duelo, la cara de Colin, que hablaba más alto que su propia voz, le corroboró lo que ya sabía.

—He hecho todo cuanto he podido. Incluso había convencido a Worth para que apuntara desviado. Después del comportamiento de lady Ballister

con ellos, había aceptado hacerlo. —Se llevó las manos a la cabeza y se apretó el cráneo con ambas manos.

—¿Y Lucien?

—Me costó convencerle de que era lo mejor, pero también había aceptado apuntar desviado. ¡No sé qué pasó! Las pistolas estaban trucadas. ¡No lo sé!

—Eras su padrino. Tendrías que haberlas revisado —gritó fuera de sí el conde.

—¡Lo hice! Las traje el propio Lucien, eran suyas, ¡maldita sea! ¡Suyas!

—No te atrevas a culparme a mí de tu incompetencia. Te pedí que lo salvaras. En todos estos años es lo único que he necesitado de ti. —La voz le temblaba por la ira que le embargaba y por el *brandy* ingerido—. Y no has cumplido. No has sido capaz de devolverme todos los años que os he dedicado a ti y a tu hermano.

—¡Lo intenté! Era mi mejor amigo —apuntó, roto de dolor, aunque intentara recomponerse.

—Eso ya no importa. Mi hijo está muerto y tú consentiste que muriera, es casi como si tú lo hubieras matado. Después de todo lo que he hecho por vosotros, ¿esta es tu forma de darme las gracias?

—Hice todo cuanto estaba en mi mano —se defendió Colin, aunque de alguna manera era a sí mismo a quien trataba de convencer con esa afirmación—. Las pistolas...

—No quiero que regreses por aquí —le interrumpió antes de que pudiera volver a disculparse—. Te prohíbo que hables con Elisabeth y conmigo. No quiero que nadie que tenga que ver con mi familia tenga tratos contigo o con tu linaje. Informa a Harry de que me importa muy poco que sea un duque, tampoco quiero que él se acerque a mi hija. Es lo único que me queda y no voy a permitir que me la arrebatéis. Olvídate de que alguna vez acaricié la idea de que los Strafford entrarais a formar parte de mi familia y alejaos los dos de ella.

—Así será.

—¡Bloomfield! —gritó el conde.

El mayordomo apareció tres segundos después como si hubiese estado en la puerta a la espera de que su señor le llamara.

—¿Milord? —preguntó con eficiencia.

—Acompaña a lord Strafford hasta la puerta y asegúrate de que recuerdas bien su rostro, porque nunca más se le va a permitir el acceso en esta casa. ¿He sido claro? —preguntó mirando a Colin, con los ojos completamente idos.

—Muy claro. Avisaré al duque de Bollingbroke de que esos son sus deseos. No se preocupe, los Strafford sabemos estar a la altura de cualquier circunstancia.

Y dicho esto salió por la puerta sin esperar a que el mayordomo le indicara el camino. Aún no había llegado a la puerta cuando se topó con los ojos verdes de Elisabeth, rojos por el llanto.

—¿Colin?

—Lo siento mucho, Elisabeth. Te juro que lo intenté. Estaba convencido de que todo se iba a solucionar... —musitó, dejándose llevar solo un instante por el dolor que a duras penas lograba mantener a raya.

Y siguió en dirección a la puerta principal de donde salió sabiendo que nunca más se le permitiría regresar y que nada ni nadie en el mundo conseguiría que él quisiera hacerlo. Nadie.

Elisabeth se detuvo en cuanto atravesaron las puertas del balcón, pero no se soltó del brazo de lord Matthew Bonham, marqués de Rochdale. Tras finalizar el baile le había comentado su intención de acompañarla hasta el lado de su tía, pero Elisabeth, consciente de que estaba siendo observada, había querido comprobar cuál era el límite de su vigilante.

No tenía planeado nada más allá de un simple coqueteo a la luz de la luna, el marqués era un caballero apuesto y atento, pero ella no estaba interesada en él de ese modo. De hecho, la única persona a la que Elisabeth veía como un potencial pretendiente era precisamente la persona que más la despreciaba en el mundo, aquel al que jamás podría tener.

A su regreso a Londres y tras varios intentos por entablar una conversación con él, se dio cuenta de que lord Colin Strafford no quería tener ningún tipo de trato con ella. Y ahí radicaba la curiosidad de la joven, ¿por qué un caballero que le negaba incluso el saludo estaba tan pendiente de sus

movimientos en cada baile en el que los dos coincidían? A veces la vigilaba incluso en el teatro o en las veladas musicales a las que la tía Margareth las arrastraba a Amelia y a ella. Lo más sorprendente de todo era que la única persona que parecía darse cuenta de su inexplicable interés era ella misma. Ni su tía ni Amelia habían comentado nada al respecto y Elisabeth, hasta esa noche, incluso había llegado a plantearse si no eran más que imaginaciones suyas.

Y por muy dolida y decepcionada que se sintiera con él por sus desplantes, no podía evitar recordar al detalle cada palabra de la última conversación que habían mantenido el día del funeral de su hermano. El día que acabó de golpe con sus sueños y la hizo dejar atrás la vida de niña acomodada y feliz de la que había disfrutado siempre.

Hacía al menos una hora que los servicios religiosos habían terminado. Sin embargo, marcharse de allí suponía para Elisabeth decirle adiós para siempre a su hermano. Su padre no vio con buenos ojos que su hija se quedara allí, sola. No obstante, gracias a la intervención de la tía Margareth, quien apuntó que si una dama podía estar segura en algún lugar ese lugar era sin duda la iglesia, el conde le permitió quedarse para despedirse a solas de Lucien. No sin antes ordenar a Riona, su doncella, y a un lacayo que la esperaran en la puerta para que no tuviera que regresar sola a casa.

Elisabeth no volvió la cabeza al escuchar pasos tras de sí. Creyendo que, al igual que ella, la persona que buscaba refugio en el santo lugar no querría verse importunado por miradas curiosas. No fue hasta que notó que alguien tomaba asiento a su lado en el mismo banco que se dio la vuelta para comprobar de quién se trataba.

—¡Colin, has venido! —exclamó lanzándose a sus brazos.

Él la recibió al instante y su mirada torturada le dijo a Elisabeth que sufría tanto como ella.

Las lágrimas que había logrado mantener sin derramar delante de la aristocracia londinense, que había acudido a compartir el dolor de la familia, se desbordaron en ese preciso instante, sabedora de que Colin le ofrecería el consuelo que su padre no había sabido o no había querido darle. Después de

todo, tanto Colin como ella misma eran los únicos que sentían la pérdida del ser humano, no del heredero o del futuro conde.

—No llores, Elisabeth. Por favor, no llores —pidió con la voz rota por la pena.

La joven fue consciente de que él también parecía a punto de derrumbarse.

Alzó la cabeza para mirarle, apartándose lo justo de él.

—Me voy al campo, Colin. Mi padre está fuera de sí y me obliga a ir con él. Ni siquiera ha querido que Lucien fuera enterrado en el cementerio de la familia en Englefield Manor. —Las lágrimas le empañaban la mirada—. Prométeme que te encargarás de que mi hermano tenga flores frescas —suplicó, aún consciente de que Lucien ya no iba a poder disfrutar de ellas.

—Te lo prometo, Elisabeth. Tienes mi palabra de que velaré por ello. —«Velaré por su tumba lo que no hice por su persona, se dijo a sí mismo, maldiciéndose por no haber logrado salvarle».

—¿Vendrás a visitarme? Te necesito, Colin.

Ella debería haberse dado cuenta de que la sonrisa triste que Colin le ofreció indicaba más de lo que lo hacían sus palabras. Pero estaba demasiado trastornada para percatarse de ello.

—Lo intentaré.

Dos palabras que en aquel momento lo supusieron todo para ella. Dos palabras que nunca supo si llegaron a materializarse.

—¿Cómo está su padre, lady Elisabeth? —preguntó el marqués con interés.

La pregunta sacó de su ensimismamiento a Elisabeth, quien se soltó del brazo de lord Matthew y le miró con rabia contenida.

—Estoy segura de que ya ha escuchado suficientes chismes sobre la salud de mi padre, lord Bonham. —A Colin, que seguía escondido tras el seto, no se le pasó por alto el enfado de la joven al responder.

Desde la muerte de Lucien, el conde apenas se había dejado ver en sociedad y, las pocas veces que lo hacía, con su actitud, dejaba bien claro que ya no era la misma persona correcta y escrupulosa que había sido. Se decía que su ostracismo era amenizado por su alarmante afición al *Armagnac* y que

le importaba tan poco su hija que se la había endosado a la hermana de su difunta esposa para que le consiguiera un marido que lo librara de ella cuanto antes. El problema era que su hija no era tan dócil como él había esperado y seguía rechazando propuestas de matrimonio por muy tentadoras que estas fueran para el conde.

—Mis disculpas. Mi pregunta no iba más allá del deseo de interesarme por un hombre al que en otro tiempo respeté, y que la desgracia apartó de mi lado. Hay quienes añoramos a su padre, milady.

La sonrisa que Elisabeth le ofreció al marqués hizo que Colin apretara de muy malhumor los puños.

Estaba claro que Rochdale sabía cómo apaciguar a una mujer, se dijo. Su frase, aunque no dudara de su sinceridad, había sido perfecta para calmar el malestar de Elisabeth, quien de repente le miraba con otra actitud mucho más que cordial.

—No, la culpa es mía, no debería haberme tomado tan mal su pregunta. Sobre todo porque acaba usted de regresar del continente y no debe de estar muy enterado de los chismes.

Él se agachó un poco para ponerse a su altura.

—Debo confesarle que los chismes nunca me han interesado —comentó en fingido tono confidencial.

—Pues será mejor que le guarde el secreto, si la sociedad se entera de su pequeño defecto, le harán el blanco de sus burlas —dijo ella riendo.

—¡Qué benevolente es usted! En ese caso, le deberé un favor que podrá cobrarse cuando usted desee.

—En ese caso me lo cobraré ahora mismo.

—Como desees, milady —sonrió él—. Aunque tengo la sensación de que quiere cobrárselo ya porque cree que lo olvidaré y que, por tanto, dejaré mi deuda sin pagar.

—Es posible —rio ella.

—No me deja en muy buen lugar —bromeó él—, pero dígame qué desea y si está en mi mano se lo proporcionaré gustoso.

—Bésemme —pidió Elisabeth acercándose más a lord Matthew.

La sorpresa y la furia lograron que los dientes de Colin rechinaran con tanta fuerza que estuvo seguro de que la pareja lo había escuchado. Sintió

ganas de golpear a alguien, o al menos de romper algo, pero no podía hacerlo sin descubrirse, así que se metió los nudillos en la boca y los mordió con fuerza, pero ni siquiera ese gesto logró apaciguar su rabia. Consciente de que había actuado de la misma manera que cuando era un niño rabioso y que había perdido a sus padres demasiado pronto, dejó de morderse y maldijo entre dientes por tal debilidad.

Hacía años que no actuaba de ese modo infantil y volver a caer en ello aumentó su malestar.

Elisabeth, sin darle tiempo al marqués a reaccionar ante su petición, se puso de puntillas y presionó sus labios sobre los de él. Si el beso no conseguía sacar a Colin de su escondite, nada lo haría, pensó desesperada por conseguir una reacción.

Buscando una respuesta que no llegaba se pegó más al marqués y enlazó los brazos alrededor de su cuello. Notó la incomodidad de él, la delicadeza con la que estaba intentando apartarla, pero no le importó la humillación, ni estar forzando a un caballero a hacer algo que no deseaba. No le importó, si con ello conseguía lo que llevaba años esperando, el acercamiento de Colin. Ni siquiera el temor a manchar su reputación se interpuso en sus planes. Necesitaba que aquel que había sido su amigo se acercara a ella, aunque no fuera para nada más que para regañarla. Fuera como fuera, lo necesitaba en su vida.

Suspiró hastiada cuando comprendió que el atrevido beso no iba a servir de nada, Colin seguía sin aparecer para exigirle una explicación por su impropio comportamiento, para nada digno de una dama. No obstante, lo que Elisabeth realmente buscaba era una palabra, una sola palabra que fuera destinada a ella. Tanto daba si era airada, enfadada o incluso indiferente, lo realmente importante para ella sería volver a formar parte de su vida.

Dejar de ser el fantasma que habita el mismo espacio y que a la vez es tan lejano e inalcanzable como un ensueño.

Tras la sorpresa inicial, Rochdale pareció responder al beso, su mano se posó con delicadeza sobre el borde del corpiño de Elisabeth, quien lanzó un profundo suspiro al sentir el contacto.

Colin estaba a punto de salir de su escondite, decidido a exigir explicaciones, cuando escuchó los pasos de unos escaarpines al acercarse al

balcón. Se quedó clavado tras el seto cuando se dio cuenta de quién era la inesperada visitante. Lady Sarah, no podía verle en semejante situación, la amistad que la unía a su hermano Harry haría que se sintiera en la obligación de contárselo, y conociendo a Harry sabía que no desistiría hasta saber los motivos por los que espiaba a lady Elisabeth y, si se negaba a hablar del tema, su hermano sacaría sus propias conclusiones, con total seguridad, poco favorables para él.

Rochdale se percató de la presencia de la joven y se apartó de Elisabeth inmediatamente.

—¿Lady Sarah? —La aludida se quedó parada en la puerta unos segundos, seguramente, dedujo Colin por el mohín de sus labios, decidiendo si atender a la llamada o marcharse por donde había venido.

Lentamente se dio la vuelta y le encaró con el gesto serio y la cabeza bien alta. Majestuosa y rabiosa a partes iguales.

—Lord Matthew, lady Elisabeth, les he visto tan entretenidos que no he querido molestar. Así que, si me disculpan... Les dejaré con lo que estaban haciendo. No se detengan por mí, por favor —dijo con la vista clavada en Elisabeth y los ojos brillantes de rencor.

Colin tuvo que apretar con fuerza los labios para acallar la carcajada que estuvo a punto de delatarle. Lady Sarah siempre había sido una damita interesante, pero con su inesperado arranque acababa de ganar puntos ante sus ojos. Además, Elisabeth se lo merecía por lanzarse a los brazos del marqués con tanto descaro y sin ningún tipo de pudor.

Elisabeth, por su parte, le devolvió la mirada con la misma animadversión, el brillo de sus ojos verdes habló más que si hubiera pronunciado un largo discurso. Lo que menos pretendía al besar a Matthew era que se enterara la sociedad en pleno, la única persona que quería que la viera era el caballero escondido tras el seto que separaba ambos balcones. Así que lady Sarah era cualquier cosa menos oportuna, con su lengua viperina, seguramente le contaría al duque de Bollingbroke lo que había visto y lo que menos le interesaba era que el hermano de Colin la creyera una fresca.

Lady Sarah pestañeó varias veces antes de darse la vuelta para regresar al salón, pero Rochdale, que no mostraba ningún interés en dejarla ir o en quedarse a solas de nuevo con Elizabeth, la detuvo.

¡Perfecto!, pensó Colin, ya no había tantos motivos para matarle como había imaginado al principio. Lo que no eliminaba el mayor motivo de todos, el beso.

—¿Cómo le va a su hermano? Tengo previsto visitarle en el campo la próxima semana. Me gustaría acompañarlo durante el nacimiento de su primer hijo —anunció solemne.

—Se alegrará mucho de verle. Siempre le ha considerado su mejor amigo —aceptó ella, hablándole con frialdad.

—Igual que yo a él —respondió firmemente.

—Lo sé. Buenas noches, milord —se despidió, impaciente por abandonar el balcón—. Disculpe que le haya robado la atención del marqués durante unos instantes. Ya vuelve a ser todo suyo, ¡espero qué lo disfrute! —le dijo a Elizabeth, que abrió los ojos sorprendida por el arrebató de la rubia.

—Muchas gracias por sus buenos deseos. Es justo lo que pretendo hacer —respondió Elizabeth mordaz. Dijera lo que dijera, la arpía de lady Sarah Danvers iba a poner al corriente a Bollingbroke, ¿por qué no aprovechar el momento y vengarse de los desplantes que llevaba sufriendo por parte de lady Sarah casi desde niñas?

Sin duda, dos damas a tener en cuenta, se dijo Colin. Aunque lo más interesante y desconcertante a la vez era que una de esas muchachas directas y arrolladoras era la mejor amiga del hombre más fiel a las convenciones sociales de toda Inglaterra, a saber, su propio hermano, el duque de Bollingbroke.

Harry era tan comedido y perfecto que Colin se sentía en la obligación de ser la oveja negra de la familia, para compensar. Por ello se permitió disfrutar de los placeres sin ataduras y dejar los temores y las obligaciones a su hermano mayor. El único impedimento a su libertad era que Harry no se hubiera casado y aportado un heredero a la familia que le librara a él del cargo.

Algo en lo que con un poco de suerte lady Sarah podría ayudarle.

Elisabeth se relajó en cuanto su oponente desapareció por la puerta del balcón. La única razón por la que le había pedido al marqués que la acompañara a tomar el fresco era para intentar que Colin reaccionara de una vez. Sabía que no perdía de vista ninguno de sus movimientos, que estaba pendiente de cada uno de los pasos que daba, pero, a pesar de ese interés que no conseguía explicarse, jamás se acercaba lo suficiente como para que pudiera comenzar una conversación con él o increparle por acosarla.

Si alguna vez se cruzaban por Hyde Park, Colin se paraba para hablar con algún conocido, se daba la vuelta o simplemente fingía que no la había visto para así evitar tener que detenerse o devolverle el saludo.

Durante los primeros meses de su regreso a la ciudad, Elisabeth lo intentó todo para comenzar una conversación con Colin. Incluso tuvo el atrevimiento de enviarle una nota a su casa. Por supuesto, la nota nunca fue contestada y la conversación jamás tuvo lugar.

—Siento haberle causado problemas con lady Sarah —se disculpó Elisabeth.

—¿De verdad lo siente?

Elisabeth rio con diversión. Encantada con la actitud del marqués. Al parecer era más intuitivo de lo que había esperado.

—Quizás por ella no mucho, pero sí que lo siento por usted —confesó bajando la voz.

—No es tan fiera como parece —se rio lord Bonham—. Además, espero poder solucionar este... malentendido con la dama.

—Lamento haberlo creado. Y le doy mi palabra de que esta vez lo digo de verdad.

—Milady, eso puede interpretarse como que su anterior disculpa no ha sido muy sincera —bromeó él de nuevo, restándole importancia a lo sucedido hacía apenas unos minutos y logrando con ello que Elisabeth no se sintiera peor.

—En ese caso, dejémoslo en que esta es mucho más sincera.

—Será mejor que entremos —le pidió el marqués ofreciéndole su brazo. Elisabeth agradeció que no hiciera ningún comentario sobre su beso—. Su tía estará preocupada por usted.

—Mi tía no habrá reparado en mi ausencia. Y si no le importa regresar solo voy a quedarme aquí unos minutos más.

—Por supuesto —aceptó ofreciéndole una sonrisa que era al mismo tiempo una disculpa por dejarla allí sola—, pero quédese en la luz. Es peligroso para una mujer como usted.

—¿Peligroso en Mayfair?

—Se asombraría de lo peligrosa que puede ser la alta sociedad —apuntó inclinándose sobre ella para despedirse.

Elisabeth se acercó a la barandilla del balcón y paseó la mirada por los jardines que tenía delante, estaba tan ensimismada que prácticamente olvidó que estaba siendo observada.

—Eliza —la llamó unos minutos después una voz familiar.

Durante el breve instante en que tardó en darse la vuelta para ver quién la había llamado de ese modo, se le antojó que era Lucien quien le hablaba. Nadie más en el mundo se dirigía a ella usando ese apodo familiar, ni siquiera su prima Amelia, quien era, después de su hermano, la persona que mejor la conocía.

Capítulo 2

Elisabeth sintió que las rodillas no iban a ser capaces de sostenerla cuando se topó con los ojos grises de Colin clavados en ella. La intensidad con que la observaba consiguió que le hormigueara la piel en las zonas en las que Colin se mostraba más interesado. Sintiendo cómo la acariciadora mirada le desbocaba el corazón, Elisabeth parpadeó varias veces, todavía confusa y sorprendida porque su treta hubiera surtido efecto.

—Hola, Eliza.

—No me llame así —le rogó en un susurro, por los recuerdos dolorosos que le traía el diminutivo—. De hecho, no tiene usted ningún derecho a llamarme de ese modo. Solo Lucien lo tenía y ya no está aquí para hacerlo.

Colin palideció, y se sintió estúpido por haberse acercado a ella en contra del deseo explícito de su padre y de su propio sentido común. Debería haberse imaginado que Elisabeth también le culparía por la muerte de su hermano, pero ¿cómo no iba a hacerlo? Sintió un nudo en el estómago, aunque consiguió mantener su apariencia impasible. Agradecido a que la falta de luz no delatara su dolor.

—Me sorprendes, jamás imaginé que tú también me culparas —comentó como si su acusación no le hubiera desgarrado por dentro—. Por otro lado, comprendo que lo hagas.

—¿De qué estás hablando, Colin? —dijo ella sin entender su comentario.

Inconsciente de que había vuelto a hablarle de tú.

—De la muerte de Lucien. ¿Por qué si no me acusas de no tener derecho a hablarte?

—¡Dios mío! ¿Cómo te atreves a sugerir tal cosa? —le espetó iracunda—. ¿Cómo puedes ser tan estúpido?

Demasiado alterada para seguir hablando se alejó hasta apoyarse en la pared del amplio balcón. ¿Qué clase de persona creía que era? ¿Cómo podía pensar siquiera que ella le culparía por la muerte de su hermano? ¿Creía acaso que era como su padre? Que era incapaz de comprender que él no tenía la culpa de lo sucedido. Que había sido decisión de Lucien batirse en duelo y que no fue Colin quien apretó el gatillo.

—Elisabeth, ¿estás bien? —preguntó alarmado, pero sin acercarse a ella.

—No, no lo estoy. Me quedé sin nadie, Colin. Mi hermano murió, mi padre está cada día más cerca de la locura y tú me abandonaste. Si no hubiese sido por mi tía Margareth y por Amelia, hubiese muerto de tristeza y de desesperación. Me quedé completamente sola. Tú eras lo único a lo que podía aferrarme para recordar a Lucien, ninguno de sus otros amigos estaba tan unido a él como tú. Eras la única persona que le amaba tanto como yo. Lo que mi padre siente por sus hijos no es amor, es otra cosa distinta, y tú me dejaste sola. Y no contento con eso ahora me acusas de creer que yo...

—Eliza, no. Jamás pensé que creyeras que era culpa mía, pero al escucharte esta noche he creído que te referías a eso —se excusó Colin.

—¿Por qué me has ignorado durante estos años? ¿Por qué me abandonaste, Colin? Dime la verdad.

—Nuestra amistad era posible mientras Lucien vivía, pero ahora es inapropiada. Además, ya no hay nada que nos una. No nos queda nada a lo que aferrarnos.

Elisabeth sintió el peso de sus palabras sobre sus hombros. Dio gracias por estar apoyada contra la pared porque el grueso muro fue lo único que impidió que se cayera al suelo.

—Entiendo —respondió cuando por fin pudo hablar.

Pero era mentira, no entendía nada. No comprendía la razón por la que la vigilaba, por la que cuidaba de ella en las sombras. Por la que estaba allí ahora, hablándole.

—A ti siempre te han importado mucho las convenciones sociales, es lógico que te preocupe mantener nuestra amistad —dijo con todo el sarcasmo que fue capaz de entonar.

—Eliza...

De repente la verdad se abrió paso en su embotada mente como la luz del amanecer que ilumina la oscuridad de la noche.

Eliza... Eliza, la había llamado Eliza. Del mismo modo en que lo hacía Lucien...

La rabia se abrió paso entre la confusión y el dolor. Se presentó tan densa y abrasadora que se llevó consigo el sufrimiento y la vergüenza que sentía en esos instantes por su comportamiento de hacia solo unos minutos con el marqués de Rochdale.

—Tú no eres mi hermano —le espetó con rabia—. No te atrevas a querer ocupar su lugar. Nunca vuelvas a llamarme Eliza y nunca vuelvas a mirarme, a no ser que estés dispuesto a comportarte como un caballero después, y a no ignorarme como si fuera invisible. Que sea una cosa u otra, Colin, o reconoces nuestra amistad o no lo haces en absoluto.

Y dicho esto se apartó de la pared y caminó en dirección a la puerta más alejada del balcón, la misma por la que él había entrado.

Colin se quedó plantado allí durante al menos diez minutos.

Maldita fuera, no necesitaba que ella le recordara que no era su hermano. Él era más que consciente de que ella no pertenecía a su familia y por miles de razones que ni siquiera se atrevía a considerar.

Lady Elisabeth entró como un vendaval en el salón de baile, ni siquiera las miradas reprobatorias de las matronas de la sociedad consiguieron que caminara más despacio. Oteó con urgencia hasta dar con Amelia, quien se había sentado en la zona de las solteronas, se mordió la lengua para no propinar un grito enfadado y se encaminó hasta ella.

Necesitaba de su amiga para calmar su desasosiego. Amelia había llegado a su vida cuando más necesitaba un hombro sobre el que llorar. Había aparecido acompañando a su tía Margareth, la hermana viuda de su madre, quién tras la muerte de Lucien se había hecho cargo de ella, ya que su padre se había desatendido por completo del hijo que le quedaba con vida. Después de todo, ella no era el barón que heredaría el título.

Amelia era la sobrina huérfana de su tía, la hija del hermano de su difunto esposo, Elisabeth la había visto un par de veces antes, pero en ninguna de

esas ocasiones se había molestado en cultivar su amistad. En aquella época, que ahora sentía tan lejana, podría haber sido considerada con buen juicio como una joven frívola y hueca, pero la vida había dado un giro de ciento ochenta grados y todo había cambiado para ella.

Y Amelia, a pesar de su cabello rojo, sus pecas y sus vestidos sosos le había aportado con su afecto y su apoyo más de lo que lo habían hecho anteriormente sus amigas las incomparables.

Como si hubiera sentido que la necesitaba, Amelia alzó la cabeza y fijó la mirada en Elisabeth. Disculpándose con lady Fairfax, quien probablemente estaba contándole lo maravillosa que era su sobrina, se levantó y bordeando la pista de baile se acercó hasta ella.

—Lizzie, ¿qué sucede?

—Acompáñame al tocador. Se ha descosido el dobladillo de mi vestido —pidió por si alguien estaba más interesado en su conversación que en la propia—. Y necesito que me acompañes a buscar a una doncella que lo solucione.

—De acuerdo —aceptó mirando disimuladamente el vestido que parecía en perfecto estado.

Las jóvenes entrelazaron los brazos y caminaron hasta la zona habilitada para las damas, que en ese momento estaba vacía a excepción de la costurera, que esperaba sentada en una silla por si eran necesarios sus servicios.

—¿Puedo ayudarlas en algo, señoritas?

—No, gracias. Hemos venido a descansar unos minutos —explicó Elisabeth, empujando a Amelia tras una de las cortinas que delimitaban los espacios.

Escucharon cómo la muchacha, en un gesto que Elisabeth agradeció íntimamente, abandonaba la habitación para ofrecerles algo de privacidad.

—¿Qué sucede, Lizzie? La última vez que me arrastraste hasta aquí con tanta premura fue porque creíste que me había sonrojado ante la mirada del barón Weston.

—Sí, esperaba descubrir quién era tu amor secreto ya que te niegas a decírmelo tú misma, pero esta vez es distinto. —Hizo una pausa y puso sus manos sobre los hombros de Amelia para obligarla a centrar su atención en lo que iba a decir—. He hablado con él. Por fin lo he hecho y ahora me siento

una tonta por haber albergado alguna esperanza —susurró, por temor a ser escuchada.

El ruido de pasos afuera las hizo callar. Tres voces distintas que inmediatamente identificaron como lady Miriam Blake, lady Julia Warwick y lady Emma Shilton comenzaron a proferir comentarios mordaces de prácticamente la totalidad de las damas que habían asistido al baile de los Sheene.

—¿Os habéis fijado en lady Elisabeth? —preguntó lady Emma Shilton con rabia—. No puedo creer que tenga el descaro de pasear del brazo de lady Amelia como si realmente le importara su amistad.

—¿Qué quieres decir, querida? —interrogó Julia Warwick, a quien le gustaba tanto un chisme como a su padre le gustaban los naipes.

—Es evidente. La única razón por la que ha trabado amistad —pronunció la palabra con sorna—, con la escoba pelirroja es porque a su lado su belleza morena destaca como un cisne en un estanque de patos.

Elisabeth estuvo a punto de salir y plantarles cara por hablar de ese modo de Amelia, pero esta la detuvo posando la mano sobre su brazo.

No fue ninguna sorpresa que hablaran de ella llamándola escoba, su cabello pajizo y sus vestidos grises y pasados de moda les ofendían, y aunque a ella no le importaba, en momentos como aquel deseaba mostrar el mismo valor que esgrimía Elisabeth para enfrentarse a sus dardos.

—No vale la pena —pidió en un susurro.

Las otras siguieron hablando.

—No creo que sea el caso. Ella no necesita del apoyo de nadie para parecer bella. Además, viven juntas, su tía se ha llevado a Elisabeth a su casa de la ciudad —argumentó lady Miriam, quien hasta ese momento había permanecido en silencio.

—¿Bella? —resopló lady Emma, con rabia.

—No puedes negar que tiene unos ojos muy hermosos y exóticos. —Lady Miriam parecía no compartir el odio que las otras dos le profesaban.

—¿Exóticos como el gusto de su padre por el *brandy*?

Amelia supo en cuanto escuchó la cruel réplica de lady Emma que Elisabeth no iba a permanecer escondida y callada, no en esa ocasión.

Por supuesto, no se equivocó.

Cuando salió del reservado hubo una colectiva inspiración respiratoria mientras que las otras mujeres registraban su presencia. A pesar de lo que había escuchado se mostró altiva, distante y tan cortés que fue peor que si cada una de las implicadas hubiera recibido una bofetada en la cara.

—Señoras, me abruma el interés que han mostrado por la salud de mi padre. No duden en que le haré llegar su preocupación. —Y añadió dando el golpe de gracia a las estupefactas damas—: Vamos, Amelia. Parece que el aire aquí dentro se ha enrarecido. ¿No hueles tú también a podrido? Parece que todavía hay personas que no saben lo que es la higiene y el perfume.

La aludida salió con la cabeza gacha y las mejillas sonrosadas, y Elisabeth deseó poder zarandearla para que se irguiera. Para que no les mostrara lo mucho que le dolía que la llamaran escoba pelirroja.

—Sí. La verdad es que huele muy mal. Parece azufre, ¿no crees?

Elisabeth se tragó la carcajada que el comentario de Amelia le había suscitado. Así que su querida amiga era capaz de lanzar dardos envenenados si la ocasión así lo requería.

—Tienes toda la razón, es azufre. Menos mal que tú también lo has percibido. —Y añadió dando el golpe de gracia—: Empezaba a creer que era la única con la sensibilidad suficiente para notarlo.

Y tras ofender al resto de damas con tan directa afirmación, las dos abandonaron el reservado y regresaron a la pista de baile.

Como Elisabeth no se sentía con ánimos de bailar se acercaron hasta la zona donde estaba su tía. Craso error, ya que al hacerlo se posicionó demasiado cerca de la persona a la que pretendía evitar más que a nadie esa noche.

Después de todo, le había lanzado un desafío y estaba a la espera de que Colin tomara una decisión al respecto.

Lady Phillipa Clarendon, marquesa de Wimsey, había logrado apartar a Colin de las madres casaderas que lo pretendían como heredero de un ducado. No había sido fácil, pero cuando su esposo le hizo un gesto para que se fijara en lo que estaba sucediendo, su afecto por él y su ingenio se pusieron en marcha, y alegando un pequeño mareo, habitual en su estado de buena

esperanza, rogó a Colin que la acompañara a pasear por el exterior del salón a la búsqueda del poco aire que entraba por los balcones y las ventanas abiertas.

Durante su paseo por el salón, lady Phillipa se dio cuenta del interés que mostraba lady Elisabeth en ellos, así que no dejó de mantenerse alerta para descubrir qué pasaba por su oscura cabeza. Porque, aunque lady Elisabeth no era santo de su devoción, era demasiado estirada y engreída, y lady Phillipa la evitaba tanto cómo le permitía la buena educación, el dolor que reflejaba su mirada la había emocionado más allá de lo que estaba dispuesta a admitir.

Después de todo, era una persona digna de lástima. Phillipa lamentaba lo sucedido con su hermano, sobre todo porque, al igual que Colin, Lucien también era un buen amigo de su esposo, lord Martin Clarendon. Un marido al que adoraba, y es que el suyo era uno de los poco habituales matrimonios por amor entre la aristocracia.

Fue al pasar junto a Elisabeth cuando la perfecta máscara que era la cara de la muchacha dejó entrever lo que estaba sintiendo realmente.

—Querido, ¿le has hecho algo malo a lady Elisabeth?

—¿Lady Elisabeth? —preguntó Colin, arqueando las cejas con el mismo gesto interrogante que usaba su hermano mayor.

Para cualquier observador meticuloso no se le hubiera pasado por alto las semejanzas entre los dos hombres. Y no solo las físicas, puesto que eran evidentes, los dos compartían el mismo cabello castaño claro, la misma nariz patricia y la tonalidad grisácea de los ojos. Además de eso, se habría dado cuenta de la semejanza con la que ambos se movían, se apartaban el cabello de la frente, se inclinaban para besar la mano de una dama o, como en este caso, arqueaban las cejas, cualidad que muy pocas personas poseían.

—Lady Elisabeth Masterson —aclaró lady Phillipa, aunque fuera evidente para ambos que la información extra era innecesaria.

—Es posible, pero ¿tú cómo sabes eso? —inquirió entre sorprendido y preocupado porque alguien le hubiese visto espiándola.

—No lo sabía, acabo de descubrirlo al ver cómo te está mirando. ¡No te gires! —le regañó. Puesto que Colin ya estaba haciéndolo le dio un amigable manotazo en el brazo y él volvió la cabeza sin fijar la atención en Elisabeth.

—De acuerdo, no miro. Pero, dime, ¿cómo me está observando la dama exactamente?

—Como si le hubieras hecho tanto daño que el único modo de superarlo fuera sacándote los ojos con las uñas.

La expresión sorprendida de Colin fue tan exagerada que lady Wimsey rompió a reír sin ningún tipo de decoro. Y con ello atrajo la atención de Harry Strafford, duque de Bollingbroque. Aunque, siendo justos, había que mencionar que el duque no había perdido de vista al trío en ningún momento.

Capítulo 3

El duque de Bollingbroque todavía trataba de asimilar la escena de la que había sido testigo involuntario apenas unos minutos antes. Aquello parecía digno de una obra de Drury Lane y él era de los pocos nobles que iban al teatro por la representación, no para exhibirse o cotillear.

Ni siquiera su conversación con su íntima amiga lady Sarah había borrado ni por un segundo la estupefacción que sentía por haber visto a su disoluto hermano espiando a lady Elisabeth Masterson. Visiblemente contrariado porque estuviera con un caballero en un solitario balcón. Por otra parte, la conversación con su amiga le había conferido otra visión distinta de la escena que él mismo había presenciado.

Por otro lado, nadie que hubiera visto a lord Colin en semejante momento habría creído que los Strafford conocían a la dama desde niña y que, por aquella época, junto al malogrado Lucien Masterson, la evitaban como la peste, cuando quería entrometerse en sus juegos masculinos.

Por todo ello, Harry no podía más que darle vueltas a los motivos que habían propiciado el interés de su hermano, al mismo tiempo en que se disponía a estar pendiente de cada uno de sus movimientos mientras le observaba pasear con lady Wimsey por los laterales del salón de baile de los Sheene.

Y no solo porque necesitara que su hermano consiguiera la paz de corazón que la muerte de su mejor amigo le había arrebatado, sino porque era su único pariente vivo y deseaba de todo corazón que encontrara la felicidad conyugal de la que sus padres disfrutaron, y si al mismo tiempo esa felicidad le proporcionaba herederos al ducado, mejor que mejor, ya que en los planes inmediatos del duque no entraba el matrimonio. No, eso lo dejaba para Colin.

Tanto que si se hacía necesario estaba dispuesto a echarle una mano al destino para que tan feliz ocasión ocurriera.

La casualidad, o tal vez el deseo expreso de alguno de ellos, había hecho que los dos protagonistas de la escena del balcón coincidieran ahora en el mismo lugar. No obstante, Colin se había cuidado mucho de mirar en la dirección en la que lady Elisabeth se encontraba y, aun así, Harry estaba seguro de que estaba al tanto de cada una de las conversaciones que la dama había entablado mientras buscaba refugio en su buena amiga lady Amelia.

La situación tenía completamente intrigado al duque, quien estaba seguro, dado que la muchacha era la hermana de Lucien Masterson, de que fuera lo que fuera lo que Colin tenía planeado para la ella era algo lícito e irreprochable.

Puede que su hermano tuviera fama de libertino, pero jamás se le había conocido por interesarse en jovencitas en edad casadera, y mucho menos por la hermana de su malogrado mejor amigo.

La intriga y el deseo de ver a su hermano feliz y, por qué negarlo, la responsabilidad que como cabeza de familia sentía por él, unido al decoro debido a su apellido, le empujó a averiguar los motivos por los que los implicados se evitaban con tanto esmero.

Consciente de que no era a Colin a quien debía acudir en busca de respuestas, ya que de intentarlo su hermano saldría huyendo y se cerraría en banda negándose a dar una respuesta, y poniéndole, además, sobre aviso de sus intenciones. Decidió que lo mejor era recurrir a la otra fuente implicada.

Para ello se encaminó hasta el lugar en que lady Elisabeth y lady Amelia estaban conversando, y haciendo gala de sus buenos modales se inclinó levemente ante ellas, no había que olvidar que el duque era él y que, por lo tanto, no tenía que inclinarse ante nadie más que el rey o, en su defecto, el príncipe regente, situación sumamente ridícula dadas las circunstancias.

A pesar de ello las saludó como si fueran las mujeres más importantes de todo el salón.

—Buenas noches, hermosas damas.

Lady Amelia enrojeció a juego con su cabello mientras que Elisabeth le miró con el desdén pintado en la cara.

—Buenas noches, Excelencia —correspondió Amelia.

Haciendo notar sin querer el silencio de su amiga, quien se limitó a hacer un gesto con la cabeza que habría escandalizado a la mayoría de matronas de la sociedad, ya que era una grosería ignorar a un caballero y una falta completa de modales ignorar a un duque.

Harry rio interiormente. Hacía mucho tiempo que no había estado cerca de ella, en cualquier caso, la Elisabeth que él recordaba era una niña tranquila y educada con un pequeño toque de rebeldía que escondía cada vez que su padre andaba cerca. Nada que ver con la joven dama que se atrevía a desafiarle en medio de un salón de baile.

—Lady Elisabeth, sería un honor que me concediera el próximo baile que tenga disponible.

La inesperada propuesta fue lo único que logró perturbarla. El duque de Bollingbroque no era de los que invitaban a muchas damas a bailar. Normalmente se limitaba a hacerlo con sus amistades más íntimas, como lady Sarah o lady Miriam.

—Si no me equivoco, el próximo baile será un vals. Supongo que está autorizada para bailarlo —siguió hablando, más para molestarla que para certificar ese hecho. Elisabeth no era una debutante, por lo que estaba seguro de que podía bailar un vals sin necesidad de pedir permiso—. Y dado que está aquí sentada deduzco que tiene un hueco en su carné.

—Por supuesto que lo estoy —exclamó Elisabeth, indignada porque dudara que pudiera bailar el vals.

—¿Por supuesto que está autorizada o por supuesto que acepta bailar conmigo?

Por instinto, Elisabeth miró a Colin antes de responder, y se topó con la mirada de él clavada en ellos. Parecía estar tan atónito como el resto del salón al verla conversar con su hermano.

Volvió a centrar su atención en el duque.

—Ambas. Será un placer bailar con usted, Excelencia —murmuró la última palabra como si le costara un esfuerzo sobrehumano pronunciarla.

Harry le sonrió y se despidió de las dos damas, hasta que llegara su pieza, con la certeza de que lady Elisabeth iba a contarle lo que deseaba saber si sabía jugar bien sus cartas.

Cuando comenzó a sonar el vals se acercó hasta donde estaba Elisabeth para recordarle su promesa de bailar con él. Ella se mostró tan fría y distante como lo había estado cuando se acercó a invitarla, y Harry supo que le iba a costar ganársela. Después de todo habían pasado cuatro años en los que apenas la había visto o hablado con ella.

De hecho, se dio cuenta Harry, esa era su segunda temporada. Se preguntó por qué no se había casado, una mujer como ella, tan hermosa, de noble cuna y con una buena dote seguro que había recibido sus buenas propuestas de matrimonio.

Aunque quizás Elisabeth era de las que creían en los matrimonios por amor, igual que le sucedía a su amiga Sarah. Las dos eran buenos partidos, hermosas y con buenas dotes, y sin embargo ambas seguían solteras. Sonrió al recordar la animadversión que Sarah sentía por Elisabeth y decidió que iba a tener que mediar entre ellas. Después de todo, tenían más cosas en común de las que imaginaban.

Decidido a desentrañar el nudo de misterios que rodeaba a Elisabeth, se propuso ganarse su confianza.

—Creo que lo mejor que podemos hacer es charlar. Así la pieza no se le hará tan larga —comentó Harry con picardía.

Elisabeth le miró sorprendida, debatiéndose entre replicarle mordaz o darle la razón.

—Es posible que tenga razón, Excelencia —aceptó.

Harry sonrió al notar la formalidad de su trato.

Cierto que era un firme defensor de las formas, pero no por ello era tan rígido como la gente podía pensar. Había sido educado para ser un duque, pero incluso él hablaba sin tantas formalidades con los amigos más íntimos, y dado el tiempo que hacía que se conocían Elisabeth y él y lo unidas que habían estado sus familias, podía entrar directa en esa categoría.

—Me alegra que estés de acuerdo conmigo.

—Por supuesto, no suelo contravenir los deseos de un duque, Excelencia —respondió ella con afán de pelea.

Harry le ofreció una sonrisa encantadora.

—Estaba convencido de que ibas a tratarme como si acabaras de conocerme, por lo que te limitarías a ser cortés y distante para que siguieran

considerándote una belleza inaccesible.

Elisabeth reaccionó a la provocación a pesar de su intento de mantenerse impasible.

—Sabes que nunca soy cortés si no es estrictamente necesario. Lo de distante lo dejo solo para aquellos que no se han ganado mi estima.

—Deduzco que ese no es mi caso.

Respondió sin mirarle.

—Al menos hace un tiempo no lo era. Aún no he tomado una decisión sobre lo que me inspiras en estos momentos, Harry.

—No te creía tan veleidosa —bromeó él—. Estaba seguro de que nuestra amistad seguía intacta.

Elisabeth perdió el paso un segundo, pero Harry logró que nadie se diera cuenta.

—No soy yo quien le ha ignorado por años y de repente hoy ha decidido ser consciente de su existencia, Excelencia —acusó ella volviendo a la formalidad—. Al parecer, esta noche me he vuelto visible para los Strafford. ¡Qué suerte la mía!

—Siempre has sido visible para nosotros, Elisabeth. Lo único que mi hermano y yo hemos hecho ha sido cumplir los deseos de tu padre.

—¿Disculpa?

Harry la miró con interés. Intentando leer en su rostro si estaba al tanto o no de los deseos de su padre de que su familia se mantuviera alejada de ella. Elisabeth le miraba expectante e incluso había esperanza en sus ojos, como si deseara que su respuesta sirviera para responder a todas las preguntas que le hacían pasar largas noches en vela.

—Tu padre nos prohibió acercarnos a ti después de la muerte de Lucien. Tenemos vetado el acceso a tu casa y no se nos permite hablar contigo. ¿Por qué crees que perdimos el contacto?

Elisabeth no dijo nada. Bajó la mirada y siguió bailando. Aunque algo en sus movimientos había cambiado. Ya no disfrutaba del vals, sino que lo ejecutaba automáticamente.

Harry supo entonces que ella se había creído abandonada por sus amigos. Quizás por eso se había mostrado tan altiva, quizás era esa soledad que sentía la que justificaba esa actitud que hacía que personas como Sarah Danvers,

que era amistosa y encantadora con todo el mundo, fuera incapaz de mantener una conversación educada con ella.

Precisamente se topó con ella y con Rochdale en la pista de baile. Su amiga le miró ofendida al ver quién era su pareja, pero Harry arqueó su ducal ceja en un gesto adusto y siguió dando vueltas con Elisabeth.

El vals acabó y Harry la acompañó hasta su tía. Ya se la había visto paseando por el balcón con el marqués de Rochdale, por lo que lo mejor era que la acompañara hasta su carabina sin demora.

Sin embargo, tenía una conversación pendiente con ella y estaba más que dispuesto a tenerla.

—Elisabeth, ¿le gustaría salir de paseo conmigo mañana? Podemos ir en mi carruaje o simplemente caminar por el parque —pidió consciente de los ojos y oídos que le escuchaban.

Ella le miró sin comprender el motivo de su invitación.

—Creo que tenemos un par de conversaciones pendientes —aclaró Harry bajando la voz.

—Es posible, pero no vamos a poder mantenerlas con mi doncella presente. Al parecer, son demasiado personales para despacharlas delante de nadie. No creo que un paseo sea de utilidad.

—Es posible que tenga razón... —Se calló unos segundos, pensativo—. Tal vez podáis invitar a lady Amelia. Estoy seguro de que ella será discreta con nuestra conversación y si la acompaña su prima la doncella será innecesaria.

Los ojos de Elisabeth brillaron de ilusión al pensar en la propuesta de Harry. Por supuesto que Amelia no diría nada. Y además ella podría aprovechar la salida para descubrir cosas de Colin, como por ejemplo por qué la espiaba. Y sobre todo necesitaba asegurarse de que lo que decía Harry era cierto, que había sido su padre quien había propiciado el distanciamiento.

—Será un placer acompañarlo a dar un paseo mañana, Excelencia. Creo que pasear en su tálburi por el parque será perfecto —comentó en una coqueta reverencia, consciente de que el gesto agradaría a su tía.

—El placer será todo mío —respondió Harry—. Señoras, encantado de verlas —saludó a las matronas.

Y con una sonrisa tan atractiva como la de su hermano se dio la vuelta y se marchó hasta la sala de juego en busca de Rochdale, dispuesto a conocer las intenciones del marqués para con su mejor amiga. Con la que acababa de verle bailando demasiado cerca, lo que, estaba seguro, despertaría los comentarios maliciosos de la inflamable alta sociedad.

Capítulo 4

Después de regresar a casa de madrugada tras el baile al que había asistido, Elisabeth no logró conciliar el sueño. Estaba físicamente agotada, sin embargo, el cansancio, como en otras ocasiones, no había sido suficiente para que se relajara y se dejara vencer por el letargo. Habían sucedido demasiadas cosas en una sola noche para que pudiera obviarlas y dejar de pensar en ellas el tiempo suficiente como para caer rendida presa de las garras de Morfeo.

Las sorpresas que le había deparado la noche todavía latían en su cuerpo y la posterior conversación con Amelia tampoco contribuyó a que dejara de pensar en lo sucedido.

Para su amiga la invitación para bailar el vals del duque, dejando claro a todos los presentes en la mansión de Shenee que estaba interesado en ella, y la posterior oferta de llevarla en su carrocín por el parque, significaban casi tanto como que, tras cuatro años ignorándola, Colin le hubiera hablado encontrando un momento en el que ella estaba a solas.

Amelia estaba de acuerdo con Elisabeth en que era demasiada casualidad que ambos hermanos hubieran decidido darse cuenta de su existencia el mismo día, en el mismo baile y con apenas unos minutos de diferencia, no obstante, el motivo seguía escapándosele y lo único de lo que disponía era de pobres conjeturas.

Por otro lado, las palabras de Harry de que tenían conversaciones pendientes la intrigaba casi tanto como la impacientaba. ¿De qué desearía hablarle? Con toda probabilidad tenía intención de aclararle el comentario que había hecho durante el vals sobre que su padre había prohibido a los Strafford acercarse a ella. Tras semejante declaración había estado a punto de tropezarse con sus propios pies y quedar en evidencia delante de la sociedad,

el único motivo por el que había sido capaz de aguantar la compostura fue porque era consciente de que Colin estaba a pocos metros de ella observándola bailar con su hermano. Se arrebujó entre las mantas pensando si sería ese el motivo por el que Colin había faltado a su promesa y no había ido a visitarla en todo ese tiempo. Si su afán de ignorarla se debía a una promesa anterior hecha a su padre.

Y si ese era el caso, cuál había sido el motivo por el que el conde había tomado una medida tan drástica.

La propia Elisabeth había escuchado esa fatídica tarde cómo su padre descargaba su ira en Colin, pero en ningún momento creyó que las palabras de este fueran algo más allá del miedo a perder a su heredero. Y ni siquiera entonces fue consciente de que su padre hubiera llegado tan lejos.

Colin no tenía la culpa de las decisiones que tomó Lucien y su padre no podía culparlo por ellas. No era justo ni tenía sentido.

Por todo ello, jamás imaginó que la discusión de aquella triste mañana en la que él salió del despacho abatido y disculpándose con ella por no haber podido detener el duelo fuera la última vez que ambos hombres se hablarían.

Demasiado inocente para entender la trascendencia de la disputa que su padre propició. Sin ser consciente de todo lo que la muerte de su hermano había roto entre las dos familias esperó que Colin fuera a visitarla y, de algún modo, cuando se encontraron en el cementerio, él le dio a entender que lo haría, que no tenía intención de abandonarla... Que, aunque su hermano ya no estuviera, ella seguía siendo importante para él.

Ahora sabía que nunca había tenido intención de visitarla, pero gracias a esa esperanza Elisabeth logró sobrevivir los meses posteriores a su exilio en el campo. Momento en que su padre comenzó a beber y a pasarse los días encerrado en su estudio, dejándola sola y desamparada. De no haber sido por su tía y por Amelia su vida seguiría siendo un mal sueño del que no podía despertar.

Finalmente, el cansancio pudo con ella y se quedó dormida. No obstante, incluso en sueños Colin siguió ocupando su pensamiento.

—Estás preciosa —saludó Amelia al día siguiente. Admirando el precioso vestido de tarde verde menta que Elisabeth había elegido para su paseo por el parque con el duque.

Desde el desayuno la había visto apenas unos minutos ya que Amelia estaba enfrascada en una nueva lectura, que la tenía tan intrigada que era incapaz de abandonar unas horas para atender otros asuntos más mundanos.

Ni siquiera el saber que iba a salir de paseo por Hyde Park con el duque y con Elisabeth había logrado alejarla de sus páginas.

—Tú, en cambio, podrías haberte arreglado más —la regañó su amiga al ver el sencillo vestido que llevaba. Demasiado insulso incluso para ella—. Vas vestida igual que esta mañana y, si no me equivoco, igual que el día anterior.

Amelia se encogió de hombros.

—No es a mí a quien viene a ver el duque ni en quien se fijarán cuando salgamos a pasear. Yo solo soy la carabina. La prima solterona que vigila a los enamorados.

Elisabeth no dijo nada, sino que se limitó a mirarla con fijeza. Había detectado cierto tono de molestia o incluso de rabia en su voz. Lo que resultaba intrigante porque Amelia era la persona más dulce y libre de maldad que había conocido nunca.

—¿Va todo bien? ¿No tienes ganas de dar un paseo?

Consciente de que se había delatado, le ofreció una sonrisa que se notaba forzada.

—Por supuesto que sí. No te preocupes por mí. Además, casi todos mis vestidos son como este, no habría diferencia alguna si me cambiara uno por otro.

—Entonces ven conmigo a la modista —ofreció Elisabeth mirando con desaprobación el vestido gris de Amelia.

—Aunque no lo creas me gustan mis vestidos. Son cómodos y funcionales.

—Justo lo que se espera de un vestido —protestó—. Aunque a lo mejor te replantees cambiarte si piensas en que es probable que veamos en el parque al caballero de tus sueños... Tal vez te arrepientas después por no haberte arreglado más. —Hizo una pausa para resaltar su siguiente comentario—.

Algún día vas a tener que decirme quién es para evitar que enloquezca de curiosidad.

Amelia volvió a sonreír, aunque esta vez de un modo más natural.

—No he escuchado hablar de nadie que perdiera la cabeza por ese motivo, pero en cualquier caso... algún día te lo diré —concedió antes de darse la vuelta y alejarse por el pasillo camino de la biblioteca—. Estaré leyendo. Avísame cuando llegue tu pretendiente.

—No es mi pretendiente —protestó Elisabeth—, solo es un amigo de la familia que ha decidido retomar el contacto.

—Las flores que te ha enviado sugieren que es algo más que un amigo. Son rosas.

Elisabeth iba a replicar, pero Amelia ya había desaparecido tras la puerta de la biblioteca.

Durante unos instantes se quedó pensando en lo que su amiga le había dicho. Harry no solo la había sacado a bailar la noche anterior, sino que la había invitado a pasear y le había enviado flores por la mañana, tal y como haría cualquier pretendiente, sin embargo, aunque se había mostrado atento y encantador con ella, Elisabeth estaba segura de que no era su intención hacerle la corte. Aunque, por otro lado, Harry era un duque, y por tanto estaba obligado a casarse y a ofrecer herederos al ducado.

Sin pensar en lo que iban a pensar los criados de su actitud salió corriendo. Seguro que su tía habría hecho que dejaran las rosas en la entrada para que cualquiera que las visitara supiera que Elisabeth estaba siendo cortejada por el duque de Bollingbroke.

Se encontraba sin aliento cuando llegó a su destino. Se paró tan abruptamente que a punto estuvo de golpear a un lacayo que llevaba una bandeja con las invitaciones que acababan de llegar y que su tía revisaría antes de la hora del té.

Sintió que le quitaban un peso de encima cuando vio las tres docenas de rosas blancas que le había enviado Harry. Iba a matar a Amelia por preocuparla. Las rosas blancas eran el tipo de flores que un hermano le enviaría a su hermana.

Pensó si Harry habría elegido esas flores por algún motivo. Como si estuviera jugando un doble juego, con la sociedad y con ella. Las rosas eran

flores de enamorados, pero el color no inspiraba nada remotamente romántico.

¿Cuáles eran pues las intenciones del duque?

Fueran cuales fueran estaba dispuesta a preguntarle directamente y, en cualquier caso, ella jamás se casaría con el hermano de Colin, por mucho duque que fuera.

—¡Es absurdo! —decidió en voz más alta de la que pretendía.

Harry no la pretendía, solo estaba interesado en retomar su amistad y quizás estaba aprovechando la situación para quitarse de encima a las madres que querían casar a sus hijas con él. Después de todo, si su cortejo se volvía público... ellas tendrían que darse por enteradas y buscar a otro duque que cazar.

Bollingbroke llegó a la hora exacta en que se le esperaba. Lady Margareth estaba fuera de sí, pensando en que su sobrina había captado la atención de uno de los hombres más prominentes de la alta sociedad, y Elisabeth no se vio con ánimos para desilusionarla y confesarle que ni Harry estaba interesado en ella de ese modo, ni ella le aceptaría si por una rara circunstancia llegaba a pedírselo.

La idea de que Colin pudiera ser su cuñado era tan atroz como enfermiza.

De todos modos, no tenía por qué preocuparse ya que sabía que para Harry no era más que una vieja amiga, la niña a la que había visto crecer. Y por su parte tampoco sentía ni había sentido nada por él que se pareciera remotamente a un sentimiento romántico. De modo que los dos estaban a salvo, a pesar de las cábalas que hiciera su tía, o el resto de la sociedad, al respecto.

Por su parte, Harry se mostró galante con las damas y no dejó de hablar, tratando de incluir a Amelia en la conversación, quien por alguna razón que se le escapaba parecía molesta a pesar de sus esfuerzos por ocultarlo. Si bien la buena educación la obligaba a responder cuando se le lanzaba una pregunta directa, su mirada y sus respuestas esquivas habían atraído la atención de

Harry, quien de repente sentía curiosidad por conocer el motivo de su malestar. ¿Se debía su malestar al hecho de haberse visto obligada a acompañar a Elisabeth o lo que le molestaba era su compañía?

Harry la observó con discreción, sin perder la sonrisa, su vestido y el modo en que peinaba su cabello no tenían nada de interesante, no obstante, su mirada parecía ocultar secretos que despertaban su curiosidad.

El esfuerzo del duque por hablar con su prima le granjeó el afecto de Elisabeth, que temporalmente olvidó su enfado con él por haberse olvidado los últimos cuatro años de su amistad.

Solo podía alegar a su favor que había sido más sutil que su hermano menor.

Aunque no estuviera dispuesta a admitirlo en voz alta, Elisabeth se alegraba de haber aceptado la invitación. Harry era un hombre inteligente y divertido, pero lo más destacable para ella era que, a pesar de su rango, conversar con él resultaba algo fácil y natural. Quizás se debía a que estaba acostumbrado a las féminas, ya que su mejor amiga era una mujer, o tal vez lo hubiera subestimado motivada por el rencor de su abandono.

Y aunque su amistad con lady Sarah Danvers era de sobra conocida entre la sociedad, casi tan conocida como la animadversión que Elisabeth y Sarah compartían desde jovencitas, Elisabeth sospechaba que su actitud se debía más a su propio carácter que a su costumbre de alternar con féminas.

La animada conversación se detuvo al mismo tiempo en que lo hizo el carruaje que, con mano firme, dirigía Harry.

Elisabeth decidió que si quería saber la verdad lo mejor sería abordar el tema cuanto antes.

—Excelencia, muchas gracias por las rosas de esta mañana —comenzó ella.

Harry la miró entre confuso y divertido.

—¿Vuelves a las formalidades, Elisabeth? No creo que tu prima se escandalice si ve que nos tuteamos, después de todo, somos viejos amigos.

Ella suspiró exageradamente.

—De acuerdo, ¿por qué me has enviado rosas blancas? ¿Me estás cortejando?

De los labios de Amelia escapó un grito escandalizado.

El duque la miró con una sonrisa de comprensión antes de fijar su atención en Elisabeth.

—Sigues tan directa como siempre.

—¿Tienes intención de responderme o tienes planeado darle vueltas al tema sin decir nada?

—Por supuesto, Elisabeth. Sería de mala educación no contestarte. Es solo que... Quizás debas plantearme la cuestión en otro momento más... íntimo —respondió al tiempo que paseaba la mirada alrededor.

Comprendió el motivo del silencio de Harry cuando siguió su mirada. El parque estaba tan concurrido como era habitual a esas horas. Tanto que las largas colas de carruajes permitían animadas conversaciones con aquellos que viajaban en transportes similares, a caballo o incluso a pie.

—En ese caso esperaré, pero no creas que voy a olvidarlo.

Harry le ofreció una sonrisa taimada antes de responder.

—Magnífica elección, querida. ¿No está de acuerdo conmigo, lady Amelia?

—Lo estoy, Excelencia.

—Maravilloso, dos mujeres hermosas que aceptan mis propuestas y mi hermano de paseo por el parque. Qué tarde tan agradable.

Lord Colin Strafford se dio cuenta de la presencia de Elisabeth Masterson en el mismo instante en que el carruaje de su hermano atravesó la entrada del parque. Durante unos segundos no pudo más que mirar pasmado en su dirección. Lucifer se agitó cuando su amo clavó los talones en sus flancos para detenerlo en seco, demasiado asombrado como para pensar en disimular su interés en el grupo.

Fue Harry el primero en reaccionar cuando se sacó el sombrero e hizo un gesto de saludo que le obligó a dirigir a su corcel hasta ellos.

Forzándose en actuar con naturalidad saludó a las damas y después fijó su interés en su hermano, quien trataba de calmar a sus dos bayos, tan poco

interesados en detenerse como su propio caballo.

—¿Desde cuándo sales a cabalgar a estas horas? —preguntó Harry con interés, en cuanto caballo y jinete se detuvieron a un lado del carruaje.

—Nunca salgo a cabalgar a estas horas. Normalmente lo hago a primera hora de la mañana cuando el parque está casi vacío, pero hoy no me ha sido posible y Lucifer estaba inquieto, así que aquí estoy. Y gracias a eso puedo saludaros.

—¿Lucifer? —preguntó Elisabeth con fingida frialdad.

—Es el nombre de mi caballo.

—Eso ya lo había deducido yo sola, milord. Lo que me pregunto es por qué ese nombre y no cualquier otro.

—Porque es tan negro como el infierno —explicó, clavando los ojos en ella.

Elisabeth buscó en su rostro alguna pista sobre sus pensamientos, pero Colin se mantuvo impassible.

—Una suposición interesante —aceptó finalmente—, cualquiera diría que el infierno debe ser rojo y naranja como las llamas que arden en él.

—O azules —intervino Harry—, las llamas tienen algo de azul en su interior —afirmó.

Amelia asintió con la cabeza para hacer notar que estaba de acuerdo con el duque, pero ni Colin ni Elisabeth parecieron darse cuenta.

—No es ninguna suposición. Créame, lady Elisabeth, he estado allí y le aseguro que es oscuro y frío.

Ante semejante afirmación, Amelia sorprendió a todos al apuntar que en muchas culturas se creía que el infierno era un lugar frío, no el averno ardiente de los cristianos.

—Interesante —apuntó Harry mirando a Amelia con interés.

Después, para quitarle importancia al comentario de su hermano, lo regañó.

—No asustes a las damas, Colin. No es cortés por tu parte.

—No pretendía hacerlo. Les pido disculpas —dijo inclinándose en el caballo—. Aunque en honor a las damas he de protestar, hermano, ninguna de las dos parece asustada.

—Y no me he asustado, lord Colin, se necesita algo más que una simple alusión al infierno para asustarme —dijo Elisabeth en tono desafiante—. No soy tan delicada y, aunque pueda parecer otra cosa, mi prima tampoco lo es.

—De eso estoy seguro, milady.

Elisabeth se quedó con la duda de si era su intención alargarla u ofenderla.

Capítulo 5

Colin no tenía ningún interés en salir de casa esa tarde. Estaba cansado por culpa de la noche de insomnio que había pasado y, en contra de lo que era habitual, su paseo por el parque tampoco había ayudado a que se serenara. Si bien el encuentro con su hermano y Elisabeth lo había propiciado él mismo, al acercarse a ellos, ese detalle no lo liberaba de la tensión que la charla le había supuesto o del malestar que le había ocasionado verlos juntos en un lugar tan público.

Por todo ello, su preocupación inicial se había acrecentado al ver la actitud posesiva que Harry había mostrado con Elisabeth. Además, le preocupaba que esta última no tuviera una figura masculina que se ocupara de su bienestar y de su honor, dados los chismes que circulaban sobre el estado del conde. Fue esa preocupación por Elisabeth, la misma que le había hecho espiarla y protegerla desde las sombras, lo que le empujó a salir y asegurarse de que su hermano no estaba jugando con ella y que su repentino interés iba dirigido hacia un fin honorable.

Por mucho que le sorprendiera una posible relación entre ellos, puesto que su hermano era el mejor amigo de una de las feroces detractoras de Elisabeth, no podía ser casualidad que le hubiese visto bailando con ella en la fiesta de los Sheene y que menos de veinticuatro horas después se los encontrara paseando por el parque a plena vista de todo aquel que quisiera verlos. Si bien era consciente de que quizás fuera demasiado pronto para que la sociedad notara el cambio, que Harry fuera un duque aceleraría el proceso ya que en cada evento al que asistía era observado al milímetro, con todas las matronas pendientes de quién se convertiría en su duquesa.

Por lo que, si realmente estaba cortejando a Elisabeth, como empezaba a sospechar, el White's sería un nido de chismes al nivel de cualquiera de los bailes que daba la alta sociedad. Puede que fueran las mujeres las que tenían la fama de chismosas, pero los hombres no se quedaban a la zaga, y que un duque mostrara interés por una mujer en particular haría que el libro de apuestas echara humo.

No obstante sus suposiciones, Colin esperaba, por el bien de su hermano, que su supuesto cortejo no hubiera llegado a dicho libro de apuestas, porque de ser así no estaba seguro de cómo iba a reaccionar. Ya que en ausencia de Lucien y en vista del lamentable estado del conde, él era el encargado de proteger a Elisabeth, incluso de sí misma.

Colin subió los escalones que llevaban al club obligándose a sí mismo a caminar normalmente. Y siguió esforzándose en marcar un ritmo lento y tranquilo cuando entró en la sala en la que, para su tranquilidad, divisó a su amigo, el marqués de Wimsey, leyendo el periódico. Se enfocó en llegar hasta él, pero a medio camino fue interceptado por lord James Herrius, vizconde de Torrington y otro de sus mejores amigos desde Eton.

—Colin, no te esperábamos esta tarde —saludó este al tiempo que con disimulo miraba en dirección de Wimsey, quien no se perdía detalle del encuentro.

Si no le hubiera conocido desde hacía tanto tiempo seguramente no hubiera captado el sutil tono preocupado de su voz, pero habían pasado por tantas cosas juntos, entre ellas la muerte de Lucien, que no se le escapó el temor de este a su presencia en el club.

Supo en ese instante que el interés de Harry no había pasado desapercibido y que sus amigos pretendían evitar que montara un número ante los socios.

—Vamos a la mesa de Martin. Nos tomaremos una copa los tres.

Colin asintió y aunque se dejó arrastrar por él no perdió detalle de lo que sucedía en la sala. El ambiente era el típico a aquella hora, mesas llenas de hombres jugando a las cartas, leyendo el periódico o charlando frente a una copa de *brandy*.

Confiaba plenamente en Wimsey y en Torrington, y si este último se había tomado tantas molestias para apartarle de la gente que a esas horas había en el club debía de ser por algún motivo de peso.

Un camarero se detuvo frente a ellos en cuanto tomaron asiento a la mesa que ya ocupaba el marqués.

—Tomaremos lo mismo que esté tomando el marqués —apuntó lord James Herrius, sin darle opción a intervenir.

—Por supuesto, milord.

—No he venido aquí a beber —anunció Colin, de mal humor.

—Lo sabemos —sentenció Martin—. Lo que James y yo estamos evitando es que montes un escándalo que en nada va a beneficiar a Elisabeth. Lucien no habría querido que su hermana se viera mancillada por un estúpido arrebato.

Colin apretó los dientes con fuerza antes de ser capaz de hablar.

—¿Me estás diciendo que Elisabeth aparece en el libro de apuestas?

—En realidad han apostado por su respuesta. Nadie duda que tu hermano vaya a pedirle matrimonio, lo que desconocen es si ella aceptará —explicó James.

—Eso es todavía peor. Ninguna mujer en su sano juicio rechazaría a Harry. Es un duque, ¡por Dios santo!

Los dos hombres se mantuvieron en silencio el tiempo necesario para que Colin intuyera que había algo más.

No obstante, la llegada del camarero evitó que le explicaran el asunto, lo que le llevó a rechinar los dientes por la impaciencia.

En cuanto este se marchó fue el marqués quien expuso el tema sin ambages.

—Lo que se cuestionan es la relación que hay entre vuestras familias. No es un secreto para nadie que el conde te culpa de la muerte de Lucien y que los Strafford tenéis vetado el acceso a su casa y, por lo tanto, a su familia.

—Voy a matar a Harry —musitó Colin entre dientes—. Por remover el pasado.

—No es buena idea amigo, eso te convertiría a ti en el duque —se burló James, dispuesto a quitarle hierro al asunto—. Y te he escuchado decir

demasiadas veces que no quieres el título como para verte cargando con él por tu propia mano.

Martin le fulminó con la mirada, aunque Colin no pareció darse cuenta de lo que su amigo había dicho.

—¿Qué creéis que debo hacer para evitar que haya más habladurías que puedan perjudicarla? —inquirió Colin—. Es evidente que Harry sí que la está cortejando.

—Te va a parecer una locura, pero creo que lo mejor que puedes hacer es apostar a favor del sí. —Colin siempre había confiado en el criterio del marqués, pero en ese instante dudó de su cordura.

De sus dos mejores amigos, Martin era el más juicioso, había sido capaz de levantar el marquesado de las deudas en las que lo había dejado su padre y había contraído matrimonio con la única mujer capaz de hacerle feliz, sin embargo, lo que le estaba proponiendo era una auténtica locura.

Miró a James buscando su reacción. Su amigo parecía tan asombrado como él.

—Nadie hablará de Elisabeth si tú intervienes en la apuesta. Además, quedará claro que no hay ninguna mala relación entre vuestras familias. Creerán que estás absolutamente seguro del desenlace y la apuesta perderá importancia.

James se encogió de hombros.

—Visto así... Tiene sentido.

—¿Y cuánto crees que debería apostar? —El tono de Colin habría alterado a cualquier otra persona, pero el marqués de Wimsey estaba impasible.

—Creo que con dos mil libras será suficiente.

—En ese caso, que sean dos mil libras —zanjó Colin—. Cualquier cosa por la felicidad conyugal de mi queridísimo hermano —anunció con el sarcasmo impregnado en su voz.

—Sinceramente, espero que no las pierdas —apuntó James pensativo.

—Te aseguro que estaría más que contento en perderlas —declaró, sin molestarse en dar explicaciones.

La noticia de la apuesta no tardó en llegar a oídos de Elisabeth y de su tía. Mientras que la primera bullía de rabia, la segunda estaba encantada con la historia. Convencida de que su sobrina pronto iba a convertirse en la duquesa de Bollingbroke decidió que tenía que informar a su cuñado de tan buenas nuevas.

La apuesta en sí era un despropósito, Elisabeth estaba segura de que Harry no estaba interesado en casarse, y con ella mucho menos. No obstante, la parte más dolorosa de la misma residía en que el propio Colin había apostado en favor del sí. Como si no le importara que acabara siendo su cuñada, como si sus sentimientos por él no importaran.

No se molestó en llamar a la puerta de Amelia. Entró como un vendaval en el dormitorio de su prima, quien leía un grueso tomo en el diván.

Se incorporó al verla entrar.

—¿Qué sucede, Lizzie?

—Necesito tu ayuda. Tengo que hacerle llegar a Harry una nota. Es urgente.

Amelia frunció el ceño, confundida.

—Escríbela y dásela a un lacayo para que se la lleve o dásela a Riona.

—No puedo arriesgarme a que la lea nadie, Amelia —apuntó tomando asiento en la cama frente a ella—. Es un asunto de suma importancia. Necesito verme a solas con Harry. Todo el mundo cree que nos vamos a casar.

—Lizzie, si os veis a solas y alguien se entera te vas a ver obligada a casarte con él de verdad. ¿No lo entiendes? —Amelia estaba tan preocupada que se había puesto en pie y paseaba arriba y abajo delante de Elisabeth.

—Nadie ha dicho que tenga la intención de ir sola. Tú vendrás conmigo. De hecho, creo que lo mejor es que seas tú quien le entregue mi nota. No confío en nadie más que en ti.

A la pobre muchacha se le cayó el libro de las manos y ni siquiera se movió para recogerlo. Miraba a Elisabeth con los ojos abiertos de par en par.

—Yo no puedo hacerlo. ¿Y si alguien se entera de que he ido?

—Lo más probable, si eso sucede, es que Harry se vea obligado a ofrecerte matrimonio. Es un hombre íntegro, Amelia, no te dejará en la

estacada. Y si eso sucede se acabarán mis problemas —dijo de un modo egoísta que la asustó incluso a ella misma.

—No quiero obligarle a que se case conmigo. Prefiero estar soltera que obligar a un caballero a que me despose.

La morena sonrió con malicia. La idea de casar a Amelia con Harry había hecho mella en ella. Los dos tenían caracteres parecidos. Amelia era inteligente, buena y, bajo esos vestidos insulsos, preciosa. Tal vez no fuera una locura que la descubrieran en casa del duque, después de todo.

—En ese caso, querida amiga, procura que no te vea nadie.

Capítulo 6

Amelia temblaba de pies a cabeza. Nunca, en sus veintidós años, había hecho algo tan incorrecto como visitar a un soltero en su propia casa, sola, sin carabina y en plena tarde.

Era lo mucho que le debía a Elisabeth, su afecto, su apoyo y su comprensión, lo que la había llevado hasta allí, aunque el favor a su amiga no dejara de ser lo más duro que hubiera hecho nunca. Y no solo porque, si alguien la veía entrar en casa del duque, iba a suponer su ruina social, sino porque Amelia era incapaz de hilar dos frases con sentido en su presencia. Daba igual que fuera una mujer instruida y con pensamientos propios, tampoco importaba que se preparara el discurso antes de salir de casa. Por alguna razón que escapaba al raciocinio de Amelia, estar frente al duque le suponía un mutismo incómodo que la hacía parecer estúpida ante él. Y así había sido desde que llegó a Londres, tras la muerte de sus padres, y se lo presentaron. Y es que Amelia había disfrutado de una temporada social antes de la muerte de Lucien y de que toda su vida cambiara radicalmente. Cuando se retiraron al campo para acompañar a Elisabeth, Amelia no sintió que estaba perdiendo su juventud o sus oportunidades para contraer matrimonio ya que su única temporada social había sido un completo desastre.

Arrebujándose en la capa decidió que lo más discreto sería entrar por la puerta de servicio. Después de todo, Elisabeth se había empeñado en que se disfrazara con un vestido de su doncella, para que nadie pudiera reconocerla si, por desgracia, se topaba con algún conocido.

Tomó una gran bocanada de aire y entró en la cocina gracias a que la puerta estaba abierta, seguramente para que algún lacayo entrara la leña para las chimeneas que a esa hora comenzaban a encenderse.

Sin saber muy bien qué hacer se quedó allí hasta que la vista se le acostumbró a la luz más tenue de la estancia.

—Buenas tardes. Por favor, soy lady Amelia Bradbury y he venido para tratar un asunto urgente con el duque. ¿Podría alguien decirle que estoy aquí?

La cocinera y las doncellas que se movían a toda prisa por la cocina la miraron con cierta suspicacia. No solo no iba vestida como una dama, su cabello tampoco iba peinado a la moda, sino con un apresurado moño que dejaba escapar sus rebeldes rizos y tampoco era que el color de su cabello fuera propio de una dama, pensó la doncella, todas las que había visto hasta ese momento eran rubias o morenas... Por otro lado, hablaba como una de ellas.

—¿Se ha escapado de casa? —preguntó de repente la chica con auténtico interés.

Amelia se sonrojó hasta la raíz del cabello.

—Algo así —concedió.

—¿Va a huir con su Excelencia a Gretna Green?

Amelia dejó escapar una risita histérica.

—No, no es esa mi intención ni tampoco la del duque.

—En ese caso, que alguien avise a Perkins. —Fue la cocinera quien tomó las riendas de la situación.

—Milady, ¿sería tan amable de aceptarme una taza de té? —ofreció la buena mujer al darse cuenta del estado de nervios de la joven.

—Sí, gracias. Es usted muy amable.

La doncella que le había hablado se acercó para cogerle la capa y cuando Amelia se vio obligada a dársela se sintió más expuesta que nunca. Ninguno de sus vestidos dejaba menos a la imaginación que el que llevaba puesto esa tarde.

Iba a vengarse de Elisabeth, aunque todavía no supiera cómo. Y lo peor de todo, lo que la iba a convertir en una persona horrible, era que tenía toda la intención de disfrutar de ello.

—Excelencia, hay una dama en la cocina que desea verlo —anunció el mayordomo con su formalidad habitual.

—¿Cómo dices, Perkins?

—Lo que he dicho, Excelencia. Que hay una dama que le aguarda en la cocina.

—¿Y qué hace esa dama en la cocina, Perkins? —preguntó Harry mientras sostenía unos documentos que unos segundos antes había estado estudiando.

A esas horas solía estar en el club, sin embargo, esa tarde había tenido que ocuparse de unos asuntos urgentes que le habían retenido en casa. En cualquier caso, la aparición de una dama misteriosa que le esperaba en la cocina justificaba por completo que dejara dichos asuntos de lado.

Por otro lado, ninguna dama decente que se preciara de serlo se habría presentado en su casa a esas horas, sin anunciarse previamente, y mucho menos le esperaría en la cocina.

El mayordomo le miró como si su señor hubiera perdido el juicio.

—Esperarlo, Excelencia, esperarlo.

—Perkins —se exasperó Harry—, ¿estás siendo obtuso a propósito? —inquirió molesto—. ¿Por qué no se la ha acompañado a la sala de estar y se le ha ofrecido un refrigerio?

—Porque la dama no ha entrado por la puerta principal, Excelencia, sino que ha llegado a través de la cocina. ¿Por qué si no iba a estar allí?

Harry se abstuvo de hacer más comentarios al respecto. Definitivamente, la persona que le esperaba en sus cocinas no era una dama decente. Y estaba comenzando a pensar en la posibilidad de que fuera una treta para cazarlo en matrimonio.

Cada vez más desconcertado por la actitud de su reservada visitante y por la de sus criados atinó a decir:

—¿Podrías pedirle a la misteriosa dama que pase a la biblioteca? Si no le gustan mis salones quizás acepte reunirse conmigo allí.

—No se trata de ninguna dama misteriosa, Excelencia. La dama que le espera es lady Amelia Bradbury.

—Por Dios, Perkins, ¿qué demonios te sucede esta tarde? ¿Se puede saber por qué no lo has dicho desde el principio?

Antes de que el mayordomo pudiera responderle, Harry ya se había puesto en pie y salía a toda prisa de su estudio en busca de su inesperada

visita.

Había olvidado que no iba ataviada con uno de sus discretos vestidos, abotonados hasta el cuello, por lo que cuando se levantó de golpe al ver personarse en la cocina al mismísimo duque, sus pechos apretujados en el ínfimo escote se balancearon con el movimiento.

Tuvo que hacer un esfuerzo para no llevarse las manos al pecho y tapárselos con pudor. Pero no era decoroso tocarse esa parte de la anatomía en público, y no estaba segura, pero quizás tampoco en privado.

—Lady Amelia, ¿ha sucedido algo? —preguntó el duque tratando de apartar la mirada del escote de su invitada.

—Así es, Excelencia. Tengo un asunto importante que tratar con usted.

Harry comprendió que no era un asunto de vida o muerte por lo que su inicial temor se transformó en reprobación.

—Lo más apropiado habría sido que me enviara una nota y yo mismo habría ido a visitarla a casa de su tía —protestó, preocupado por lo que su presencia en su casa supondría para ella si se descubría.

—Créame, Excelencia, que mi visita no ha sido por iniciativa propia —protestó Amelia—. Traigo un mensaje de otra persona.

Harry parpadeó sorprendido por la respuesta. De modo que la gatita tenía uñas, además de un cuerpo espectacular, a juzgar por lo que dejaba a la vista el vestido que llevaba.

—Imagino que la culpable de este desatino es lady Elisabeth, pero era cosa suya negarse a incurrir en semejante falta de decoro.

Amelia enrojeció, consciente de que la regañina era justificada.

—Aunque ahora eso no tenga demasiada importancia puesto que ya está aquí —hizo una pausa para serenarse—, ¿le importaría que siguiéramos en mi estudio? Veo que la señora Barry se ha ocupado de usted —apuntó mirando la taza—, pero estoy seguro de que estaremos más cómodos allí.

—Por supuesto, Excelencia.

Él le hizo una señal para que pasara delante de él y sintió cómo la tomaba de la cintura para indicarle el camino que debía seguir. El contacto era tan

ligero que apenas notaba sus dedos. No obstante, saber que estaba tan cerca de él hizo que se mareara.

Durante lo que tardaron en llegar a su estudio atravesaron toda la parte trasera de la casa, pero Amelia estaba tan ensimismada con las sensaciones que apenas se dio cuenta de lo que la rodeaba.

Harry la soltó cuando se detuvieron frente a la puerta de lo que supuso Amelia era su estudio privado.

Con toda la galantería que le caracterizaba, el duque le abrió la puerta y la instó a pasar delante de él.

—Por favor, tome asiento.

Nerviosa como estaba se acercó a una de las sillas que había frente a su escritorio. Se detuvo al escuchar la protesta de Bollingbroke.

—Creo que estaremos mejor en el sofá y, para que se quede tranquila, he dejado la puerta abierta. No tiene nada que temer estando conmigo.

—Lo sé, Excelencia.

—Me encargaré de que cuando terminemos alguien la lleve a casa.

—Eso no será necesario ni prudente.

—Tampoco lo es su presencia en mi casa, milady. Así que, le guste o no, mi carruaje la llevara de vuelta. Pero si hay algo poco prudente en esta historia es el modo en que va vestida. ¿De dónde ha sacado eso? No deja nada a la imaginación —dijo señalándola.

Amelia enrojeció avergonzada.

—Ha sido idea de Elisabeth. Quería que pasara desapercibida.

—Pues su táctica ha causado justo el efecto contrario. Y ahora, dígame, sin más demora, ¿cuál es el asunto urgente que le ha traído hasta mi casa?

—Imagino que estará al tanto de la apuesta que circula por Londres.

—Si se refiere a una apuesta en el White's, por supuesto que la conozco, ya que fui yo quien la propició. Ahora le ruego que informe a Elisabeth de que necesito que actúe con normalidad y que mañana por la tarde pasará a recogerlas para salir de paseo. En ese momento se lo explicaré todo.

Amelia se dio cuenta de que no le preguntaba si deseaba unirse al grupo, sino que la añadía sin darle opción a negarse. Sintió una furia irracional que nunca antes había experimentado.

¿Cómo se atrevía a ordenarle nada? ¿Acaso la veía como a la simple carabina de su prima? ¿Una mujer buena para nada, carente de otras propuestas más atractivas que las de salir a pasear con su prima y su pretendiente?

Indignada se levantó de un salto. Lo que obligó al duque a hacer lo propio.

—Lo siento, Excelencia, pero aunque le parezca increíble tengo mis propios planes para mañana por la tarde. Si es tan amable, aceptaré su carruaje para volver a casa ahora, gracias.

Harry se quedó inmóvil y en silencio durante los segundos que tardó en asimilar que la ratoncita acababa de rechazar su invitación además de darle una orden velada.

Sonrió casi sin darse cuenta.

—Inmediatamente, milady —anunció y llamó al lacayo de la puerta para que pidiera el carruaje—. Solo una cosa más, cambie sus planes. La recogeré mañana junto con su prima.

Bollingbroke estaba terminando de escribir su nota cuando la puerta de su estudio se abrió de golpe y Colin entró en él sin anuncios ni miramientos.

—Bienvenido, hermano, acabas de hacer inútil esto —dijo arrugando el papel en el que había estado escribiendo.

—Soy tan eficiente que acudo antes de que se me convoque —dijo tomando asiento frente al escritorio que en otro tiempo perteneció a su padre—, y dime, ¿para qué soy necesario?

Harry no se dejó engañar.

—Estoy seguro de que tu interés en verme se debe al mismo motivo.

—En ese caso seré directo. ¿Cuáles son tus intenciones con lady Elisabeth?

—Muy directo, sí señor.

—¿Y bien? Estoy esperando una respuesta.

—Es posible que haya decidido casarme y es posible que Elisabeth sea mi primera opción. ¿Por qué? ¿Estás tú también interesado en ella? Si es el caso me retiraré discretamente.

Colin se inclinó sobre el escritorio y fulminó a su hermano con la mirada.

—¿Estás buscando que te pegue? Porque puede que seas el hermano mayor y heredero, pero te aseguro que soy capaz de tumbarte de un puñetazo.

Harry rio, encantado.

—No deseo comprobar lo que afirmas, hermano. Solo digo que si Elisabeth es de tu agrado estoy dispuesto a retirarme y dejarte vía libre con ella. Después de todo siempre estuviste más unido a ella que yo.

—No tengo ningún interés en Elisabeth, pero, aunque lo tuviera, su padre jamás me concedería su mano. Y ya puestos, tampoco estoy seguro de que te la vaya a conceder a ti, por muy duque que seas.

Durante unos segundos ninguno de los dos añadió nada. Tras el breve silencio, Harry se levantó y se acercó a la mesa de las bebidas.

—¿Brandy?

—Que sea doble, por favor. Y ahora dime, ¿cómo vas a solucionar el problema en que has metido a Elisabeth? —insistió—. En el club no se habla de otra cosa.

Se calló al tiempo que aceptaba la copa que le tendía su hermano.

—Del modo en que se solucionan siempre estos asuntos, voy a casarme con ella cuanto antes.

Capítulo 7

Por primera vez desde que comenzó la temporada Elisabeth no tenía ganas de bailar. Por ello alegó que se había torcido el tobillo y se sentó junto a Amelia en la zona de las solteronas, como su amiga la llamaba. Por esa falsa indisposición tuvo que soportar el sermón de su tía, quien la regañó por no mostrarse más feliz con el cortejo del duque y hacérselo saber a sus congéneres. Sin embargo, ni el cortejo estaba claro ni Amelia y Elisabeth habían podido hablar entre ellas tras la visita de la primera al duque.

En varias ocasiones intentaron tratar el tema sin testigos, pero en su casa se vieron apremiadas por su tía para que se prepararan para la fiesta, y al llegar a ella se encontraron rodeadas de caballeros, preocupados por el estado de salud de Elisabeth y por damas que querían saludarla.

No fue necesario que Amelia y Elisabeth hablaran sobre el inesperado interés que la alta sociedad estaba otorgando a esta última, las dos eran conscientes de que el supuesto cortejo del duque de Bollingbroke era el causante de semejante revuelo.

Lamentablemente, ni el culpable de su recién estrenada fama ni su hermano consideraron adecuado aparecer por el baile, por lo que la indisposición de Elisabeth fue tomada por un gesto premeditado de la joven que se negaba a bailar si el duque no iba a asistir a la velada.

—Amelia, querida, tienes mala cara, ¿te sientes indispuesta? —preguntó Elisabeth, deseando que su amiga comprendiera su táctica.

—Lo cierto es que me duele la cabeza.

—Tía —llamó Elisabeth con suavidad. La mujer estaba sentada dos sillas más allá hablando con lady Josephine Rusell, una de las damas cuya hija se

presentaba ese año en sociedad—, Amelia no se siente bien y yo no puedo bailar, ¿crees que podríamos retirarnos pronto esta noche?

Tal y como había esperado, lady Margareth se levantó a toda prisa. Preocupada por la salud de sus pupilas.

—Niñas, ¿estáis bien? —No dio opción a ninguna de ellas de responder—. Por supuesto que no lo estáis. Tantas fiestas, tantos eventos... Necesitáis descansar, queridas. Voy a buscar a un lacayo para que pida nuestro carruaje y regresaremos a casa para que os toméis un chocolate caliente y os metáis en la cama.

—Gracias, tía. —Elisabeth sonreía interiormente ante el éxito de su treta.

—Vamos, niñas. En seguida os sentiréis mejor —comentó la mujer preocupada.

Amelia miró a Elisabeth con curiosidad, pero no se atrevió a preguntarle nada a su amiga por temor a la respuesta.

Media hora más tarde las tres entraban en la casa que tía Margareth había heredado de su difunto esposo en Grosvenor Square en Mayfair. Antes de verse sometida a la cariñosa preocupación de su pariente, Elisabeth escapó hasta su dormitorio. Consciente de que no iba a poder dar esquinazo a su familia tan fácilmente se cambió de ropa, como si tuviera intención de meterse en la cama, y esperó la primera visita, que tal y como pensaba fue de Amelia.

La mirada de su amiga la hizo flaquear, no obstante, su deseo de saber la verdad iba más allá del temor a ser descubierta que tanto preocupaba a Amelia.

—Por favor, dime que no vas a cometer ninguna locura —pidió. Aunque Elisabeth no le había contado sus planes, Amelia la conocía lo suficiente como para adivinar el motivo oculto tras su inesperado deseo de regresar a casa.

—Te lo diré, pero solo si no te importa que te mienta.

—Elisabeth, ¿no puedes, por una vez, sentarte y esperar a que el duque te dé la explicación que te ha prometido? Son solo unas horas más...

—Y mientras tanto, ¿qué? La gente cree que me voy a casar con él y cuando pase el tiempo y vean que no es así me convertiré en un chisme todavía más grande del que soy ahora. Tengo que cortar esto antes de que sea demasiado tarde.

Amelia permaneció en silencio unos segundos.

—En ese caso te acompañaré. No te voy a dejar ir sola.

—Gracias, pero necesito que entretengas a tía Margareth esta noche. Tienes que impedir que entre a mi dormitorio y ambas sabemos que va a ser difícil porque querrá asegurarse de que estoy bien. —Amelia abrió la boca para protestar, pero Elisabeth se adelantó a sus palabras—. Te prometo que no voy a ir sola. Voy a llevarme a Riona y a un lacayo que anda medio enamorado de ella. Ninguno de los dos dirá nada.

Su prima suspiró resignada.

—De acuerdo, pero ten cuidado.

—Lo tendré —aceptó abrazándola.

Si obviaba el ínfimo detalle de que su hermano pretendía desposar a Elisabeth Masterson, la velada estaba resultando bastante agradable. El momento incluso había dado a pie a que bromeara con su recto hermano sobre el disfraz que ambos iban a llevar a la fiesta de máscaras que su amigo común, el marqués de Wimsey, tenía previsto dar para celebrar el cumpleaños de su esposa. La velada tendría lugar la noche siguiente en Vauxhall y era de las más exclusivas de la temporada.

Wimsey le había prometido a Pippa al casarse que haría de su vida en común una sorpresa constante y, visto lo visto, lo estaba cumpliendo.

Colin se relajó en la butaca. Hacía mucho tiempo que su hermano y él no pasaban el tiempo juntos. Harry estaba muy ocupado con las responsabilidades inherentes al título. Por su parte, Colin se negaba a ayudarlo en esos menesteres, principalmente porque haciéndolo se olvidaba de que era el heredero de su hermano.

Si aceptaba su papel como tal, tenía que aceptar también que su hermano podía morir, tal y como habían muerto sus padres, y en esta ocasión, si su

hermano lo dejaba antes de lo previsto, sí que se iba a quedar completamente solo en el mundo.

Sus funestos pensamientos fueron interrumpidos por la inesperada aparición de Perkins, que siempre se acercaba con un sigilo impropio de un mero criado.

—Excelencia, lamento molestarle, pero tiene una visita.

—¿A estas horas? —preguntó Harry sorprendido.

Perkins se irguió más si era posible. Al comprender la velada censura del duque por haber permitido que el inesperado visitante cruzara el umbral de su casa.

—No podía negarle la entrada a una dama, Excelencia. No importa la hora que sea.

Harry se levantó a toda prisa.

—¿Otra dama, Perkins? ¿No será la misma de esta mañana? —preguntó con mal disimulado interés.

—Sí que estás solicitado, hermano —se burló Colin al escuchar sobre la visita—. No me digas que te acosan las mujeres.

—Es una dama distinta, Excelencia. Aunque...

—¿Qué sucede, Perkins? Habla abiertamente.

—Si no me equivoco, ambas damas están emparentadas.

Harry se dejó caer en la silla, un poco menos tenso.

—Por favor, Perkins, acompaña a lady Elisabeth hasta aquí y después pide que traigan un refrigerio para ella. Supongo que se habrá escapado de alguno de los bailes que daban esta noche —le explicó a Colin quien parecía a punto de estallar de rabia.

El mayordomo pareció relajarse al notar que el duque no parecía ni asombrado ni contrariado.

—En seguida, Excelencia.

Fue Colin quien, en esa ocasión, se puso de pie de un salto.

—¿Qué hace Elisabeth en esta casa y a estas horas, Harry? —inquirió en un tono furibundo.

—No lo sé, pero estoy seguro de que lo averiguaremos los dos en unos segundos.

El duque también se puso en pie cuando escuchó unos pasos acercándose por el pasillo. Perkins fue el primero en aparecer por la puerta.

—Lady Elisabeth, milores —anunció con formalidad y a Harry no se le escapó el brillo de sorpresa que iluminó los ojos de Elisabeth cuando se dio cuenta de que no estaba solo.

No obstante, se repuso con facilidad y se adentró en el estudio con la espalda recta y la mirada desafiante, como si esperara ser regañada.

—Buenas noches —saludó con una sonrisa que pretendía ser confiada.

—¿Has venido sola hasta aquí? —inquirió Colin, antes de que el duque pudiera, si quiera, responder al saludo de su invitada.

—He venido con mi doncella y con un lacayo en un coche de alquiler. Gracias por su interés, milord.

Colin se mordió la lengua. Le había preguntado con la esperanza de que le diera un motivo para reprenderla, además, por supuesto, del hecho de que estuviera en casa de un hombre a esas horas de la madrugada.

—En cualquier caso, has demostrado que eres una insensata por venir hasta aquí. ¿Acaso no tienes sentido común?

—De nuevo le agradezco su interés, lord Colin, pero el motivo por el que me he tomado tantas molestias para venir hasta aquí no es para responder a sus preguntas, sino porque deseo hablar con su hermano, a solas, por favor —apostilló desafiante.

—Por encima de mi cadáver. Ahora mismo te vienes conmigo. Voy a llevarte a tu casa y reza para que nadie te haya visto entrar aquí o estarás perdida para siempre.

—No lo creo. Si alguien me ha visto, cosa que dudo, estoy segura de que Harry se casará conmigo y mi reputación volverá a ser tan decente como lo ha sido hasta ahora.

—Por supuesto, Elisabeth. Me alegra que saques el tema porque...

—¡Basta! Nos vamos de aquí inmediatamente —cortó Colin impidiendo la declaración que estaba seguro seguiría a continuación.

—No pienso irme contigo, Colin. Ni siquiera entiendo por qué me estás hablando. ¿No era una decisión firme ignorarme por completo? —atacó ella—. ¿O solo lo es cuando a ti te conviene?

El duque, que estaba tratando de ocultar a ambos lo encantado que estaba con la situación, decidió que lo más acertado en esos instantes era ponerse del lado de su hermano por lo que intervino con ese fin.

—Mañana por la tarde pasaré a recogerte, querida mía. Podemos ir a tomar un helado y a dar un paseo, tal y como habíamos planeado.

—Harry, no creo que sea buena idea lo que propones. Si seguís así la sociedad va a esperar el anuncio oficial de vuestra boda en el Times.

—Me parece una idea maravillosa, Harry. Te espero mañana, buenas noches, querido —aceptó Elisabeth, aunque por dentro bullía de indignación. Primero porque su salida no había servido a sus fines y segundo porque la actitud de Colin la sacaba de quicio. ¿No le parecía lo bastante duro para ella que no la considerara lo bastante buena para ser su amigo, sino que tampoco la consideraba a la altura de su hermano?

Instintivamente se puso rígida cuando notó que la cogía del brazo para acompañarla hasta la salida.

—Hablaemos mañana, Harry. Voy a llevar a casa a Elisabeth y a asegurarme que se queda allí hasta mañana —apostilló enfadado.

—¿Debo recordarte que yo soy el hermano mayor además del duque? —pinchó Harry—, tu comentario me ha recordado al tono que usaba nuestro tutor cuando nos hacía entrar en su estudio para recriminarnos nuestra falta de interés en los estudios.

—No juegues con fuego, duque. Ahora mismo estoy demasiado furioso con los dos como para contenerme.

—No veo por qué te importa lo que yo haga —se quejó Elisabeth.

Colin se giró como un resorte para mirarla con cara de pocos amigos.

—Elisabeth —advirtió Harry—, nos vemos mañana.

Decidió que lo mejor era aceptar que su aventura había fracasado y permitió que Colin la sacara de la casa. Se mantuvo en silencio mientras este despedía a su lacayo y a su doncella, quienes tuvieron que regresar a casa a pie, y aceptó su ayuda cuando llegaron a su carruaje. Consciente de la tensión que reinaba en el ambiente se mantuvo en silencio los siguientes minutos. De hecho, fue Colin quien decidió romperlo.

—Jamás pensé que fueras de las mujeres que creen que el silencio es un castigo para un hombre. Más bien es una bendición que una dama se abstenga

de hablar de banalidades durante unos minutos.

Ella le miró con fingida indiferencia.

—A lo mejor si sacas un tema de conversación simple esta dama banal sea capaz de seguirte e incluso te responda con cierta lucidez.

—No he dicho... ¿Por qué tergiversas todo lo que digo?

—¿Tú crees?

Él asintió con la cabeza.

—En ese caso debe de ser verdad. Tú eres el inteligente aquí.

Colin suspiró cansado.

—¿No podemos tratar de llevarnos bien? Antes éramos amigos...

Los ojos de Elisabeth se encendieron como el carbón en las brasas. Colin vio cómo el fuego los consumía. Fue consciente entonces de que su comentario había prendido los rescoldos que todavía quedaban de su último encuentro.

—¿Cómo te atreves a pedirme eso ahora? Eres tú y solo tú el que se niega a ser mi amigo. Tú has sido el que me ha dado deliberadamente la espalda, el...

No pudo seguir hablando cuando la boca de Colin aplastó la suya con fiereza. No era la primera vez que un hombre la besaba, no obstante, esta sí que era la primera vez que ella lo deseaba de verdad. Notó cómo Colin suavizaba la presión y abrió la boca para quejarse. Momento que él aprovechó para acariciarla con la lengua. Sus manos se asieron a la nuca de él, maravillándose con la suavidad de su pelo. Él la reclinó con cuidado en el asiento de manera que el pecho de ella se rozaba con el de él. Una de sus manos acarició su pierna por debajo de la falda e instintivamente se acercó más a él...

Su gesto sacó a Colin del ensueño en que estaba. De repente fue consciente de lo que estaba haciendo. Se enderezó y se apartó de ella a toda prisa, todavía con su sabor en los labios.

Durante unos segundos ninguno de los dos habló ni se miraron siquiera.

—¿Por qué? —preguntó ella cuando por fin se sintió dueña de sí misma.

Se sacudió cuando el carruaje se detuvo en la esquina de su casa.

—No encontré otra forma más efectiva de hacerte callar —apuntó como si el beso no hubiera significado nada para él—, ya te he dicho que los

hombres valoramos el silencio.

Elisabeth lo miró con una intensidad que incomodó a Colin.

—Espero que la próxima vez que te moleste mi cháchara intrascendente te limites a pedirme que me guarde mis opiniones para mí misma. Dudo mucho que tu hermano apruebe que beses a su esposa, aunque el motivo sea tan lícito como el tuyo, buenas noches.

Colin no respondió. De hecho, no volvió a hablar hasta que ella no cruzó el umbral de su casa, ni siquiera para indicarle al cochero dónde debía llevarle.

Una vez que Elisabeth estuvo a salvo en su hogar dejó escapar su frustración maldiciendo todo lo que se le ocurrió en ese instante.

Capítulo 8

—Si no te conociera creería que me estás mintiendo para impresionarme. Pero sé que ni mientes ni deseas mi aprobación por lo que estoy seguro de que es verdad lo que me cuentas.

—Siempre supe que eras el hermano inteligente —rio Elisabeth mientras paseaba de su brazo—, por ello me gustaría aclarar de una vez por todas el tema de nuestra relación.

—Adelante —la invitó el duque.

—Sé que no deseas casarte conmigo.

—Te subestimas, Elisabeth. Cualquier hombre querría casarse contigo. No puedes fingir que no lo sabes.

Ella le miró enfurruñada.

—De acuerdo. Deja que reformule la frase: sé que no deseas casarte, ni conmigo ni con nadie. De modo que...

Harry sonrió, encantado.

—¿Te apetece descansar unos minutos? —preguntó señalando un banco apartado—. Hemos andado mucho.

Tal y como había prometido, Harry se presentó en casa de Elisabeth a la hora acordada para llevarla a tomar un helado y a pasear y, tal y como había jurado Amelia, ella no había estado disponible para acompañarlos en la salida. Su rebeldía había agradado a Harry, quien no se había esperado dicha reacción.

—Sería muy agradable, gracias.

Consciente de que Harry no iba a decir nada hasta que estuvieran completamente a solas se dejó guiar hasta el banco y esperó a que él volviera a sacar el tema.

—He de confesar algo, si pretendo que entiendas mi postura —dijo con cierta vergüenza.

—Adelante.

—Te vi aquella noche, en el balcón, con Rochdale y también vi a Colin espiarte.

Ella sonrió benevolente.

—Imaginé que nos habías visto a juzgar por la inesperada aparición de Sarah Danvers en el balcón.

—Ahí sí que no tuve nada que ver. Sarah apareció por su cuenta, de hecho no supe que ella también os había visto hasta que la misma Sarah me lo contó —dijo sonriente—. Sea como sea, me sorprendió ver a mi hermano tan interesado por alguien, y es posible que pensara que necesitaba mi ayuda.

—¿Tu ayuda?

—Para decidirse a cortejarte. Creí que si veía mi interés por ti tal vez se diera cuenta de lo que siente por ti —confesó.

Elisabeth sonrió.

—Si estuviésemos realmente solos te daría un abrazo —confesó ella—. Y agradezco tu interés, Harry, pero lamento decirte que estás completamente equivocado. Colin no siente nada por mí. Ni siquiera desea ser mi amigo.

—En eso creo que eres tú la que se equivoca. Sea como sea, creo que es posible que haya llevado mi farsa más allá de lo correcto y puede que nos veamos en la obligación de casarnos. Sé que no soy el esposo que deseas, pero no puedo dejarte en la estacada cuando todo este revuelo ha sido por mi culpa.

Elisabeth alargó la mano para tomar la del duque demasiado emocionada como para que le importara estar siendo observada.

—Te lo agradezco mucho, Harry. No sabes lo que ha significado para mí retomar nuestra amistad. Durante los años que siguieron a la muerte de mi hermano me sentí sola. De no haber tenido a Amelia conmigo no sé cómo habría sobrevivido a la soledad y al dolor. Y saber que estás dispuesto a renunciar a tu felicidad para casarte conmigo te honra, pero yo no podría casarme contigo amando como amo a tu hermano.

—En ese caso, querida, vas a tener que ser más contundente con él porque esta misma mañana he recibido una nota de tu padre para que vaya a

visitarlo.

—Mi padre no sale. Él...

—Él está al tanto de lo que sucede, querida mía. Puedes estar segura.

El duque de Bollingbroke no tenía que inclinarse ante nadie más que el rey o el regente en su defecto, de modo que por mucho que le doliera el evidente deterioro del conde de Waverly se mostró tan regio y formal como se esperaba de él.

Siguió al mayordomo hasta el despacho de su anfitrión, sin saber que cuatro años antes, en ese mismo lugar, su hermano, e incluso él mismo, habían sido invitados a olvidarse de la relación que antaño había unido a ambas familias.

El conde no se levantó para recibirlo y Harry dudó entre si pretendía ofenderlo con el gesto o si estaba tan mal, a juzgar por su aspecto, que no lograba tenerse en pie.

Aunque él estaba desaliñado, en mangas de camisa y con el pañuelo a medio anudar, su despacho mostraba un aspecto tan impoluto como el que siempre había tenido. Se notaba con ello la lealtad que todavía le profesaban sus criados.

—Bollingbroke —saludó cortante—, siéntate.

Definitivamente deseaba ofenderlo, decidió Harry. O tal vez recordarle que durante un tiempo él había sido una autoridad para él, dado que fue su tutor hasta que llegó a la mayoría de edad.

Por lo mismo se sentó sin agradecerle la invitación.

—Creo que lo mejor es que vayamos directamente al grano —apuntó el padre de Elisabeth.

—Estoy completamente de acuerdo. Así que, dígame, ¿por qué estoy aquí? Si no recuerdo mal, mi familia tiene prohibido el acceso a esta casa.

Notó cómo se removía incómodo en su silla y se fijó en lo arrugada que llevaba la camisa, como si hubiera dormido con ella puesta. Su chaqueta, igual de arrugada, descansaba sobre el canapé, y en su afán por agraviarle ni siquiera se había molestado en vestirse decentemente para recibirle.

Sus mejillas sonrojadas y los ojos vidriosos le daban a entender que llevaba horas bebiendo.

—También se os prohibió a tu hermano y a ti acercaros a mi hija y, sin embargo, ha llegado a mis oídos que estás pensando en casarte con ella. Lo que me confunde porque ni siquiera has tenido la decencia de pedirme permiso para cortejarla.

—Se equivoca —respondió sin perder la formalidad—. No he venido a hablar con usted porque no soy yo quien se casará con Elisabeth, sino mi hermano. Y, si mal no recuerdo, él tampoco tiene permiso para pisar esta casa.

El conde se levantó con más agilidad de la que aparentaba poseer y fulminó a su invitado con la mirada.

—¿De qué estás hablando, Bollingbroke? Los chismes hablan de ti y de mi hija, tu hermano no figura en ninguno de ellos.

—Los chismes son erróneos. Ya debería saber que casi nunca son ciertos.

El conde se puso rojo por la rabia.

—Por encima de mi cadáver. Tu hermano jamás se desposará con mi hija. No después de ser el culpable de la muerte de mi heredero. ¡No lo permitiré jamás!

Harry no pudo soportarlo más y se levantó hasta ponerse a la altura del viejo al que antaño tanto había respetado.

—Mi hermano no fue el culpable de nada. De hecho, fue el único que hizo algo por impedir ese duelo mientras que usted se quedó sentado esperando a que le solucionaran los problemas. No se atreva a culpar a Colin cuando el único culpable es usted al haber dejado a dos jóvenes solucionar el problema que habría zanjado con un único movimiento un adulto. Y más le vale que acepte la boda entre su hija y mi hermano porque, no solo es inminente, sino que es absolutamente necesaria si pretende que su hija sea bien recibida entre la alta sociedad. —Se detuvo un segundo para recuperar la serenidad—. Buenas tardes —se despidió sin dar pie a que el conde replicara de nuevo.

Al llegar a su casa se encontraba más calmado.

Se sentó en su escritorio y escribió una nota para Elisabeth. Inicialmente pretendía contarle cómo había ido la conversación con su padre, pero cuando ya había mojado la pluma en el tintero cambió de opinión y escribió una única frase en ella:

Baile de máscaras en Vauxhall.

Estaba convencido de que su amiga comprendería el mensaje y actuaría como se esperaba de ella. Elisabeth tenía que ponerle a Colin las cartas sobre la mesa o su hermano nunca jugaría esa baza, por muy ganadora que fuera.

Capítulo 9

Elisabeth comenzaba a dudar de que visitar Vauxhall esa noche hubiese sido una buena idea. Sobre todo porque llevaba puesto el vestido que le había encargado, tan solo unas semanas antes, a *madame* Lambert y que había guardado en el fondo del armario cuando el paquete llegó a casa y no pudo más que sentirse avergonzada cuando se lo probó a solas en su habitación. El escote era tan pronunciado que temía moverse ya que cualquier movimiento involuntario podía dejar al descubierto sus encantos y el color, aunque favorecedor, eran de un rojo tan intenso que era imposible pasar desapercibida con él puesto.

Su intención al encargarlo había sido buscar una reacción en Colin. Que la reprendiera por exhibirse de ese modo tan vulgar o que le pidiera un baile, seducido por la piel que el modelo dejaba al descubierto. Cualquier cosa habría servido si con ello conseguía su objetivo, que Colin volviera a su vida o, que al menos, dejará de hacerla sentir invisible.

No obstante, una vez que se lo vio puesto no se atrevió a mostrarse en público con él. Ni siquiera su deseo de forzar una reacción en Colin la animó a ponerse el dichoso vestido.

Incluso la afamada modista la había mirado con reprobación cuando Elisabeth aprovechó un descuido de su tía y de Amelia para solicitarle el modelo.

Sin embargo, esa noche las circunstancias habían cambiado por lo que se había enfrentado a su pudor y estaba decidida a cumplir con su objetivo. No importaba que no hubiera sido invitada a la fiesta privada como tampoco lo hacía el estar allí sola, sin acompañantes ni carabina.

Porque esa noche no era lady Elisabeth, hija de un conde, hermana de un vizconde y nieta de un duque, sino que pretendía ser una mujer anónima. Una mujer libre para escoger su ropa y también su destino. Tal vez una de las hermosas mujeres que en esos instantes danzaban en el reservado en que se desarrollaba el baile. Mujeres que incluso tras sus máscaras conseguían atraer la atención de los hombres.

Elisabeth se fijó en la homenajeadada, lady Phillipa Clarendon, marquesa de Wimsey, cuyo disfraz de Cleopatra estaba acaparando la atención de los invitados. Ciertamente que no era la única dama que había escogido a la reina egipcia para esa noche, no obstante, era la más acertada. A diferencia de ellas, no llevaba una máscara que cubriera su rostro y, aun así, había que fijarse bien para comprender que había sustituido el antifaz imprescindible en un baile de disfraces por maquillaje.

Se vio obligada a interrumpir su escrutinio cuando notó una mano enguantada sobre su codo.

—No me puedo creer que estés aquí —dijo el bandolero enmascarado que se detuvo a su lado.

Ella le miró con detenimiento antes de darse cuenta de quién había tras el disfraz.

—Ha sido idea tuya —se quejó.

—Sin duda la peor que he tenido en toda mi vida. Te he descubierto en cuanto te he mirado dos veces. ¿De qué se supone que vas disfrazada? Voy a tener que estar pendiente de ti toda la noche o te verás acosada por todos los hombres de la fiesta.

—Eres muy amable.

—No pretendía serlo. Para que quede claro, estaba regañándote. Deberías tener un poco más de sentido común. Estás aquí para hablar con mi hermano, no para seducirle ni para desatar una pelea de admiradores.

Elisabeth rio, nerviosa.

—No pretendo otra cosa más que hablar con Colin, Harry, siempre he deseado lo mismo.

—Lo sé. Aun así, lo mejor será que no te distraigas y que te quedes donde pueda verte. Tu vestido es demasiado tentador —suspiró, replanteándose su cordura al haber creído que si ambos hablaban abiertamente de lo que sucedía

lograrían arreglar el entuerto—. Si Colin no recapacita sobre su actitud contigo yo mismo te llevaré a casa.

—Creo que me alegro de que lo hagas. Le da un poco de realidad a esta situación.

Harry se relajó un poco y se acercó más a ella. Quizás para protegerla o tal vez para dar a entender a los demás hombres que ya había encontrado una pareja para esa noche.

—Lo siento, querida mía. No debería haberte enviado esa nota. O tal vez sí y el problema es el disfraz que has elegido. Si hubieras sido más sutil no habría habido ningún problema.

—¿No te gustan las cortesanas?

Harry le lanzó una mirada cargada de reprimenda que hizo sonreír a Elisabeth. La máscara y el disfraz de bandolero minaban un poco la majestuosidad del duque, pero su actitud seguía siendo la misma.

—Sea como sea estás aquí y si te descubren yo mismo diré que te he invitado a acompañarme. Después de todo se supone que te estoy cortejando, nadie verá nada malo en ello.

—¿Tú crees? Me parece una reunión bastante íntima.

El duque se encogió de hombros.

—Wimsey está loco por su esposa o quizás esté solo loco. El caso es que quería celebrar el cumpleaños de Phillippa de un modo excéntrico y he de admitir que lo ha conseguido. La fiesta es... ¿original?

—Por una vez voy a tener que estar de acuerdo contigo.

—No tientes a tu suerte o te meteré en mi coche y te llevaré a casa antes de que puedas decir lo siento.

—No voy a... De acuerdo. Lo siento. ¿Contento?

—Más bien preocupado. Lo mejor será que me aleje de ti unos metros, si seguimos en esta *tête à tête* llamaremos la atención de los invitados. Acércate a la mesa de limonada y seguro que alguien te pedirá un baile. Yo te vigilaré para que estés segura.

No tuvo ocasión de replicar que no corría peligro entre la flor y nata de la alta sociedad porque, antes de que abriera la boca, Harry ya había desaparecido de su lado.

Poco dispuesta a molestar al duque siguió su consejo y se encaminó hasta la mesa de bebidas. No había llegado ni siquiera a su destino cuando el marqués de Wimsey la interceptó. Su disfraz de emperador romano dejaba a la vista sus musculosos brazos modelados a base de esgrima.

—Milady, ¿sería tan amable de concederme este baile? —preguntó parándose frente a ella y cortándole cualquier posibilidad de escape.

—Será un honor —dijo en apenas un susurro.

Había hablado pocas veces con el marqués, y la mayoría de ellas habían sido cuando Lucien estaba vivo, ya que el marqués había formado parte del grupo de amigos de su hermano. Por otro lado, aunque la máscara dejaba al descubierto su cabello, el color no tenía nada de exclusivo. El único rasgo que podría alertar a los asistentes de su identidad eran sus ojos, no por su color, que aunque verdes eran bastante comunes, sino su forma, y gracias a Dios esta quedaba oculta tras el antifaz que portaba.

Aun así, y a pesar del tiempo transcurrido sin hablar con el marqués, Elisabeth estaba dispuesta a fingirse otra persona ya que no iba a arriesgarse a que la descubrieran antes de hablar con Colin.

De hecho, antes de confesarle quién era, estaba decidida a bailar con él, aunque por el momento ni siquiera hubiera sido capaz de encontrarle entre la gente. Terminara como terminara la noche, era demasiado pronto para verse obligada a volver a casa. Siguió sonriendo tras el disfraz, dispuesta a ocultar su identidad, si de algo estaba segura era que el marqués no permitiría que se quedara sola y sin carabina ni un solo minuto más.

Wimsey le ofreció su brazo, aunque su expresión seguía siendo meditabunda, y se dirigió con ella a la pista de baile.

Durante los primeros segundos ninguno dijo nada hasta que él abordó el motivo de la invitación.

—¿Sabe? Pippa está segura de que no es una de sus invitadas, por lo que tengo que deducir que es de las mías —sonrió él, aunque el gesto no engañó a Elisabeth, quien era consciente de que él pensaba que se había colado sin invitación.

—En realidad he venido acompañada por uno de sus invitados.

Él pareció relajarse.

—Magnífico. ¿A cuál de ellos debo agradecerle su presencia aquí?

Elisabeth rio coqueta.

—Eso no puedo decírselo, milord. ¿Cuál sería el encanto de una fiesta de disfraces si yo desvelo el nombre de mi acompañante? Confórmese con saber que no me he colado en su baile —bromeó ella—. Sería una completa falta de decoro que hubiera aparecido sin ser invitada.

—A una mujer como usted se le perdona todo, milady. Incluso si se hubiera colado sin invitación.

El baile siguió su curso con una charla más insustancial y, cuando se separaron, él volvió a dejarla donde la había encontrado, junto a la mesa de las bebidas. Tras eso se acercó a su esposa, quien parecía contrariada y seguramente lo estaba reprendiendo por no haber descubierto su nombre para ella.

Elisabeth rio para sí misma. Definitivamente, Wimsey estaba loco por su esposa, en eso Harry había tenido razón. El pobre hombre la había sacado a bailar para complacer a la marquesa, a la que seguramente le había prometido el nombre de la mujer que se ocultaba tras el descarado vestido carmesí.

Todavía no había logrado localizar a Colin cuando un apuesto gladiador se le acercó para invitarla a bailar. Elisabeth sonrió, consciente de que, al no haber logrado su objetivo a través de su esposo, lady Phillipa había enviado a otro emisario, lord James Herrius, vizconde de Torrington, quien era tan apuesto como Colin y totalmente encantador. Y lo sabía porque de todos los hermanos de Lucien, lord James era el único que la había sacado a bailar en diversas ocasiones, desde que retomó su lugar entre la alta sociedad, tras el luto. Por todo ello, Elisabeth estaba alerta de no hablar más de la cuenta y descubrirse.

—Una fiesta excelente. ¿No cree, milady? —preguntó el vizconde con una sonrisa.

Elisabeth comprendió en esos momentos por qué las damas suspiraban por él. No solo era atractivo, con título y con dinero, sino que además poseía un encanto especial, que consistía en lograr que las mujeres se sintieran admiradas a su lado.

—Por supuesto, milord.

—Veo que es mujer de pocas palabras —dijo con una sonrisa deslumbrante—. Y dígame, hermosura. ¿Por qué tengo la sensación de conocerla?

Ella rio, divertida por el torpe intento del vizconde de descubrir su identidad.

—Seguramente porque nos hemos visto en alguna otra ocasión, es evidente que frecuentamos las mismas fiestas.

—Debe de ser ese el motivo, ya que usted asegura que no nos conocemos. —El tono pícaro que le dio a sus palabras volvió a hacer sonreír a Elisabeth.

—Yo no aseguro nada, vizconde. Simplemente disfruto de la temática de la fiesta.

Él sonrió al oírla llamarle por su título. Se conocían, estaba claro.

Dos bailes más tarde y sin haber tenido la oportunidad de beber un vaso de limonada, por fin tuvo lugar el encuentro que ella había esperado desde que llegó.

Sedienta como estaba volvió a hacer un nuevo intento por llegar hasta la mesa de las bebidas, y se topó con la sonrisa traviesa de Colin ataviado con una corona dorada y una capa ricamente labrada.

—La he estado observando —dijo sin preámbulos.

—¿De veras? —preguntó ella con un hilo de voz. Las piernas le temblaban peligrosamente y no se debía al esfuerzo de los bailes, sino a la reacción de su cuerpo a su proximidad—. ¿Cree que debería estar preocupada por eso? Su Majestad no tiene precisamente buena fama con las mujeres.

Él asintió riendo.

—Mi mala fama es con las esposas, no con las mujeres en general —dijo ofreciéndole una sonrisa tentadora—. En cualquier caso, las trato mejor de lo que sus amistades la han tratado a usted.

—¿Usted cree, Majestad? —volvió a preguntar en el mismo tono bajo para que no reconociera su voz.

Resultaba intrigante que Colin hubiese escogido el disfraz de Enrique VIII. ¿Estaría pensando, tal vez, en casarse? ¿Era una declaración de intenciones? ¿O simple casualidad?

La idea de verlo casado con otra le erizó la piel y le retorció el estómago.

—Estoy seguro —afirmó, al tiempo que tomaba una copa de champán y se la tendía—. Como ve, yo no soy como ellos.

Ella rio. Sí que debía de haberla observado si se había dado cuenta de que tenía sed.

—Prefiero la limonada. Tal y como ha adivinado, estoy sedienta.

—¿Está segura?

—¿Qué prefiero la limonada? Completamente.

Él soltó una carcajada y le cambió la copa por un vaso.

—Tal vez acepte dar un paseo conmigo por los jardines —se lanzó él—. Imagino que además de sedienta estará cansada de tanto bailar. Podemos sentarnos en uno de los bancos del otro lado del jardín.

—Creía que la fiesta era en esta zona, no imaginaba que abarcara tanto espacio.

Colin la miró con fijeza y Elisabeth se tensó. Puede que llevara puesta una máscara, pero tenía que andarse con cuidado si no quería delatarse demasiado pronto. Primero tenía que hablar con él, ganarse su interés para después decirle quién era.

—Discúlpeme —pidió, pero algo en su tono indicaba que era mera formalidad—. Imaginaba que quizás deseaba dedicar unos minutos a reponerse del baile.

—Creo que sería muy agradable, gracias.

Colin no dijo nada, se limitó a ofrecerle el brazo para que ella posara su delicada mano enguantada sobre él.

Capítulo 10

Vauxhall era hermoso tanto de día como de noche. Los caminos más transitados habían sido iluminados con antorchas e incluso los más íntimos tenían cierta luminosidad que impedía a los amantes, que buscaban su intimidad, tropezar y caer.

Como era de esperar, Colin escogió unos de los caminos intermedios. Ni el más iluminado ni el más alejado de la gente, uno lo bastante discreto como para que pudieran hablar sin ser escuchados.

La escoltó en silencio y, tal y como había prometido, la invitó a sentarse en uno de los bancos del paseo.

—Disculpe mi atrevimiento, pero usted me resulta muy familiar. ¿Nos han presentado anteriormente? —preguntó con perspicacia.

Elisabeth se vio obligada a disimular la sorpresa con una sonrisa que pretendía ser coqueta.

—Es evidente que nos movemos por los mismos círculos. Ya que ambos estamos aquí esta noche —respondió ella, evasiva. Era demasiado pronto para ser descubierta. Primero tenía que entablar una conversación en la que Colin se sintiera cómodo a su lado.

—Eso no es lo que le he preguntado. O es que acaso está tratando de aumentar mi interés al no confiarme su nombre.

Elisabeth sintió que el temor a ser descubierta se instalaba en su estómago. Tomó una bocanada de aire y trató de relajarse.

—No sabía que era mi nombre lo que pretendía de mí esta noche —se atrevió a responder.

—Belleza, yo pretendo muchas cosas y, si he de serte sincero, tu nombre no es lo que más me interesa en estos momentos.

—¿Y qué sería pues?

—Tus labios —dijo él al tiempo que alzaba una mano para acariciárselos—. Tu tacto... Todo lo que estés dispuesta a concederme.

—¿No va usted demasiado deprisa, Majestad? —preguntó ella tomando un poco de distancia.

Por alguna razón, le molestaba que Colin fuese tan amable con una completa extraña, aunque la extraña en cuestión fuera ella misma. ¿A cuántas mujeres habría llevado a la terraza o a un lugar oscuro para besarlas? Parecía tener mucha práctica en seducciones. Por muy estrambótico que fuera, Elisabeth se dio cuenta de que estaba profundamente celosa... de sí misma.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por las disculpas que le estaba ofreciendo su acompañante.

—Tiene razón y me disculpo por mis palabras. No pretendía ofenderla. Es posible que me haya dejado llevar y he olvidado por un segundo que su atuendo de esta noche no es más que un disfraz.

—¡Oh!

—¿No se paró a pensar en lo que los hombres deducirían de una mujer que asiste sola a una fiesta vestida de ese modo? Cualquiera pensaría que está buscando un nuevo protector.

—Lo cierto es que no lo pensé —se defendió, asombrada por el hecho de que la estuviera regañando.

Colin se fingió sorprendido.

—Estaba seguro de que se había dado cuenta del interés que ha despertado esta noche entre mis congéneres. No ha dejado de bailar desde que ha llegado. Incluso la he visto hablando con el duque de Bollingbroke.

—El duque es un viejo conocido y, para ser sincera, tampoco él estaba de acuerdo con el vestido que he escogido.

—¿De veras? —inquirió con interés.

Elisabeth no estaba segura de haber sido descubierta. Después de todo, parecía como si Colin la estuviera reprendiendo. Como si sus palabras pretendieran hacerle notar la locura que era su presencia en la fiesta.

—Así es.

—En ese caso el duque no es el patán que yo creía que era y, por otro lado, estoy casi seguro de que nos conocemos. El duque y yo también somos

viejos conocidos.

—No puedo afirmarlo, Majestad. No sé quién se esconde tras su real máscara.

—¿En cambio sí que reconoció al duque? —insistió él.

—Ya le he dicho que el duque es un viejo conocido. Y, en cualquier caso, nos reconocimos mutuamente.

—Un tipo afortunado.

Ella sonrió sin saber muy bien qué decir a continuación. Estaba a solas con Colin y unos minutos antes él había hablado de besarla, y en lugar de hacerle saber que no le desagradaba la idea habían terminado hablando de Harry.

Pero tampoco había arriesgado su honor para ser besada por Colin, sino para hablar con él y hacerle ver que estaban hechos el uno para el otro. Había llegado hasta allí dispuesta a todo, incluso a confesarle lo que sentía por él, no podía permitirse dejarse llevar por sus sentimientos, tenía que usar la razón.

—Creo que lo mejor será que regresemos a la fiesta. Espero que haya descansado lo suficiente.

Elisabeth se asustó al escuchar su petición para regresar al baile. Comprendiendo que si no hacía algo iba a perder la oportunidad de hablar con Colin.

—¿Tan pronto se ha olvidado usted de mis labios? —Estaba tan nerviosa que ni siquiera supo cómo fue capaz de pronunciar la frase completa sin titubear. La idea original era hablarle, no obstante, iba a ser igual de efectivo un beso para demostrarle lo perfectos que estaban juntos.

Él la miró tratando de adivinar su juego.

—Hace un instante se quejaba de que iba demasiado rápido y ahora...

Ella le interrumpió.

—Ahora hemos mantenido una charla agradable y no es más que un beso entre dos desconocidos en una fiesta. ¿Qué puede haber de malo en eso?

No permitió que respondiera. Con un aplomo que no sabía que tenía se inclinó hacia él y poso sus labios sobre los suyos.

Antes de que se diera cuenta de lo que sucedía, Colin la estaba acariciando con la lengua, obligándola a entregarse por completo a él.

Exigiendo que se rindiera, que le permitiera explorar su boca a placer.

Sus labios eran insistentes pero suaves, la calidez de su boca y la certeza de estar entre sus brazos hicieron temblar a Elisabeth, que apenas era capaz de discernir un pensamiento con sentido.

Las manos de Colin se deslizaron por sus brazos desnudos y sus labios volaron hasta su escote, donde se entretuvieron hasta que sus pezones se endurecieron por la atención recibida. Elisabeth sentía el frío de la noche en la piel, pero su cuerpo ardía por dentro. Estaba tan sofocada que solo las caricias de Colin la aliviaban lo suficiente como para permitirle respirar.

—Déjame darte placer —pidió él, en un susurro ronco.

Ella no pudo responder.

Entonces notó su mano subiéndole por los muslos y se dejó hacer cuando él la recostó sobre el banco, permitiéndole el acceso completo a su cuerpo, consciente de que la charla que había planeado nunca iba a llevarse a cabo.

—Eres preciosa —murmuró sobre su cuello—. Siempre has sido preciosa.

—No puede verme —replicó ella, con el último atisbo de conciencia que le quedaba.

Él sonrió sobre su piel caliente y agradeció que el vestido dejara tanta piel al descubierto puesto que era más fácil llegar a ella, acariciarla, lamerla y sentirla ardiendo debajo de él.

—Yo también quiero tocarte —pidió Elisabeth, a cada segundo más abrumada por las sensaciones. Inconsciente de a dónde les iba a llevar el momento.

Había permitido que uno o dos pretendientes la besaran e incluso ella había besado al marqués de Rochdale, no obstante, jamás hubiera imaginado que estar con alguien a quien amabas despertara tantas sensaciones agradables y placenteras.

—Pues tócame —aceptó Colin, quitándose la capa y permitiendo que ella le desabrochara la camisa.

Sus manos temblaban y sus dedos no atinaban con los ojales, pero estaba decidida a sentir el calor de su piel en las yemas de los dedos.

Se sobresaltó cuando notó el aire fresco en las piernas y sintió la caricia de la boca de Colin en su centro.

—¡Qué dulce! —musitó él haciéndola estremecer.

—No, por favor —pidió, asustada por lo que estaba sucediendo.

Colin alzó la cabeza y la obligó a mirarle.

—Deja que te saboreé. Eres una tentación y no consigo resistirme a ti. Te prometo que no te haré daño. ¡Confía en mí, querida!

Ella asintió, y Colin volvió a centrar su atención en la parte más delicada de su cuerpo.

Cada caricia era más intensa que la anterior, cada roce la inflamaba más. Su cuerpo estaba ardiendo, se sentía ansiosa, era consciente de que le faltaba algo, de que necesitaba más, aunque no supiera qué era.

—Te deseo, ¿tú me deseas? —preguntó Colin, con la voz tan ronca que Elisabeth no pudo reconocerla.

—Sí. Creo que te deseo.

Él sonrió al verla tan confundida. Con cuidado se colocó sobre ella y comenzó a penetrarla. Con cuidado, casi como si supiera que era de ese modo como debía hacerlo para no lastimarla.

La sensación no era tan placentera como antes, no obstante, se sentía bien, pensó Elisabeth. Colin siguió besándola, acariciándola... Tranquilizándola.

Su boca emitió un grito al sentir un dolor punzante que le cortó por un segundo la respiración. El sonido sacó a Colin de su ensimismamiento.

Sin moverse un centímetro de donde estaba alargo una mano y la despojó de la máscara que todavía llevaba puesta.

Ella se removió, inquieta, asustada de cuál iba a ser su reacción cuando comprendiera a quién le había hecho el amor.

—Por favor, Colin, ya ha pasado. No sabía que iba a doler, ha sido solo la sorpresa. No te detengas. Por favor, por favor. No me dejes así. Yo... Yo...

Colin sintió ganas de gritar. De apartarse de ella y marcharse de allí a toda prisa, pero sabía que no iba a poder hacerlo. Su cuerpo se negaba a apartarse de Elisabeth, nunca había podido apartarse por completo de ella, ni siquiera cuando le prohibieron que la viera. Por ese motivo se limitó a dejar de pensar y a dejarse llevar por lo que sentía.

La besó de nuevo, esta vez con rabia, sin preocuparse por hacerle daño o no y comenzó a moverse en su interior. Elisabeth no protestó, se adaptó a él y

cuando llegó el clímax ahogó un grito con la cabeza enterrada en su cuello.

Fue entonces cuando Colin se permitió a sí mismo la liberación. Fue más larga e intensa de lo que nunca hubiera creído que pudiera ser y supo en ese instante que Elisabeth siempre iba a tener poder sobre él. Si se dejaba, siempre sería una marioneta en sus manos.

Durante unos segundos permanecieron abrazados en silencio. Después, con una rapidez que desconcertó a Elisabeth, se apartó de ella, sacó un pañuelo del bolsillo y la limpió con cuidado, consciente por primera vez de que le había hecho daño al perder el control.

Tras ese breve instante en que se permitió sentir, se recolocó sus ropas y la ayudó a hacer lo propio con su atuendo.

—¡Vamos! —ordenó—. Voy a llevarte a tu casa y después mataré a mi hermano.

—¿A Harry? ¿Por qué? —Su voz sonó espantada y Colin se maldijo a sí mismo por haberla asustado de nuevo.

—Por no haberte enviado a casa en cuanto descubrió que estabas aquí.

Elisabeth no se atrevió a replicar. Colin estaba demasiado enfadado. Además, ella misma se había descubierto cuando le contó que conocía al duque desde hacía tiempo. En esos instantes no podía retractarse y decirle que no la había reconocido y que por ese motivo no la había enviado a casa.

Además, le debía a Harry lo que acababa de suceder y, aunque una parte de ella quería sentirse avergonzada por haber llegado hasta el extremo de engañar a Colin para que estuviera con ella, la otra parte, menos lícita, estaba encantada de saber a qué sabía su pasión. De conocer el placer que podían ofrecerle sus caricias, sus besos...

—Ponte la máscara. No quiero que nadie sepa que has estado aquí esta noche. Esperemos que nadie más te haya reconocido —zanjó cortante.

Siguieron por el paseo más oscuro hasta que llegaron a la calle, llena de carruajes con blasón que esperaban a sus distinguidos dueños. Colin la había llevado asida por la cintura durante el trayecto, preocupado porque tropezara y cayera, no obstante, la soltó en cuanto llegaron a la calle iluminada.

Colin buscó a su cochero y la ayudó a subir al carruaje.

Se sentó frente a ella, como si no deseara tocarla de nuevo, y no dijo nada hasta que llegaron a casa de su tía.

—Colin, lo siento mucho. No pretendía... —Se calló Elisabeth. Qué podía decirle, que no pretendía llegar tan lejos, que no había ido hasta allí con el deseo expreso de hablar con él... De convencerle de que lo amaba.

Él la miró con una expresión indescifrable en el rostro.

—Será mejor que te acompañe dentro. Tengo que hablar con tu tía.

—No creo que...

—¿No crees que sea necesario, Elisabeth? Te he deshonrado por completo. Tu hermano se levantaría de la tumba para matarme si no hiciera lo correcto contigo. —Se detuvo unos segundos para ordenar sus pensamientos—. Yo deseo hacer lo correcto.

No dejó que ella replicara o se disculpara de nuevo. Bajó de un salto del carruaje y le tendió la mano para ayudarla a hacer lo propio.

A pesar de la hora, el mayordomo les abrió en cuanto pisaron el último escalón.

Amelia había notado su ausencia y preocupada alertó al servicio y a su tía de la desaparición de Elisabeth, quien se lamentó interiormente por no haber puesto sobre aviso a su prima de sus planes. Sin embargo, sabía que, de habérselo dicho, Amelia la hubiera disuadido alegando que era una locura, y como sabía que su prima tenía razón se lo había callado. Actuando por su propia cuenta y riesgo.

Fuera como fuere, dos minutos después de haber entrado en la mansión, los cuatro estaban sentados en el salón familiar de su tía para que Colin les informara que se iban a casar el próximo miércoles en la casa del duque de Bollingbroke.

—¿Miércoles? —preguntó Elisabeth entre sorprendida y desilusionada.

Tampoco es que le hubiera dado tiempo a pensar en lo que iba a suceder, sin embargo, en cuanto Colin le anunció su compromiso había imaginado que este duraría al menos unas semanas para que la alta sociedad los viera en público juntos y se acallaran los rumores sobre el posible compromiso con su hermano.

—¿Tienes algún problema con la fecha?

—¿Por qué no el viernes de la próxima semana? No tengo ningún vestido para casarme. Además, nadie nos ha visto juntos. La gente va a pensar que nos casamos tan apresuradamente porque ha sucedido...

Elisabeth se calló en cuanto se dio cuenta de lo que estaba diciendo y Colin tuvo la deferencia de no hacer ningún comentario al respecto.

—No te preocupes por eso, la boda va a ser lo más íntima posible. Muy poca gente te va a ver vestida de novia y cuando sepan de nuestro enlace cualquier rumor sobre ti y mi hermano quedará relegado al olvido.

La tía, aunque temerosa decidió intervenir en favor de su sobrina, preocupada por lo que un casamiento apresurado podía generar entre los cotillas de la alta sociedad.

—No creo que un par de días sean un problema, milord. Además, estamos en plena temporada.

—Lo siento, milady, pero me mantengo firme en mi decisión. Será el miércoles en casa de mi hermano. Buenas noches —dijo al tiempo que se levantaba.

—¿Le esperamos mañana por la tarde, milord? Creo que sería buena idea si vieran a Elisabeth paseando de su brazo. Después de todo, solo la han visto con el duque —dijo Amelia, ansiosa por ayudar a su amiga. Y un poco culpable por el revuelo que había organizado esa noche.

—Lo siento, pero tengo la semana muy ocupada y no voy a estar libre hasta el miércoles. Nos veremos en la boda. Después ya habrá tiempo de que nos vean juntos en numerosas ocasiones.

Elisabeth aguantó el desaire con dignidad y no dijo nada.

Fue su tía la que dio el golpe de gracia cuando por fin se quedaron las tres solas.

—Mi querida niña, aún estás a tiempo de cancelar esa locura de boda, no creo que vayas a ser feliz con un hombre como ese.

—Pero tía, ya sabes que yo...

—Prefiero verte deshonrada a desdichada de por vida. Me da igual lo que diga tu padre al respecto. El honor no sirve de nada a una mujer infeliz.

Elisabeth no tuvo valor para corregirla. Su protesta no iba porque estuviera deshonrada, sino porque le amaba, aunque él no se hubiera tomado la molestia de pedirle matrimonio.

Capítulo 11

—Eres un maldito canalla —le espetó Colin en cuanto entró en el despacho de su hermano que, en bata, repasaba unos temas pendientes antes de irse a la cama.

—Yo también me alegro de tu visita, hermano.

Harry se dio cuenta de que seguía vestido con el disfraz que había llevado al baile y se temió que algo grave hubiera pasado.

—¿Cómo has podido permitirselo? —gritó Colin desde el otro lado del escritorio.

—Tal vez si me explicaras de qué estás hablando podría darte mi versión del asunto —comentó Harry, quien aunque se fingiera ignorante era consciente de a qué se refería su hermano y el temor de que hubiera sucedido algo que hubiera que lamentar se acrecentó en él.

—De Elisabeth. En la fiesta de Wimsey. De Elisabeth vestida como una cortesana.

—Será mejor que te sientes y me lo expliques bien. No consigo seguir tu razonamiento. —Señaló la silla frente a su escritorio al tiempo que se levantaba para servir dos copas de *brandy*.

—Como si no lo supieras —dijo Colin, aunque su actitud beligerante parecía haber perdido fuerza—. Te vi hablando con ella. No te atrevas a negarlo.

—Es cierto que la vi en la fiesta y también es cierto que la vigilé hasta que me di cuenta de que estaba contigo. Quizás tengas razón y tendría que haberla metido en un carruaje y haberla enviado a casa, pero creí que te ocuparías tú de ello.

Colin aceptó la copa que le tendía su hermano y la apuró de un trago.

—Pues lamento informarte de que no hice nada de eso.

Harry le miró a la espera de una explicación.

—¿Vas a ser mi padrino este miércoles? —preguntó con la voz plana.

Harry se levantó tan rápido de la silla que esta se volcó tras él.

—Por el amor de Dios, Colin. ¿Estás loco? ¿Un duelo? ¿Es que no has aprendido ya que estos asuntos siempre terminan en desgracia? Y se puede saber a quién has desafiado y por qué.

Colin se mantuvo en silencio disfrutando de su pequeña venganza. Durante unos segundos se planteó seguir callado, desquitándose por lo sucedido en Vauxhall. No obstante, su conciencia se lo impidió.

—No te estoy pidiendo que seas esa clase de padrino.

Fue el turno de Harry de apurar la copa de *brandy*.

—¿Vas a casarte?

Colin asintió.

—El miércoles, para ser exactos. Y si no te importa lo haré en esta casa.

—Es también tu casa, ya lo sabes.

—Gracias. ¿No vas a preguntarme con quién me desposo?

—Creo que tengo una ligera idea de quién es la novia. Deja que te felicite por ello —dijo Harry tendiendo la mano a su hermano.

—¡Maravilloso! —aceptó Colin—. Ahora solo queda que su padre me conceda su mano. Sin duda la parte más fácil de todas —comentó con cierto sarcasmo—. Esa y la de haberle robado la virtud.

Harry, que ya sospechaba lo que había sucedido, tuvo la certeza en esos instantes.

—¿Quieres que te acompañe a hablar con el conde?

—Te lo agradezco, pero será mejor que vaya solo. No me gustaría que te encontraras siendo cómplice de un asesinato.

Harry trató de no sonreír al notar que Colin volvía a ser el mismo de siempre.

—Será mejor que te contengas o tu matrimonio será una pesadilla.

—¿Quién te dice que no vaya a serlo igualmente? —preguntó Colin más a sí mismo que a su hermano.

Adentrarse en el despacho del conde de Waverly siempre había supuesto para Colin un motivo poco agradable. De niño era el lugar donde el conde les reprendía por su mala conducta o por su falta de interés en alguna materia, y de adulto los recuerdos eran peores.

No obstante, esa mañana era portador de buenas noticias. O lo serían si no fuera porque estaba seguro de que el conde habría preferido ver a su hija casada con un comerciante antes que con él.

—El conde le recibirá. —Había anunciado el mayordomo y Colin había comprendido que, aunque aislado de la sociedad, su viejo tutor estaba al tanto de cada uno de los chismes que pululaban entre la alta sociedad.

El despacho del que cuatro años antes había salido con el corazón destrozado, estaba tal y como lo recordaba. Sintió una pena que no había esperado sentir al comprobar que no se podía decir lo mismo de la persona que lo ocupaba.

El conde no se levantó para estrecharle la mano, por lo que Colin no siguió las reglas de la cortesía y tomó asiento frente al conde antes de ser invitado a hacerlo.

—Creo recordar que te prohibí expresamente llamar a mi puerta —habló por primera vez, sin apartar la mirada de los papeles que tenía sobre la mesa y que, Colin estaba seguro, ni siquiera estaba interesado en ellos.

—Así es y, sin embargo, no solo yo he llamado, sino que, además, usted me ha permitido entrar.

El viejo alzó la cabeza para mirarle y Colin sintió que le estaba evaluando. Decidido a no mostrar debilidad le mantuvo la mirada, sin dejarse amilanar por su antiguo tutor.

—¿Y a qué se debe tu visita?

—He venido a pedirle la mano de su hija.

El conde ni siquiera parpadeó.

—Pensaba que era tu hermano quien la estaba cortejando.

—Pensaba mal. Es conmigo con quien va a casarse —anunció posesivo.

—Prefiero a tu hermano —dijo levantándose para servirse una copa—, no es que me gustéis ninguno de los dos, pero si he de escoger a un Strafford me quedo con Harry, siempre fue más sensato y formal.

—Que sea un duque no inclina la balanza a su favor, ¿verdad? —inquirió con malicia.

—Eso también.

Colin le observó beber. Cuando no hacía más que una hora que la gente de bien había desayunado, el conde estaba sirviéndose su... ¿tercera copa? Inexplicablemente sintió lástima por ese hombre que acababa de insultarlo y de ningunearlo.

—Es una pena que no sirva de nada a quien prefiera usted. Mi visita es una mera formalidad, Elisabeth y yo vamos a casarnos este miércoles en casa de mi hermano. Por supuesto, está invitado si desea asistir, aunque no es imprescindible su presencia.

—Eres un descarado, siempre lo fuiste. Menos mal que fue Harry quien heredó el título, contigo se hubiera llenado de oprobio.

—Como no tengo nada más que decirle, me retiro —anunció levantándose.

—Todavía no te he concedido la mano de mi hija.

—Como le acabo de decir, esta visita es una mera formalidad. Elisabeth debe casarse conmigo. —El comentario velado supuso la primera reacción en el conde que estrelló el vaso vacío en la pared de enfrente.

Colin supuso que no era la primera vez que lo hacía porque ningún lacayo, ni siquiera el mayordomo, hizo acto de presencia tras el estruendo.

—Supongo que esperarás una buena dote.

—Supone mal. Ni espero ni necesito una dote. Soy perfectamente capaz de mantener a Elisabeth sin necesidad de ayuda.

—Mi hija tendrá dote y tú la aceparás. Lo que hagas con ella es cosa tuya. Me niego a que se hable de ello en los salones. Tú y tu hermano ya habéis mancillado bastante el honor de Elisabeth.

Colin se mordió la lengua para no contestar como se merecía. Después de todo era un hombre mayor, estaba enfermo e iba a ser su suegro.

—Que así sea —concedió.

La dote de Elisabeth se guardaría para sus futuros hijos. No pensaba tocar un centavo de ese dinero.

Colin le vio acercarse de nuevo a las bebidas y volver a servirse una copa, que paladeó tranquilamente antes de contestar.

—Así es como actúan los Strafford: toman lo que desean sin importar a quién lastiman con ello —acusó—. Parece que soy el más perjudicado por vosotros... Un Strafford me quitó a mi hijo, a mi heredero, y ahora me roba a mi hija.

Colin apretó los dientes con tanta fuerza que sintió dolor en la mandíbula.

—Me alegra que por fin haya aceptado que Elisabeth va a ser mi esposa. Supongo que eso significa que vamos a contar con su presencia en la boda, aunque, como ya le he dicho antes, no es imprescindible en ella. —Y antes de escuchar una respuesta se dio la vuelta y se marchó de allí con la cabeza bien alta y el humor por el suelo.

Capítulo 12

La boda llegó tan rápido que Elisabeth apenas fue consciente de que su vida iba a cambiar y no precisamente del modo en que ella había soñado que lo haría.

El miércoles llegó y el frenesí de las doncellas encargadas de sus baúles y de la modista que se enfrentó al milagro que suponía cortar y coser un vestido de novia en cuarenta y ocho horas no permitió a Elisabeth entrar en pánico.

Por su parte, Colin, tal y como prometió, no fue a visitarla en los días posteriores a su compromiso. De hecho, el anillo le llegó a través de su futuro cuñado. Harry parecía tan desilusionado como ella misma cuando le dio la hermosa joya que había pertenecido a la madre de ambos. Una esmeralda rodeada de brillantes que Elisabeth creyó que era un símbolo de lo que sería su matrimonio: sus ojos verdes siempre rodeados de lágrimas...

—Lo siento mucho, querida. Colin quería traértelo, pero está muy ocupado ahora que tiene que adecuar su hogar para una esposa.

Elisabeth le sonrió con afecto. Agradecida porque inventara una excusa para justificar el desinterés del novio. No obstante, no le creyó. El modo en que Colin se había despedido de ella y cómo actuó durante el trayecto hasta casa de su tía, como si temiera volver a tocarla, la alertó de que su vida de ensueño a su lado no era más que una estúpida fantasía que nunca iba a hacerse realidad.

Preocupada por su futuro le escribió varias notas, rogándole que fuera a verla o que la llevara a pasear antes de que el anuncio de su inminente boda apareciera en el Times, no obstante, Colin se excusó alegando que el anuncio ya estaba hecho y que estaba demasiado ocupado para ir a verla, por mucho que lo deseara.

Con las mismas llegó el día del enlace y el novio, aunque educado, no se mostró nada más que atento o como mucho cortés. Nadie, de los pocos asistentes, cometió el desatino de pensar que aquel era un matrimonio por amor.

El desayuno de bodas fue tan magnífico como todo lo que el duque de Bollingbroke ofrecía en su casa, una pena que los novios no estuvieran a la altura de su anfitrión, convinieron los amigos más cercanos que asistieron esa mañana a la boda.

El único punto remarcable en dicho desayuno fue la inesperada presencia del padre de la novia, quien contra todo pronóstico abandonó su casa y sus entretenimientos para acompañar a su hija hasta el altar e incluso supo mostrarse encantado con el acontecimiento.

Dicha presencia y el aspecto del conde que, aunque más delgado, vestía impecable, sirvieron para acallar temporalmente los rumores sobre su *mala salud*. Lo que hizo que la novia tuviera un motivo real para sonreír esa mañana.

Atrás quedó la ignominiosa apuesta sobre si lady Elisabeth aceptaría al duque como esposo y sobre si el conde permitiría dicho enlace. Gracias a una inesperada aliada, lady Phillipa Clarendon, quien ayudada por sus amigas se dedicó a expandir el rumor de que la apuesta había logrado abrirle los ojos a Colin, quien llevaba tiempo enamorado de Elisabeth y que, al descubrir el interés de su hermano por la misma dama, había tomado la delantera y la había cortejado, ganándose así su amor.

Que la boda se hubiera celebrado en casa del duque dejaba claro a la alta sociedad que entre los dos hermanos no había rencores y que Bollingbroke había aceptado a su nueva cuñada en la familia con los brazos abiertos.

Elisabeth se preguntó si la actitud intransigente de Colin sobre cuándo y dónde debía de celebrarse la boda había sido para protegerla de posibles habladurías y si habría sido él quien le pidió a la marquesa que lanzara el rumor de que era un matrimonio por amor. No obstante, la ilusión le duró poco.

Lo que tardó en descubrir cuál iba a ser el lugar que ocuparía en la vida de su esposo.

—Te acompañaré a tu habitación y dejaré que te instales. Más tarde la señora Smith, el ama de llaves, te mostrará la casa encantada —ofreció Colin.

Una vez que se despidieron de los invitados y que llegaron a la casa que Colin tenía en Brook Street, a solo unas calles de la del duque, su actitud con ella se había vuelto cortés, aunque más distante de lo habitual. Elisabeth comprendió que ya no había testigos a los que engañar.

—¿Mi habitación? ¿No es la misma que la tuya?

Colin se detuvo en mitad de las escaleras para mirarla, obligándola a ella a hacer lo mismo.

—He creído que lo mejor para ambos es que dispongamos de nuestra propia habitación. Además, no debes preocuparte por nada. Esta casa me la legó mi tía abuela lady Randall, por lo que puedes redecorar tus habitaciones del modo en que desees. De hecho, puedes redecorar la casa entera si eso te hace feliz. Lo único que te pediría es que dejes fuera mi estudio, me gusta tal y como está.

—Por supuesto —aceptó con los dientes apretados por la rabia.

Estaba dándole el lugar de señora de la casa, no obstante, se reusaba a darle su lugar como esposa.

—Y aquí está tu dormitorio —dijo Colin abriendo la puerta.

Elisabeth se quedó maravillada por lo que tenía delante. Estaba claro que el dormitorio había sido usado por una mujer.

Tanto la alfombra como las cortinas eran de un desvaído color rosa. La cama era enorme y presidía la estancia con sus cuatro postes cubiertos de delicada gasa. En un lateral destacaba el tocador más bonito y grandioso que Elisabeth hubiera visto nunca, el espejo era tan grande que prácticamente podía verse entera.

La chimenea estaba encendida, lo que le daba un toque de calor de hogar al dormitorio. La mesa de té y los sillones eran tan delicados y preciosos que Elisabeth supo al instante que iba a dejar la habitación conforme estaba. Se alegraba de que lady Randall hubiera tenido tan buen gusto, a juzgar por lo que había visto hasta ese momento, así se ahorra la tarea de redecorar que, aunque parecía ser que la mayoría de los hombres pensaban que era una labor

que entretenía y alegraba a las mujeres, a ella le parecía estresante e incómodo tener que escoger entre infinidad de colores y telas.

Se preguntó si el dormitorio de Colin sería tan bonito como el suyo, lo que la llevó a darse cuenta de que ni siquiera sabía dónde estaba.

—¿Y dónde está tu alcoba? —preguntó con tanto interés como descaro.

Colin ni siquiera se inmutó al responder.

—Justo al lado. Esa puerta. —Señaló la pared de la izquierda—. Conecta con mi dormitorio. Estaré cerca por si necesitas algo. Ahora te dejaré sola para que te instales.

—Gracias, esposo.

Él se estaba alejando cuando se dio la vuelta al recordar que no le había dicho algo.

—Esta noche no cenaré contigo, tengo cosas importantes que tratar, así que cenaré en mi despacho. Si lo prefieres puedes pedir que te suban una bandeja y comer aquí —ofreció, consciente de que no conocía a los criados por lo que iba a ser incómodo para ella cenar sola en el gran comedor.

—Gracias por informarme. Espero que puedas solucionar los problemas que te impiden cumplir con tu obligación.

Él iba a decir algo, pero se contuvo a tiempo limitándose a asentir con la cabeza y antes de que Elisabeth pudiera reaccionar ya había abandonado su habitación.

Se dejó caer sobre la cama, demasiado agotada como para hacer nada más que darle vueltas a lo que acababa de suceder. Colin le había notificado que no cenaría con ella, pero eso no incluía que no fuera a visitarla aquella noche. De hecho, era su noche de bodas, el momento con el que todas las novias soñaban, aunque ella no fuera una novia al uso, ya que había disfrutado de una noche especial antes de que un sacerdote bendijera su unión.

La idea le dio fuerzas renovadas.

Colin la visitaría, tenía que hacerlo, era la tradición. Se daría un baño y le pediría a su doncella que sacara su camisón nuevo de los baúles.

Iba a demostrarle a Colin que no solo iba a ser una buena señora, sino que tenía intención de ser una esposa excelente.

Capítulo 13

—No, Amelia. No vas a lograr convencerme. Estoy cansada de ser ignorada y estoy harta de permanecer aquí encerrada como si fuera un secreto que hay que esconder.

—Elisabeth, no puedes asistir sola a una fiesta. Las damas decentes no actúan de ese modo.

—Puede que no lo hagan las debutantes, pero ahora soy una mujer casada y puedo hacer lo que desee o, al menos, casi todo lo que desee. Está visto que no puedo ganarme ni el respeto ni el amor de mi esposo, pero estoy segura de que sí que puedo asistir a una fiesta.

—Oh, querida. —Amelia se levantó de un salto y se acercó al sillón de su amiga para abrazarla.

Estaban solas en la salita amarilla de la casa de Colin. Una casa que Elisabeth todavía sentía como ajena. Puede que el servicio fuera amable, pero el despego que veían en su esposo repercutía en su trato con ella.

De hecho, Elisabeth siempre estaba sola.

Amelia había ido a visitarla todos los días desde que al tercer día tras su matrimonio recibió una nota para que fuera a verla. Amelia había decidido esperar una semana, para darle tiempo a Elisabeth y a Colin a adaptarse a su nueva condición, sin embargo, la llamada de su amiga aceleró sus planes y le rompió el corazón.

Ni Elisabeth era tan feliz como había imaginado ni los Strafford eran tan honorables como erróneamente había creído.

—No sé qué he hecho mal —se lamentó Elisabeth—. Creo que me guarda rencor por haberse visto obligado a casarse conmigo.

Llevaban una semana casados y en ese tiempo Elisabeth solo había visto a su esposo en tres ocasiones. Y ninguna de ellas fue en su noche de bodas. Elisabeth le había esperado durante horas y, cuando por fin se decidió a buscarlo ella misma e intentó abrir la puerta que comunicaba ambas habitaciones, comprobó con horror que la puerta de su esposo estaba cerrada con llave.

El descubrimiento la había dejado destrozada y avergonzada a partes iguales. Colin se había casado con ella por obligación y no tenía ningún interés en tratarla como a una esposa. El absurdo engaño con que le había forzado a casarse con ella había arruinado su matrimonio antes siquiera que este comenzara.

—Tú no has hecho nada malo. No debes preocuparte por eso —la tranquilizó Amelia.

—Sí que lo he hecho, Amelia. Sí que lo hice. Fingí ser otra persona para que se acostara conmigo y cuando lo hizo prácticamente le obligué a que hiciera lo correcto y se casara conmigo.

—Tú no le obligaste a nada y estoy segura de que tampoco le engañaste. ¿De verdad crees que no te reconoció? Eso es imposible, Elisabeth. El duque te reconoció en cuanto te vio, ¿por qué ibas a engañar a Colin si no pudiste engañar al duque? Además, fue él quien hablo de besos, no tú.

—Eso es distinto, Harry sabía que yo iba a asistir y Colin no. Y si habló de besos fue precisamente porque no sabía que era yo la mujer que estaba a su lado.

Amelia decidió que lo mejor era darse por vencida en ese punto. No obstante, no pensaba claudicar en el más importante.

—Arréglate para esta noche. Yo misma te acompañaré a la fiesta si hace falta.

Fue la primera sonrisa de Elisabeth que Amelia había visto en días.

—Yo soy la mujer casada. Yo debería ser tu acompañante, no tú la mía.

—Como sea. Esta noche no vas a ir sola a ninguna fiesta. Ahora te dejo, tengo cosas que hacer. Vendré más tarde para acompañarte.

Amelia estaba bullendo de rabia.

Estaba tan alterada que ni siquiera le importó que cualquiera pudiera verla plantada en medio de Grosvenor Square llamando a las puertas del duque de Bollingbroke.

Estaba tan enfadada que no se escondió, ni siquiera vaciló sobre lo que debía hacer.

Llamó con fuerza a la puerta y esperó impaciente por gritarle en la cara todo lo que llevaba días acumulando.

El mayordomo tuvo la decencia de reconocerla y de no inmutarse por su presencia.

—Lady Amelia, por favor, acompáñeme. El duque estará encantado de recibirla —apuntó Perkins con descaro.

—Supongo que lo que quiere decir es que se alegrará de que en esta ocasión haya usado la puerta principal.

Perkins se detuvo para mirarla con admiración.

—Si me permite el atrevimiento, milady, considero que sería usted una duquesa maravillosa.

Amelia enrojeció hasta la raíz del cabello, pero agradeció el comentario con una sonrisa.

—Gracias, Perkins. Aunque le aseguro que no aspiro a ello. En estos momentos su señor no es precisamente de mi agrado.

—Precisamente por eso sería maravillosa, milady, precisamente por eso.

Siguieron andando hasta la puerta del estudio del duque. Antes de que Amelia tuviera ocasión de arrepentirse, cosa que no iba a hacer, el mayordomo golpeó en la puerta y anunció su presencia.

El valor que estaba a punto de fallarle regresó con fuerza cuando escuchó al duque quejarse de su poco juicio y de lo poco que le interesaba su reputación. Estaba argumentando que, si la descubrían, bajo ningún concepto se casaría con ella, cuando Amelia apartó de un codazo a Perkins y entró en el estudio.

—Usted, asno insensible. ¿Cree que me importa mi reputación en este momento o que tengo algún interés en casarme con alguien tan despiadado y egoísta como usted?

Harry fulminó a Perkins con la mirada por atreverse a sonreír y le despachó con un gesto de la mano de allí sin dejar de apretar los dientes.

—En ese caso, milady, si tiene tan claro que no se casaría conmigo ni siquiera para salvar su reputación, ¿qué está haciendo, de nuevo, en mi casa sin acompañante?

Amelia tomó una respiración profunda antes de responder.

—Salvar la reputación de Elisabeth.

—¿De qué está hablando? Su prima está casada con mi hermano, su reputación no está en entredicho. La única que corre peligro es la suya.

—Su hermano ha dejado de lado a mi amiga por completo. Sale cada noche sin ella y ahora Elisabeth está tan destrozada que pretende asistir a la fiesta de los Collins sin acompañante.

—Es una mujer casada, no necesita acompañante.

Amelia volvió a alterarse.

—¿Es usted tan zoquete como parece o está tratando de enfadarme? Elisabeth no ha sido vista con su esposo nunca. Ni siquiera ha sido vista después de su apresurada boda. Ha estado encerrada en casa mientras que Colin ha salido a su club, ha montado a caballo en Hyde Park y, en definitiva, ha hecho vida de soltero. Puede que Elisabeth no vaya a deshonorarse si sale sola esta noche, pero le aseguro que hablaran de ella si lo hace.

Harry comprendió que se había sentido tan victorioso al lograr que Elisabeth y su hermano contrajeran matrimonio que no se había parado a pensar en si eran felices.

—Estoy completamente agotada. ¿Tiene intención de dejarme de pie toda la tarde o tal vez prefiere que Perkins me eche a la calle sin permitirme descansar?

—Disculpe mi tono anterior, milady, tome asiento, por favor —ofreció galante. Atrás había quedado su enfado por su presencia en su casa—, no quisiera volver a molestarla, pero ¿por qué no la acompaña una doncella?

—No suelo llevar doncella para visitar a mi prima. Nosotras vivimos a solo unas calles de distancia.

—Deduzco entonces que viene de casa de mi hermano —adivinó con amabilidad.

Amelia asintió.

Consciente de que había mucho que desconocía, Harry tocó la campanilla para avisar a los criados y, cuando apareció el lacayo, pidió té y pastas para la

dama. Después tomó asiento frente a ella y aceptó el desafío que le lanzaba, tal y como hacían los Strafford.

—¿Qué cree que debería hacer, Amelia? Creo que después de llamarme zoquete y asno insensible me he ganado el derecho a llamarte por tu nombre de pila. De hecho, estoy completamente seguro de que tú te has ganado el derecho de llamarme Harry.

—No podría, Excelencia.

Harry rio con ganas.

—No querrás que me sienta insultado, ¿verdad, Amelia? ¿Encuentras perfectamente normal llamarme zoquete y asno y tienes un problema con usar mi nombre?

—De acuerdo, Harry, creo que deberías acompañar a Elisabeth a la fiesta esta noche. De ese modo, aunque no sea con Colin, aparecerá acompañada por alguien de su familia y cualquier rumor que pudiera aparecer se extinguirá al instante.

—Aceptó con una condición.

Ella le miró extrañada.

—¿Cuál?

—Que tú nos acompañes. Has dicho que lo ideal es que haga acto de presencia con alguien de su familia y tienes razón, por ello creo que debes venir con nosotros. Tu presencia suavizará el hecho de que mi hermano no nos acompañe.

—Sabes que no soy realmente de su familia.

—Compartís la misma tía.

—Lo sé, pero no...

—Amelia, ¿de verdad sientes que no eres familia de Elisabeth?

—Elisabeth es mi prima aunque no tengamos la misma sangre —zanjó, molesta porque la hubiera ganado con tan pocos argumentos.

—En ese caso, pasaremos a recogerte esta noche. Si no me equivoco, Perkins ya habrá pedido que preparen el coche para que te lleve a casa. Termínate el té.

—¿No te molesta que tu mayordomo haya hecho algo semejante sin tu consentimiento?

—Perkins era el mayordomo de esta casa cuando vivía mi padre. Se siente con derecho a hacer su santa voluntad y a mí me evita el trabajo de hacerlo. Además, le gustas, y no puedo culparlo por ello.

Amelia enrojeció de placer.

—Supongo que sabes que vivo en esta misma calle.

—Las damas no caminan solas. Ni siquiera unos pocos metros hasta su casa —zanjó decidido a salirse con la suya.

Capítulo 14

Tal y como el duque había esperado, Perkins había solicitado el carruaje para que llevara a lady Amelia a casa, no obstante, una vez allí, la joven se dio cuenta de que no había informado a Elisabeth del cambio de planes, por lo que llamó a Mary, su doncella, y se dispuso a salir de nuevo.

Colin no había regresado ni había dejado dichas sus intenciones, por lo que Elisabeth se mostró encantada en cuanto supo que su cuñado había decidido escoltarlas esa noche en la fiesta.

—Vamos a tener que estar perfectas. Después de todo, Harry es un duque y debe causar buena impresión. —Se quedó pensativa unos segundos—. Creo que sería buena idea pedirle a Riona que te peinara. Ya sabes lo deliciosas que son sus manos.

—Elisabeth, no creo que sea buena idea —se quejó Amelia—, me gusta mi pelo tal y como está.

—No, no te gusta. Te conozco.

—Es práctico y de este modo no se despeina. Tengo el cabello demasiado rizado para que me dure ningún peinado.

—Eso es una exageración. Además, el pelo que llevas es aburrido y no te sienta bien. Por otro lado, estoy tan deprimida que lo único que me alegraría un poco sería cambiarte el cabello y, tal vez, dejarte uno de mis vestidos para esta noche.

Amelia suspiró, exageradamente.

—Eres una manipuladora. No puedo creer que estés haciendo esto.

—¿Qué problema hay en desear que mi prima se vea hermosa? Amelia, esta noche vamos a ser el centro de atención lo queramos o no. Mi apresurada boda y el estilo de vida de mi marido van a hacer que nos miren con lupa.

Solo deseo que te sientas cómoda. —Y añadió con una sonrisa traviesa—: estoy segura de que tu amor secreto se va a quedar de piedra cuando te vea con el cabello distinto.

—No estoy segura de que se dé cuenta.

Elisabeth sonrió, sabedora de que había ganado.

—Puedes estar segura de que lo hará.

—Tía Margareth no sabe que estoy aquí. A lo mejor podrías enviarle una nota y decirle que me cambiaré aquí —aceptó, por fin.

Elisabeth dio un saltito de alegría.

—Oh, Amelia. Te vamos a dejar maravillosa, ya lo verás. Vamos a mi vestidor para que elijas lo que vas a ponerte. Mary lo arreglará para que te quede perfecto y Riona te peinará. Esta noche no vas a dejar de bailar.

Y antes de que pudiera dudar de su decisión, su prima ya había salido por la puerta llamando a las doncellas.

—El duque ha llegado —anunció con formalidad Hobson, el mayordomo de Colin. Quien no tenía nada que ver con Perkins. Era tan estirado y formal que Elisabeth se sentía intimidada por él.

—Gracias, Hobson. Por favor, hágalo pasar a la salita amarilla y ofrézcale un licor. Nosotras bajaremos en unos minutos.

—Como desee, milady.

En cuanto el mayordomo se retiró, Elisabeth regresó su atención a Amelia.

Su prima estaba preciosa. Llevaba un vestido verde de Elisabeth que acentuaba su piel cremosa y el rojo de su cabello. Un cabello que llevaba recogido sobre la cabeza y del que escapaban unos rizos sedosos en las sienes y la parte posterior del cuello.

Riona había elogiado la textura de su pelo. Sus rizos naturales eran grandes y manejables. Perfectos para cualquier peinado que deseara hacerse. Por todo ello, Elisabeth la había obligado a prometer que no volvería a peinarse como antes y Amelia estaba tan preocupada por ella que habría aceptado cualquier cosa que la hiciera feliz.

El vestido era más recatado de lo que se acostumbraba esa temporada, aun así, era mucho más atrevido que cualquiera de los vestidos marrones de Amelia.

—¿Bajamos? Ya le hemos hecho esperar suficiente.

Amelia asintió, no muy segura de que la voz no le fuera a fallar por los nervios.

—Estás preciosa.

—Me siento expuesta.

Elisabeth sonrió, comprensiva.

—¿No crees que ya es tiempo de que la alta sociedad vea lo maravillosa que eres por dentro y por fuera?

—A lo mejor es tiempo, sí —rio Amelia—. Está claro que no me hago más joven con cada temporada.

Elisabeth parpadeó, sorprendida.

—¿Quiere eso decir que vas a buscar esposo?

Su prima se encogió de hombros.

—Tú ya está casada. Supongo que es el momento de pensar en mí. Aunque no sé si encontraré a algún caballero dispuesto a casarse conmigo.

Elisabeth la abrazó con afecto.

—Eres preciosa y una mujer maravillosa, cualquier caballero se sentiría honrado de ser tu esposo, pero... ¿Qué hay de tu amor secreto?

—No creo que esté interesado ni en mí ni en el matrimonio. Supongo que tendré que abrirme a nuevas posibilidades —dijo con una sonrisa que no le llegó a los ojos.

—Esa es la actitud.

Harry saboreaba una copa de *brandy* cuando las damas entraron en la estancia. Elisabeth estaba bellísima, como siempre, no obstante, su atención reparó en la bella dama pelirroja que la acompañaba. No recordaba haberla visto nunca, quizás era una invitada de su cuñada... Se atragantó con el último sorbo cuando comprendió que la dama en cuestión era lady Amelia. Aunque en realidad no fuera la lady Amelia que él conocía, la misma que esa tarde le había puesto en su sitio. Esta lady Amelia era hermosa y tentadora, y

poseía el cabello más brillante y magnífico que hubiese visto en su vida. Harry se preguntó dónde lo habría estado escondiendo ya que, precisamente, el cabello era algo realmente difícil de ocultar.

—Soy el hombre más afortunado de toda Inglaterra, voy a ir acompañado por las dos damas más hermosas de la isla. —Hizo una exagerada reverencia y tomó la mano de Elisabeth—. Cuñada, estás preciosa. —Besó su mano y se la soltó para hacer lo propio con Amelia—. A usted, milady, no tengo el placer de conocerla. —Amelia y Elisabeth rieron con la broma.

—¿Verdad que está preciosa, Harry?

—Amelia, estás muy hermosa. Voy a tener que protegerte de todos los caballeros esta noche. De hecho, estoy seguro de que me voy a pasar la velada vigilando a todos los que van a estar interesados en vosotras dos.

—Qué galante eres, Harry. Una pena que... —Se detuvo antes de seguir. Amelia le acarició la espalda con afecto.

—No sé por qué, pero esta noche me apetece mucho bailar —anunció Amelia, deseando apartar el interés de Elisabeth de recuerdos dolorosos.

—En ese caso, resérvame el primer vals y tal vez el último —tanteó Harry.

—Será un placer, Excelencia.

Elisabeth sonrió. Al menos tenía un motivo para sentirse feliz esa noche. Y tal vez también una nueva meta.

Media hora después de que salieran para la fiesta, Colin hizo acto de presencia en su casa. Había cenado en el club y, al ver cómo sus amigos se retiraban pronto para acompañar a sus esposas al baile de esa noche, se sintió culpable por haber descuidado durante tanto tiempo sus deberes de esposo y decidió volver a casa con la esperanza de que Elisabeth deseara salir esa noche.

Su esposa se merecía que la respetara, que la tuviera en cuenta. Lucien le hubiera dado una buena paliza si hubiese visto el modo en que había tratado a su hermana tras la boda. Por ello dejó a Torrington en el club y se encaminó hacia su casa, dispuesto a redimirse ante ella y ofrecerle su compañía.

Si Elisabeth lo deseaba la llevaría a la fiesta y si no se sentía con ganas de salir le pediría que le acompañara con una copa y hablarían. De hecho, estaba más que dispuesto a disculparse con ella por su lamentable comportamiento en Vauxhall y después.

No obstante, cuando llegó a casa, Hobson le informó que su esposa había salido con su hermano y con lady Amelia. Los tres tenían intención de asistir a la fiesta que los Collins celebraban esa noche.

Más molesto y celoso de lo que jamás hubiese esperado, gritó llamando a Sterling, su ayuda de cámara, para que le preparara una muda adecuada. No tenía intención de perderse esa fiesta bajo ningún concepto.

Capítulo 15

Lo primero que vio Colin cuando entró en el salón de baile fue a su esposa rodeada de admiradores y a Harry, que debería estar protegiéndola de atenciones indeseadas, ya que se había erigido como su paladín al acompañarla, bailando con una bonita pelirroja vestida de verde.

Centró toda su atención en su mujer. Estaba bellísima vestida de azul oscuro, con el cabello recogido en un elaborado moño del que unos rebeldes rizos se habían escapado acariciando su nuca. La rabia de los celos hizo que se viera obligado a detenerse a escasos pasos, para tranquilizarse.

Harry la había llevado al baile para desentenderse de ella en favor de la mujer con la que danzaba tan alegremente. Sintió deseos de encararse con él, pero el poco sentido común que le quedaba en esos instantes le obligó a aceptar que Harry jamás la habría dejado sola si no hubiese considerado que iba a estar bien.

No obstante, tomó nota mental de la conversación que mantendría con su hermano en cuanto tuviera ocasión.

Sin embargo, en esos instantes, lo único por lo que debía preocuparse era por su esposa y por el grupo de libertinos que estaban a su lado peleándose por su atención.

Si bien Elisabeth siempre había contado con un nutrido grupo de admiradores, ahora que estaba casada, dicho grupo se había ampliado. Antes de su matrimonio había sido una belleza vetada, demasiado pura para ser corrompida. En cambio, el matrimonio la había puesto en el candelero. Los libertinos no se interesaban por las debutantes, en cambio las mujeres casadas y bellas eran un aliciente para muchos de ellos.

—Buenas noches, esposa. Caballeros —saludó Colin, inclinándose para besar la mano enguantada de Elisabeth.

Notó la sorpresa en ella. Su cuerpo se había tensado ligeramente. No lo bastante como para que los que estaban a su alrededor lo notarán, pero sí lo justo para que él lo sintiera al tomar su mano.

—Buenas noches, esposo.

—Espero que mi hermano haya cumplido su promesa y te haya acompañado esta noche —apuntó, queriendo evitar comentarios respecto a su ausencia.

Que no la hubiera acompañado antes ya habría despertado el interés de las cotillas, de modo que no podía permitirse que hablaran de su desinterés por ella. Tenía que proteger a Elisabeth de habladurías que pudieran hacerle daño.

Ya había descubierto de primera mano el dolor que le causaba que se hablara de su padre y no estaba dispuesto a ver ese dolor en su rostro nunca más.

—Así ha sido —le dijo sonriendo—. Por tu presencia aquí esta noche deduzco que has podido resolver los problemas que te han retrasado —le siguió ella el juego.

—Por supuesto, querida. Gracias por tu paciencia. ¿Quieres bailar? Creo que va a comenzar un vals.

Ella sonrió con fingida tristeza.

—Lo siento, querido, pero le he prometido la siguiente pieza a lord Huxley —dijo mirando a uno de los caballeros a su lado, que se envaró consciente de la actitud intimidatoria del marido, que no estaba dispuesto a dejarse arrinconar.

Colin sonrió con malicia.

—Estoy seguro de que entenderá que tome su puesto. Después de todo, estamos recién casados.

El aludido asintió obligado a aceptar la derrota.

—Por supuesto, Strafford.

—Caballeros —se despidió ofreciéndole el brazo a Elisabeth.

—Si nos disculpan —se despidió ella.

Sin decir una palabra más, la llevó hasta el centro de la pista de baile y antes de que pudiera asimilar lo que había sucedido se encontró entre sus brazos. Era la primera vez que bailaba con Colin. Nunca antes lo había hecho, ni siquiera de niña, cuando el profesor de baile la torturaba para que aprendiera los pasos de los distintos bailes y la regañaba cada vez que cometía un error, por pequeño que fuera.

Entonces siempre salía de la sala para rogar a su hermano que fuera su pareja y, en esos instantes, Lucien siempre se mostraba paciente y cariñoso con ella. En muchas de esas ocasiones su hermano había estado con Colin o con Harry y cuando Lucien se cansaba de dar vueltas sin parar, siempre era Harry quien tomaba su puesto y la ayudaba con la contradanza y el minué, nunca Colin. Él siempre se mantenía alejado de ella para que no pudiera pedirselo.

Elisabeth jamás se atrevió a preguntarle el motivo de que no quisiera bailar con ella y, años después, de un modo o de otro, se encontraba casada con él y disfrutando de un momento que toda pareja iniciaba durante el cortejo que ella nunca disfrutó.

Se dio cuenta de que Colin no había dicho una sola palabra desde que dejaron al grupo, por lo que se decidió a romper ella misma el silencio.

—¿Por qué has venido esta noche?

—Tal vez he venido porque al llegar a casa me he enterado de que mi esposa había salido sin avisarme.

—No sabía que tuviera que pedirte permiso —comentó, buscando molestarle—. Además, estaba con Harry.

Después de todo estaba enfadada. Tenía motivos para estarlo. Él no solo no la había cortejado, sino que la ignoraba por completo. Con total seguridad el motivo por el que había ido a buscarla era porque deseaba evitar habladurías. Su familia era tan antigua y respetada como la de Elisabeth, ambos habían sido educados para seguir las normas. No había acudido por ella, sino por el qué dirán.

Puede que hasta le guardara rencor. Puede que su intención al asistir a la fiesta de disfraces no hubiese sido pescarle con engaños, pero, aun así, él lo había sentido de ese modo y la estaba haciendo pagar por ello.

—No tienes que pedirme permiso, pero sí que habría agradecido que me informaras de que tenías pensado dejar que mi hermano te escoltara esta noche.

—No ha sido idea mía. Amelia lo sugirió y a mí me pareció bien.

Colin buscó al duque con la mirada y lo vio acompañando a la misma dama vestida de verde hasta la mesa de las bebidas.

—¿Quién es la mujer que bailaba con Harry? —inquirió con curiosidad.

—Amelia.

Colin perdió el pie por la sorpresa, pero se recuperó con rapidez.

—¿De veras?

Elisabeth asintió.

—¿Podemos volver a nuestra conversación anterior? Me gustaría mucho saber qué es lo que puedo hacer sin tener que pedirte permiso.

—Puedes hacer lo que desees siempre y cuando me respetes a mí y a nuestro matrimonio. Lo único que te pido es que me gustaría ser informado de tus planes.

—Si pasaras más tiempo en casa conocerías a la perfección mis planes.

—Se mordió la lengua para no hacer el comentario hiriente sobre su matrimonio que tenía en la cabeza.

Él suspiró cansado.

—No deseo discutir. En realidad quiero más... Yo... —Se detuvo un instante para ordenar sus pensamientos—. Deseo que nos llevemos bien.

Ella le miró con fijeza. Incluso a la luz de las velas pudo ver que sus ojos eran extremadamente brillantes, intensos... Colin no supo si eran lágrimas contenidas o puro fuego lo que los hacía brillar.

Contuvo el aliento admirado por la belleza de su esposa.

—Eso puedo hacerlo —dijo—. De hecho, me alegra que haya algo en lo que puedo complacerte.

Y esas fueron las últimas palabras que pronunció en toda la noche.

Capítulo 16

Desde la noche del baile al que había acudido escoltada por su cuñado, Colin se había tomado la molestia de preguntarle por sus planes, no obstante, no le había propuesto acompañarla ninguna de las noches en las que volvió a salir con Harry y Amelia.

Durante las tres veladas posteriores se topó con él al llegar a la fiesta a la que había escogido asistir. No se permitió hacerse ilusiones equivocadas sobre el motivo de su presencia allí, puesto que conocía el motivo, atajar cualquier murmuración que pudiera iniciarse si seguía asistiendo con su cuñado a los bailes de la temporada.

Después de todo, su falso cortejo había llegado hasta el libro de apuestas más famoso de toda Inglaterra.

Para llevar la farsa a buen puerto bailó con su esposo en dos ocasiones, permitió que la escoltara a cenar e incluso se marchó a casa con él. Sin embargo, tales gestos no fueron más que pantomimas destinadas a aquellos que tan interesados parecían por su matrimonio. Colin no cambió su actitud de fría cortesía para con ella.

Debió de decidir que ya había cumplido con la sociedad cuando la cuarta noche no apareció como tampoco lo hizo a la siguiente.

Tampoco cambiaron sus hábitos. Siguió saliendo a su club, trabajando por las mañanas e ignorando su presencia todo lo que le permitía la cortesía. En ningún momento llamó a la puerta de su habitación y cuando coincidieron en el comedor se limitó a leer el periódico o a comer en forzado silencio.

Elisabeth estaba completamente destrozada y tan desesperada que cuando llegó a la mansión la invitación para la boda de lady Sarah y el marqués de

Rochdale, no se lo pensó dos veces y le escribió una nota a su cuñado para pedirle que la llevara consigo.

Ni siquiera le importó que la novia fuera una de sus peores pesadillas. Ni que semanas antes la hubiera visto besando al que en unos días iba a ser su esposo.

Solo tenía en mente la idea de alejarse de Colin. Del dolor que su indiferencia estaba provocándole. Si no estaban en la misma casa no se sentiría menospreciada y abandonada por el hombre que había jurado ante Dios honrarla, amarla y respetarla.

Por su culpa se pasaba las noches despierta, atenta a cualquier ruido que la alertara de que se encontraba en su habitación. Se le aceleraba el corazón cuando el sonido se acercaba, temerosa y ansiosa, de que por fin diera el paso y la buscara.

Había tenido que controlarse en multitud de ocasiones para no intentar abrir de nuevo la puerta que separaba los dormitorios de ambos.

Y lo hizo porque era más llevadero creer que, quizás, Colin la había abierto que tener la certeza de que permanecía cerrada para ella.

Consciente de la situación en que vivía Elisabeth, Harry no mantuvo durante mucho tiempo su negativa de llevarla consigo. De algún modo retorcido, provocado por el alto valor moral del duque, este se sentía culpable de la situación en que se encontraba su cuñada y, esta, sabedora de ello, no había tenido escrúpulos en hacerle ver a su cuñado lo dolida y triste que se sentía por el abandono de su hermano.

Su treta tuvo el éxito deseado y, dos horas más tarde, Elisabeth y Amelia acompañaban a Harry en su carruaje de camino a Challinor House en Kent, la finca familiar en la que iba a tener lugar el enlace entre su más acérrima enemiga y el hombre al que había obligado a besarla tan solo unas semanas antes.

Elisabeth se mantuvo callada durante el trayecto, perdida en sus propios pensamientos.

No era una mujer envidiosa, no obstante, que lady Sarah fuera a disfrutar de la boda que a ella se le había negado le dolía como el demonio. Porque no solo iba a disfrutar de un matrimonio en el que la acompañarían su familia y amigos, sino que, además, era un enlace por amor. En esos instantes

comprendía su enfado la noche de la fiesta en que la vio besando al marqués. Se había mostrado tan rabiosa porque estaba enamorada del marqués y, al final, iba a casarse con él y a tener una boda preciosa en el campo con cientos de invitados.

—Lizzie, ¿te encuentras bien? Estás muy callada —preguntó Amelia, sacándola de golpe de sus pensamientos.

Se giró para mirar a su prima y esbozó una sonrisa.

—Perfectamente, gracias.

—Ya casi hemos llegado —anunció Harry—. ¿Le has dejado una nota a Colin, tal y como te pedí? No quisiera que se preocupara por tu ausencia.

Elisabeth le miró directamente a los ojos.

—Por supuesto que se la he dejado. Tal y como bien dices, no podemos permitir que sufra por mi culpa.

Harry vaciló un instante.

—Deberías haberle esperado y asistir con él al enlace —se lamentó. No muy seguro de cómo se iba a tomar su hermano el que hubiera acompañado a su esposa al enlace.

—Colin no va a asistir, Harry. No te preocupes por eso. Mi esposo tiene sus propios planes y deberías saber ya que yo no entro en ninguno de ellos.

—¿Por qué estás tan segura de que no va a asistir? —inquirió Amelia, liberando al duque de ser el que hiciera la pregunta.

Elisabeth paseó la mirada por ambos. Su expresión era serena, pero firme.

—Es evidente que a mi esposo no le gustan las bodas. Ni siquiera tuvo una como Dios manda.

Tal afirmación acalló al duque y a su prima y se vio libre de preguntas, lo que le permitió volver a centrarse en sus pensamientos.

Challinor House era una finca extraordinaria y, a pesar de su temor, lady Violet, la madre de la novia, y lady Arabella, la duquesa, la recibieron con mucha amabilidad y afecto. Elisabeth era consciente de que tan afectuoso trato se debía a Harry, no obstante, se sentía tan falta de calor humano que agradeció el gesto con total sinceridad.

Tras los saludos de rigor y después de ofrecerles un refrigerio, Amelia, Harry y ella misma fueron acompañados a sus dormitorios, en el ala familiar.

A pesar de que el viaje no había sido muy largo, Elisabeth sentía que necesitaba salir por lo que dejó a Riona deshaciendo su equipaje y decidió explorar los maravillosos jardines que había visto al llegar.

No se topó con más invitados por el camino, lo que le permitió relajarse y liberar la tensión acumulada sin testigos. Caminó sola y se detuvo cuando deseó para oler las rosas y las flores desconocidas que se topó en su paseo.

Se sorprendió al encontrarse con lady Sarah en la parte más alejada del jardín principal, sentada en un banco de madera y rodeada de peonias. Parecía pensativa, preocupada, y una sensación nueva de solidaridad se instaló en su pecho, sorprendiéndola a ella misma. También había escogido esa zona porque deseaba estar sola, aunque fuera unos minutos, y aunque agradecía el afecto de Harry y su interés por su estado de ánimo, con cada gesto le recordaba que no era él quien tendría que estar pendiente de sus necesidades, sino su esposo, aunque esposo solo fuera un título honorífico.

El afecto y la preocupación de Amelia tampoco ayudaban a que se sintiera mejor...

Sintiéndose un poco culpable por lo que había sido siempre su relación con lady Sarah decidió hablarle para hacerle notar su presencia. Se sentía un poco intrusa, invadiendo su espacio.

—Buenas tardes, lady Sarah.

La muchacha dio un respingo y se dio la vuelta para ver quién le había hablado y, al ver su interlocutora, se levantó de donde estaba sentada.

Su expresión fue una mezcla de sorpresa, desaliento e ira que divirtió a Elisabeth. Por fin se topaba con alguien a quien no le importaba decir lo que pensaba o más concretamente mostrarlo.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó por fin.

—Doy un paseo.

Lady Sarah la fulminó con la mirada.

—¿Qué hace usted en mi casa? —insistió.

—¡Oh! He venido a su boda. Usted me ha invitado.

La rubia pareció estar confundida unos instantes.

—Yo no... ¡Oh! ¡Oh!

Elisabeth esperó a que ordenara sus pensamientos.

—Es cierto, ahora es lady Strafford. Me lo contó mi madre hace unos días.

—Sí, supongo que lo soy.

La expresión confundida de Sarah volvió a hacer sonreír a Elisabeth. Resultaba curioso que la única persona que le hubiera hecho sonreír en los últimos días fuera una a la que aparentemente había detestado toda su vida.

—¿Lo supone? —preguntó con tanta dulzura y preocupación en la voz que las defensas que con tanto tesón había erigido Elisabeth se fueron a pique dejándola completamente expuesta ante su enemiga.

—Es una larga historia.

—Tengo tiempo —ofreció Sarah.

—No me gusta que me tengan lástima —dijo a la defensiva.

Lady Sarah rio. Soltó una carcajada tan sincera que Elisabeth se replanteó si la había juzgado mal.

—Usted nunca me ha inspirado lástima, Elisabeth. Rabia, rencor, enfado y quizás un poco de celos sí, pero lástima... No. Lástima nunca.

—¿Celos?

—Por supuesto. Le vi besando al que va a ser mi marido —expuso ella sin ambages.

—En realidad le obligué a hacerlo. Él no quería. Fui yo.

Sarah abrió los ojos de un modo exagerado.

—Colin estaba espiándome y quise darle una lección.

—Eso sí que no me lo esperaba —anunció Sarah volviendo a tomar asiento en la banco.

—Ya te dije que era una larga historia.

—¡Maravilloso! Tengo tiempo. No me caso hasta dentro de unos días —dijo al tiempo que señalaba el lugar vacío a su lado en el banco—. Además, no me vendría mal un consejo de una recién casada.

Elisabeth se sentó, tal y como le habían pedido.

—En ese caso, creo que deberías preguntarle a otra persona.

Regresaron juntas a la casa, sonriendo y hablando como si fueran amigas de toda la vida. Y, aunque en realidad se conocieran desde siempre, jamás antes se habían tomado la molestia de intentar ser íntimas. Los prejuicios que cada una tenía de la otra habían interferido en lo que podría haber sido una bonita amistad. Después de todo, las dos querían profunda y sinceramente a la misma persona, Harry Strafford, duque de Bollingbroke.

—Vas a tener una boda preciosa —se despidió Elisabeth al llegar al pie de la escalera.

—Preferiría tener un matrimonio precioso. La boda es lo de menos —comentó Sarah consciente de lo que había sentido Elisabeth al no disfrutar de una ceremonia más elaborada—. Tengo que hablar con Charlie. Te veré en la cena.

—Por supuesto —aceptó su nueva e inesperada amiga, que se marchó a su habitación pensando en pedir un baño que la relajara de la tensión del viaje.

Capítulo 17

Sarah se extrañó al acercarse al despacho de su hermano y escuchar varias voces masculinas. Los únicos invitados que habían llegado eran las primas de su madre, la hermana de Arabella y los niños. El cuñado de Arabella y los demás invitados llegarían al día siguiente y, por supuesto, Harry, quien había llegado acompañando a lady Elisabeth y a una cambiadísima lady Amelia.

A pesar de ello, se escuchaban dos voces claramente masculinas, además de la de su hermano. Sintió que las piernas comenzaban a temblarle y se agarró al pomo de la puerta para no caerse. Seguramente la tercera voz era la de Matthew, aunque no lograba distinguirla a través de la gruesa puerta de roble, pero ¿quién más podía ser?

Consciente de lo estúpida que parecía se enderezó, respiró profundamente y llamó suavemente a la puerta. Después de todo, deseaba hablar con su hermano mucho antes de saber que su prometido hubiera vuelto.

La voz de Charlie la invitó a entrar.

Dio una nueva respiración profunda y abrió la puerta. Se quedó de piedra en el umbral. Efectivamente, había tres caballeros en la habitación. Uno de ellos era su hermano y, como había adivinado, Harry también estaba allí, solo que el tercero no era Matt, su prometido, sino lord Colin Strafford, el marido de Elisabeth.

Colin debería haberse acostumbrado a llegar a su casa en Londres y encontrarla desierta y sin rastro de su esposa, no obstante, no lo había logrado. En las escasas dos semanas que hacía que se había casado con Elisabeth se había vuelto mucho más protector con ella que nunca. Cada

noche se acercaba a la puerta que separaba sus dormitorios para asegurarse de que su esposa dormía plácidamente.

En todo ese tiempo no se había atrevido a entrar, sabedor de que no iba a lograr contenerse con ella tan cerca. Por ello había salido cada noche tras su matrimonio. Primero había optado por cenar en el club y jugar a las cartas con Torrington. Sin embargo, tras la salida de Elisabeth con Harry, su paz había volado y sin ser consciente de ello se había visto obligado a salir cada noche para asegurarse de que Elisabeth no se veía agobiada por los libertinos que la pretendían como las abejas a la miel.

Todavía estaba demasiado resentido como para tratar de hablar con ella de lo sucedido en Vauxhall. Necesitaba tiempo para organizar sus pensamientos y necesitaba espacio para poder acudir a ella sin la voracidad con la que la había atacado la noche del baile de máscaras. Todavía se sentía avergonzado por el modo en que le había robado la virtud.

Por algún motivo y a pesar de todas las razones que se daba a sí mismo para mantenerse alejado de ella, en cuanto llegó a la casa y supo que su esposa había vuelto a dejarle para asistir a una boda en el campo, apenas tardó dos segundos en decidirse a seguirla. Y el motivo no era el que se daba a sí mismo, que le preocupaban las murmuraciones de la alta sociedad, el motivo era que, aunque separados por una puerta cerrada, quería tener a Elisabeth lo más cerca posible.

Llegó a Challinor House poco antes de la hora de la cena y fue invitado, inmediatamente, a tomarse una copa de *brandy* en el despacho de Charles Danvers, duque de Whitmore. No se sorprendió cuando le acompañaron hasta el que iba a ser su dormitorio durante su estancia y se encontró allí con Riona, acomodando la ropa de su señora. Después de todo iba a haber allí una boda y los dormitorios tendrían que acoger a todos los invitados. Por lo que los matrimonios tendrían que compartir alcoba, aunque pocos de ellos lo hicieran en sus propios hogares.

No supo si alegrarse por ello o preocuparse. Decidió que podía hacerlo. Era perfectamente capaz de dormir junto a su esposa y no acosarla durante la noche.

Sí, podía hacerlo.

—Riona, retírate, por favor. Necesito cambiarme y pídele a Sterling que venga.

—Por supuesto, milord.

La criada salió de allí a toda prisa. Todavía no se había cerrado la puerta de la alcoba cuando apareció su ayuda de cámara.

—Excelente, Sterling. Tan oportuno como siempre. Necesito cambiarme, me están esperando.

Estuvo a punto de maldecir en voz alta cuando al entrar en el despacho de Whitmore se topó con la sonrisa maliciosa de su hermano. Seguramente Harry había esperado que hiciera exactamente lo que había hecho, correr detrás de su huidiza esposa.

Incluso era posible que hubiera sido idea suya que Elisabeth le hubiera dejado una nota tan escueta sobre sus intenciones. Elisabeth se habría limitado a informar al mayordomo de su destino mientras que su hermano, el duque, el intachable miembro del parlamento, la habría instado a dejar constancia por escrito de dónde iba a estar y con quién.

—Buenas tardes, Whitmore —saludó—. Harry.

—Hermano.

El duque sonrió ante el intercambio fraternal. Conocía a ambos desde hacía muchos años y sabía de primera mano que eran una pareja bien avenida, no obstante, la actitud de Colin daba a entender que estaba profundamente molesto con su hermano y, o mucho se equivocaba, o conocía la razón de dicho distanciamiento.

—Colin, tómate una copa de Madeira con nosotros. La cena estará lista en media hora —ofreció acercándose al carrito de las bebidas para servirle una al recién llegado.

—Gracias, Whitmore —aceptó la copa que le tendían.

—Y dime, Harry, ¿cómo es que estás aquí en lugar de encontrarte paseando con las damas?

—Las damas se están arreglando para la cena, Colin.

—Por supuesto. Ese es el motivo de que no estés acompañando ni a mi esposa ni a su hermana.

El duque de Whitmore tuvo el buen tino de no meterse en la conversación.

—Así es.

Colin estaba a punto de replicar, molesto porque su hermano se hubiese mostrado tan comedido, cuando llamaron suavemente a la puerta.

Charles se levantó e invitó a entrar al recién llegado.

En ese instante se abrió la puerta y una bella dama de cabello dorado y ojos azules se asomó por ella.

Tanto Colin como Harry se levantaron al verla. Ella se quedó parada unos segundos antes de reaccionar.

—Disculpen la interrupción, caballeros —se disculpó.

—¿Necesitas algo, Sarah? —preguntó su hermano.

—Deseaba hablar contigo, Charlie, pero ahora veo que estás ocupado. ¿Qué tal mañana por la mañana?

—Puede ser ahora si es importante —ofreció su hermano—, ellos lo entenderán perfectamente —añadió mirando a sus invitados.

Tanto Harry como Colin asintieron.

—No será necesario. Mañana será perfecto. Gracias. —Se inclinó ligeramente—. Caballeros, nos vemos en la cena.

Capítulo 18

Elisabeth trató de disimular su sorpresa cuando al bajar al comedor se topó con la inesperada presencia de su esposo en Challinor House. Perfectamente vestido con un impecable traje negro y su atractiva sonrisa.

Su agradable charla con Sarah la había retrasado para arreglarse para la cena y había estado tan atareada que ni siquiera se había dado cuenta de que el dormitorio había sido ocupado por alguien más. Por otro lado, Riona tampoco la había informado de los cambios, ya que había corrido de un dormitorio a otro para peinarla a ella y a Amelia, y no se había topado con Sterling, lo que sin duda la hubiera advertido de la presencia de su marido.

Siguiendo la norma inarticulada que habían establecido, permitió que la acompañara al comedor mientras Harry hacía lo propio con lady Violet y Amelia era escoltada por el párroco que officiaría la boda de Sarah, quien llegó al comedor acompañada por uno de sus primos.

Se trataba de una cena informal, más familiar, por ello se dejaron de lado los protocolos y Charlie llevó a su embarazadísima esposa hasta el comedor.

Elisabeth se imaginó a sí misma en estado, orgullosa y feliz con un hijo que los uniría a ambos para siempre. Sin embargo, eso nunca sucedería si Colin seguía sin visitar su alcoba.

Dejando a un lado sus tristes pensamientos, la velada fue agradable. Amelia estaba más animada que nunca. Su nuevo peinado, los vestidos y el que se encontrara con gente amable y encantadora, la ayudó a abrirse y a mostrarse menos reservada que de costumbre.

La futura novia, por su parte, parecía distraída y Elisabeth supo de inmediato que estaba preocupada porque el marqués todavía no hubiera

hecho acto de presencia en la finca. No se le escapó la preocupación de Harry, que cruzaba de arrugas su frente.

Era evidente para cualquiera que hubiera pasado más de dos minutos con Harry y Sarah que el afecto que se tenían era puro y profundo.

Elisabeth nunca hubiera imaginado que un hombre y una mujer pudieran ser amigos tan íntimos. Harry era un amigo leal y ella estaba muy contenta de haberle recuperado tras cuatro años de separación.

Esa misma tarde Sarah le había contado cómo se había forjado su amistad. Aunque, si bien habían sido vecinos desde niños, el ducado de Bollingbroke estaba a unas millas al este de Challinor House, su amistad se había forjado cuando lady Sarah salvó a Harry de un escándalo con una avispada cazafortunas que había tratado de pescar a un duque.

Tras ello, la alta sociedad habló durante meses de la posibilidad de que lady Sara Danvers se convirtiera en la próxima duquesa de Bollingbroke, sin embargo, cuando comprendieron que eso no iba a suceder, los mismos que antes soñaron con satén y flores blancas, aceptaron la amistad entre ambos y no se volvió a sacar el tema de nuevo.

Por un lado, porque lady Sarah era una jovencita demasiado especial como para que nadie se sorprendiera de su estrecha amistad con el duque y, por otro, el que lady Violet fuera su madre y su hermano fuera un duque la salvó de ser presa de los despiadados chismes de la alta sociedad.

Fuera como fuera, su amistad con el duque se volvió algo normal y nadie arguyó en contra, lo que supuso un logro para ambos, viviendo en una sociedad tan cerrada a los cambios.

Y ahora, tras su matrimonio, Harry había pasado a formar parte de su familia y Elisabeth se sentía agradecida por ello. Desde el instante en que retomaron el contacto, Harry se posicionó a su lado inamovible, respaldando cada uno de sus movimientos, leal y amable.

Se esforzó por sonreír a lo que le decía el párroco, sentado a su izquierda. Su mirada se cruzó con la de Sarah, quien parecía tan distraída como ella misma y ambas se sonrieron con afecto.

Otro cambio en su ahora nueva vida, repleta de cambios, la mayoría agradables, tenía que reconocer.

—¿No te gusta el cordero, querida esposa? —inquirió una voz a su lado.

Elisabeth se giró a su derecha para responder a su marido.

—Sí, es que no tengo mucha hambre.

—Supongo que estarás cansada del viaje.

—Así es.

—En ese caso te sugiero que te retires pronto. Yo procuraré no molestarte cuando suba a acostarme.

Elisabeth le miró con desconcierto. ¿De qué estaba hablando? ¿Por qué iba a molestarla?

—Hemos sido instalados en la misma alcoba. Con la boda no hay habitaciones individuales disponibles. Además... Somos recién casados, lady Violet habrá supuesto que deseamos compartir el lecho.

—Entiendo —logró articular Elisabeth.

Los nervios que había sentido durante la cena se multiplicaron al saber que iba a dormir junto a su esposo por primera vez.

Comprendió entonces el motivo por el que le había aconsejado que se retirara temprano, para que cuando él llegara ella ya estuviera durmiendo. Se sintió tan ofendida como humillada y fue incapaz de probar bocado.

Se dedicó a mover los alimentos por el plato, sin comer nada más. En cambio, sí que aceptó el vino que le sirvieron. Antes de que Colin se diera cuenta de que el lacayo le rellenaba la copa, Elisabeth se había bebido tres.

—Será mejor, querida, que dejes la copa como está —ordenó. Si estaba llena, el lacayo no volvería a rellenarla y evitaría que Elisabeth se embriagara y montara un escándalo.

Colin podía lidiar con una Elisabeth cansada e incluso enfadada, de lo que no estaba seguro era de si podía sobrevivir a una Elisabeth ebria.

—Tengo sed —se quejó.

—Entonces bebe agua. El vino no casa bien con un estómago vacío.

Elisabeth estuvo a punto de replicar que el matrimonio tampoco casaba bien con un lecho vacío, pero se calló a tiempo gracias a la intervención de Amelia, quien había estado atenta a la escena y aprovechó el momento para preguntar al duque de Whitmore por los hermosos jardines de la propiedad, despertando el interés de toda la mesa, incluyendo a Colin.

Capítulo 19

Elisabeth estaba inquieta. Hacía poco más de una hora que se había retirado a descansar y Colin todavía no había aparecido por el dormitorio que ambos se habían visto obligados a compartir.

Era la primera vez que iba a dormir con alguien y ese alguien era nada menos que el hombre al que amaba, su esposo. Los nervios la mantenían en vela y su cabeza no dejaba de funcionar, pensando en mil posibilidades. ¿Dormía Colin con ropa? ¿Se acercaría a ella durante la noche? ¿Le daría calor su cuerpo? ¿Tendría la noche de bodas de la que no había disfrutado?

Un ruido en el exterior la hizo dar un respingo en la cama. Se arrebujó más en las mantas y cerró los ojos, esforzándose en acompasar su respiración para fingirse dormida.

La puerta se abrió con cuidado. Escuchó pasos y la luz de una vela irrumpió en el dormitorio.

—Sterling, ayúdame a quitarme las botas y después retírate.

—De acuerdo, milord.

La voz de ambos hombres era apenas un susurro para no molestarla.

Elisabeth sintió un movimiento en la cama. Colin se había sentado para quitarse el calzado. Supo que se iba a quedar a solas con él cuando escuchó el sonido de las botas al tocar el suelo.

—Buenas noches, milord —se despidió el ayuda de cámara.

—Buenas noches, Sterling —respondió Colin—. Una cosa más, no vengas mañana a despertarme como cada día. Yo mismo te llamaré cuando esté listo. No quiero que molestes a la señora.

—Por supuesto, milord.

Una llama de esperanza se encendió en el corazón de Elisabeth, al menos su esposo se preocupaba por ella. No era mucho, pero indicaba que le importaba su bienestar. Sonrió sobre la almohada, quieta para no alertar a Colin de que estaba completamente despierta.

Durante unos segundos solo se escuchó el sonido del roce de la ropa que Colin se estaba quitando. Los nervios se instalaron en el estómago de Elisabeth cuando sintió un aire frío en la espalda. Colin había abierto la cama y estaba acostándose a su lado. El martilleo de su corazón era tan intenso que creyó que su esposo debía de estar escuchándolo. Notó cómo se acomodaba en la cama y se mantuvo inmóvil.

Colin se había acostado lo suficientemente alejado de ella como para que ninguna parte de su cuerpo la rozara, por lo que la pequeña esperanza que se había negado en dejar salir se apagó de golpe.

Durante unos segundos se permitió la debilidad de sentir pena de sí mismo, no obstante, se obligó a recordarse quién era. Ya no era una niña asustada que había perdido a su hermano, era la mujer que había sido capaz de besar a Rochdale solo para comprobar la reacción de Colin, la misma mujer que se había puesto un vestido que la avergonzaba con solo mirarlo y se había plantado en una fiesta a la que no había sido invitada para hablar con el hombre al que había amado siempre.

No, ya no era una niña. Era Elisabeth Strafford, y Elisabeth Strafford hacía que las cosas salieran como ella deseaba.

Por todo ello, se dio la vuelta con seguridad y se acercó a su esposo. Su brazo cayó por encima de su pecho, notando la camisa de dormir que llevaba puesta, seguramente en deferencia a ella, y se acurrucó a su lado. De modo que su nariz y su boca quedaron junto al cuello de su marido. A pesar de la tensión y del movimiento se esforzó por seguir manteniendo la respiración tranquila y acompasada de quien duerme.

Colin no se apartó. Lo que en sí mismo supuso un triunfo para Elisabeth, que se fue relajando poco a poco.

Había esperado sin hacer nada a que Colin la buscara y ahora iba a tomar las riendas de su matrimonio. Se apretó más contra él y soltó un suspiro ligero e involuntario. Se sentía tan bien... Notó los brazos de Colin a su alrededor...

¿Por qué no podía ser así su vida estando despierta?, pensó unos instantes antes de caer rendida por el sueño.

Cuando se despertó estaba sola en la cama. Riona entraba en ese momento por la puerta, pero no había ni rastro de Colin.

—Buenos días, señora. Su prima ya ha bajado a desayunar. Están empezando a llegar los demás invitados.

—¿Dónde está mi esposo?

—Creo que ha salido a montar con los caballeros.

—Riona, necesito que me hagas un nuevo peinado. Quiero algo más sencillo pero elegante, necesito verme diferente —añadió sin levantarse de la cama—. Tal vez deberías cortarme un poco el cabello para que los rizos no se estiren tanto. Vio cómo Riona sonreía con picardía.

—Es una idea maravillosa, señora. Voy por unas tijeras.

—Estupendo.

La doncella salió de la alcoba con paso decidido y Elisabeth aprovechó para levantarse y ponerse la bata.

Sentía el cuerpo cálido. Había dormido mejor que en toda su vida. Y lo mejor de todo era que Colin no la había apartado cuando le abrazó, sino que le había devuelto el gesto.

Sonrió. Colin la había buscado cuando había estado segura de que no iba a asistir al enlace de Lady Sarah y el marqués, e incluso la había abrazado durante la noche y, para su mayor satisfacción, durante los tres siguientes días estaba obligado a ser atento y amoroso con ella si pretendía hacer creer a la alta sociedad que estaba encantado con su reciente matrimonio. Por no hablar de que iban a pasar las noches en la misma cama. Era la situación perfecta para intentar seducirlo sin parecer evidente.

Si la veía afectuosa con él pensaría que era por las apariencias, por lo que no correría el peligro de avergonzarse si él no le correspondía, y por las noches solo tenía que fingirse dormida y, tal vez, mostrarse un poco más atrevida que la noche anterior. En realidad, no tenía nada que perder y sí mucho que ganar.

La aparición de Riona la apartó de sus planes.

—Le voy a cortar solo unos pocos centímetros, milady. A los hombres les encanta el cabello largo en las mujeres.

—Los caballeros nunca ven a las damas con el cabello suelto. Solo las niñas lo llevan de ese modo —replicó, poco convencida de lo que decía la doncella.

—Los esposos ven a sus mujeres con el cabello suelto cada noche.

Elisabeth se sonrojó por la alusión.

—Por supuesto, Riona. Tienes razón, corta solo un par de centímetros.

Capítulo 20

Colin no tenía ganas de salir a cabalgar después de la mala noche que había pasado. Su inocente esposa se había pegado a él en cuanto se metió en la cama, por lo que se había visto perdido por su calor, por el tacto sedoso de su pelo y de su piel y el delicioso aroma que desprendía su cuerpo impidiéndole, sin saberlo, el descanso que tanto necesitaba.

En primer lugar, porque temía moverse y despertarla, y en segundo lugar porque no estaba seguro de su autodominio y temía que si se relajaba se dejaría llevar por el deseo que sentía por ella.

En cuanto el sol se asomó por el horizonte abandonó la habitación y bajó a desayunar. Puede que no tuviera ganas de cabalgar, sin embargo, ejercicio era exactamente lo que necesitaba si pretendía despejar su cuerpo y mente del delicioso aroma de su esposa.

La sala del desayuno estaba ocupada por el anfitrión y por Harry, que estaba disfrutando de unos arenques cuando entró.

—Buenos días —saludó.

—Buenos días. Sírvete lo que quieras y cuando terminemos saldremos a cabalgar, he dejado dicho en los establos que preparen a dos de mis mejores caballos, aun así, si deseáis cualquier otro no tenéis más que decirlo.

—Me fío de tu criterio, Whitmore —anunció Harry—, y estoy seguro de que mi hermano hará lo propio.

—Por supuesto —concedió este.

—En ese caso comed bien que luego no quiero excusas cuando os vapulee sobre el caballo —rio Whitmore, seguro de sí mismo.

Elisabeth iba camino del comedor cuando se topó con la duquesa, que caminaba sola y pesada con paso lento e inestable, propiciado por el tamaño de su barriga.

—Buenos días, Elisabeth —la saludó con una gran sonrisa, como si toparse con ella fuera lo mejor que le hubiera sucedido en todo el día.

—Buenos días, Excelencia.

—No, por favor. Llámame Arabella, y más cuando te pida el favor de que me acompañes a desayunar —dijo con una sonrisa cansada—, estoy tan agotada que no sé si seré capaz de llegar por mí misma.

Elisabeth corrió a su lado, acortando los seis pasos que las separaban y le ofreció el brazo.

—Gracias, querida.

—Es un placer. No sabía que había desayunado ya todo el mundo. Tampoco es tan temprano.

—Es cierto, no lo es. No obstante, todos han sido muy madrugadores. Los caballeros han salido a montar y ahora que han vuelto he dejado a Harry hablando con Sarah. —Se detuvo para volver a hablar en un tono más confidencial—. Está nerviosa y Harry es la única persona capaz de calmarla.

Elisabeth le sonrió.

—Creo que amaestrar a las fieras es una de sus mejores cualidades —dijo divertida—, y si te lo estás preguntando, la respuesta es sí. Me incluyo en esa categoría.

Arabella trató de disimular una carcajada.

—Querida, eres maravillosa —rio.

—Gracias. Ojalá todo el mundo estuviera de acuerdo contigo. Está claro que tienes un criterio excelente —bromeó de nuevo.

Hacía varias horas que los caballeros habían regresado y Elisabeth todavía no había disfrutado de la compañía de su esposo, lo que dificultaba que pusiera en marcha su plan para seducirle. A pesar de los obstáculos estaba decidida a triunfar, por ello convenció a Sarah de que lo mejor para sus nervios era dar un paseo por los jardines, después de todo la propuesta era real, caminar la relajaba, ¿por qué no iba a hacer lo propio con su nueva amiga? Y por otro

lado había comprobado que Colin no estaba en la casa, con lo que la única opción que le quedaba era que su marido estuviera en los jardines, los establos o cualquier otra parte de la extensa propiedad del duque.

No tuvieron que caminar mucho para darse de bruces con los hombres. Colin junto con el duque, su hermano y otros invitados estaban disfrutando del tiro con arco.

No se le escapó a Elisabeth la expresión de tristeza de Sarah al comprobar que Rochdale no estaba entre ellos.

—¿Quieres ir por otro lado? —ofreció Elisabeth, dispuesta a pasar de largo si Sarah lo deseaba.

—No, vayamos a verles jugar.

La sonrisa de su amiga pretendía ser alentadora, sin embargo, la desilusión se leía a la perfección en sus ojos.

—Seguro que está muy ocupado en Londres. No tardará mucho en regresar.

—Eso espero o se perderá su propia boda —dijo la rubia y Elisabeth no supo si bromeaba o lo decía en serio.

No queriendo hurgar en la llaga siguieron el resto del camino hasta llegar a los hombres, en silencio.

—Buenos días —saludaron ellas al llegar.

—Buenos días, hermosas damas. ¿Dónde habéis dejado a Amelia? —inquirió Harry, quien se había dado cuenta de la ausencia de la misma.

—Está escribiendo unas cartas. En cuanto termine se reunirá con nosotras —explicó Elisabeth, contenta porque su cuñado hubiera preguntado por su prima.

Era evidente que los dos habían congeniado a la perfección. Incluso Sarah parecía haberse dado cuenta, pues su risita cuando Harry preguntó por Amelia parecía de la misma índole que la de la propia Elisabeth.

Poco a poco todos los caballeros fueron acercándose hasta ellas para saludarlas, e incluso Colin se mostró de lo más atento. Tanto que Elisabeth pensó que su plan iba a funcionar.

Para no estorbar, las damas se apartaron y dejaron que los hombres se fueran colocando para disparar.

—¿Qué vamos a apostar? Si no hay apuestas el juego no tiene gracia —apuntó el vizconde Torrington con su habitual sonrisa.

—No tengo ningún problema en apostar, estoy decidido a ganáros —rio Whitmore.

—Esto se pone interesante —apuntó Harry—, que no se te olvide, Whitmore, que yo también soy un duque y que, como tú, estoy acostumbrado a ganar.

Torrington sonrió, encantado con la competitividad que había despertado.

—No pienso dejarme vencer delante de mi esposa —intervino Colin ofreciéndole una sonrisa a Elisabeth.

Los ojos de Sarah brillaron calculadores un segundo antes de responder.

—¡Tengo una idea! El caballero que gane dispondrá de un premio muy especial, el favor de una de las dos. —Señaló a Elisabeth y a sí misma—. ¿De acuerdo, Elisabeth? Quien gane podrá pedirnos algo y estaremos obligadas a cumplirlo. —Se detuvo al ver el brillo en los ojos del vizconde y del barón de Huxley—. Por supuesto, el favor será algo decoroso, como un baile, un paseo... O quizás un consejo.

Whitmore miró a su hermana y rio por la ocurrencia.

—Si a Colin le parece bien, a mí también. No veo nada de malo en que bailes con alguien o que cenes en su compañía. —Miró a sus compañeros como advertencia.

—Yo tampoco veo problemas en ello, como digo, voy a ganar —reiteró Colin.

Se escucharon protestas de los caballeros. Todos estaban decididos a llevarse el premio.

Elisabeth aprovechó que nadie les prestaba atención para recriminar a Sarah por su ocurrencia.

—¿Estás loca? Qué sucederá si no ganan ni tu hermano ni Colin ni Harry. No tengo muchas ganas de bailar con nadie más.

—Torrington es muy apuesto —se rio.

—¡Sarah! Si Matthew te escucha decir eso no le va a hacer mucha gracia.

—En ese caso lo diré en cuanto tenga a bien aparecer para su boda.

Elisabeth se rio entre dientes. Le gustaba el carácter de su amiga. De hecho, se lamentaba por no haberle dado antes una oportunidad a su amistad.

Sarah era la clase de mujer a la que había que admirar por lo decidida que era, porque no se dejaba amilanar y luchaba por lo que ella creía que era justo.

Unos gritos de júbilo la sacaron de sus pensamientos. Se concentró en los caballeros.

—Señora, señorita, o las cosas cambian inesperadamente o me temo que esta noche voy a ser su encantado acompañante durante la cena —anunció Torrington, satisfecho de sí mismo.

Ambas le sonrieron educadas, no obstante, Elisabeth se movió para poder ver cada uno de los lanzamientos de Colin.

Media hora más tarde y a solo un tiro para que se proclamara el vencedor, Elisabeth le echó los restos y, cuando iba a disparar Colin, se acercó a él y sin importarle quien estuviera mirando le tocó el brazo, obligándole con ello a que se girara y le deseó suerte.

—¿Elisabeth?

—Vengo a desearte suerte —anunció con una sonrisa.

Después se puso de puntillas y posó sus labios sobre los de su esposo, que, sorprendido por el gesto, soltó el arco y la flecha y la asió de la cintura para besarla mejor.

Se separaron cuando los vítores se volvieron ensordecedores.

—Están recién casados —comentó Whitmore—, seamos indulgentes con él aunque solo sea por eso.

Harry, quien parecía tan encantado con el gesto de Elisabeth como su hermano, le dio el arco y la flecha para que disparara y se alejó sonriendo.

Colin, que iba el segundo en la clasificación, se colocó en posición y clavó la flecha en el centro de la diana. Se giró para mirar a Elisabeth, que aplaudía encantada y sonrió con orgullo.

—Creo que ya tenemos ganador, y no lo digo por el excelente tiro de Colin, sino porque al parecer la dama ya ha concedido su favor —rio Torrington refiriéndose al beso.

Colin sonrió y se acercó hasta su esposa para ofrecerle el brazo.

—Te acompaño hasta la casa.

Elisabeth miró a Sarah, pero esta le hizo un gesto para que no se preocupara por ella y asintió, aceptando el brazo de su esposo y disfrutando

de un poco de tiempo en su compañía.

No había duda de que su plan estaba funcionando bien.

Aun así, tenía mucho todavía por hacer.

Capítulo 21

Los siguientes días trascurrieron del mismo modo.

Colin aceptaba el acercamiento de su esposa y se mostraba amable y encantador con ella, aunque nunca propiciaba él mismo sus encuentros. Por supuesto, las noches tampoco eran diferentes. Aunque Elisabeth se acurrucaba contra él y su esposo la aceptaba de buena gana, nunca había intentado nada más.

La noche anterior ella se había permitido acariciarle, fingiéndose dormida, pero Colin no había reaccionado a su contacto. Había sentido en sus dedos lo tenso que estaba, pero ni con esas había logrado nada.

Por eso esa noche había decidido cambiar de táctica. Aunque se había retirado antes que su esposo, Elisabeth se había puesto un camisón nuevo de su ajuar de novia, se había cepillado el pelo, dejándolo suelto y sin trenzar y se había metido en la cama con un libro.

Estaba satisfecha con su actitud para con Colin durante el día. Su marido se había visto obligado a aceptar sus muestras de afecto e incluso a devolvérselas, ya que junto con lady Sarah y la ausencia de Rochdale se habían vuelto la pareja preferida de todos los asistentes.

Los primeros pasos ya estaban dados, ahora debía seguir con su plan y no podía permitirse tener miedo.

Escuchó pasos y unas voces por el pasillo, hora y media después de haberse retirado, e inmediatamente se sentó más erguida y se acomodó en la cama.

La puerta del dormitorio se abrió con cuidado y Colin asomó su cabeza por ella. Instintivamente la apretó contra su cuerpo para impedir el paso a su acompañante.

—Sterling, no será necesario que me ayudes. Yo mismo me quitaré las botas.

—Pero, usted solo no... —se quejó el ayuda de cámara.

—Lo haré, no te preocupes —insistió Colin decidido a impedirle el paso a su ayudante de cámara en la alcoba.

Su esposa estaba sentada en la cama leyendo, bajo ningún concepto iba a permitir que nadie la viera de ese modo, con aquel camisón verde musgo, del mismo color de sus ojos, y su glorioso cabello suelto y extendido sobre la almohada.

—Milord...

Elisabeth sonrió al ver a Colin tan decidido a impedirle la entrada y al escuchar a Sterling preocupado por las botas de su señor.

—Yo le ayudaré a quitárselas, Sterling, no te preocupes por nada.

—Señora, discúlpeme, no sabía que estaba despierta —dijo el ayuda de cámara a través de la puerta que se cerraba ante él—. Yo...

—Retírate, Sterling. Mañana te mandaré llamar cuando estés despierto. Buenas noches —se despidió Colin.

El hombre asintió con la cabeza.

—Buenas noches, milady —se despidió el sirviente.

—Buenas noches.

Colin cerró la puerta, que había estado bloqueando, y miró hacia la cama.

—Creía que estarías dormida.

—No tenía sueño y he cogido este libro. —Lo levantó para mostrárselo—. Me lo ha dejado Sarah y la verdad es que me ha capturado por completo.

Colin asintió sin hacerle mucho caso al título.

Ante su indecisión, Elisabeth salió de entre las mantas y Colin pudo ver sus piernas, ya que el camisón se le había arrugado alrededor de la cintura.

—¡Vamos! —dijo ella poniéndose de pie frente a él y negándole la perfecta visión que le había ofrecido antes.

No obstante... Colin se dio cuenta de lo demás.

Puede que el camisón le negara la visión de sus piernas, pero prácticamente le ponía en bandeja de plata sus perfectos pechos. El escote era tan pronunciado que podía ver el nacimiento de estos. Además, la tela era liviana y se vislumbraba a través de ella el cuerpo de Elisabeth.

Se aclaró la voz antes de hablar.

—¿Qué llevas puesto?

Ella bajó la mirada a su ropa, fingiéndose confundida por la pregunta.

—Un camisón.

—¿De dónde ha salido?

—Colin, ¿te encuentras bien? —Ella se acercó y le tocó la frente.

El roce de su piel erizó más a su esposo.

—Estás ardiendo, ¿te encuentras mal?

—Me encuentro perfectamente. Solo necesito saber de dónde ha salido tu camisón y si tienes más como ese.

Elisabeth sonrió interiormente.

—Fue un regalo de tía Margareth y, sí, tengo otro blanco y otro en azul celeste. ¿Por qué? ¿Deseas verlos?

—¡Dios mío! No. Con este es más que suficiente para una noche.

—Creo que será mejor que te acuestes. No tienes buen aspecto.

Él asintió como un niño y levantó el pie para que ella tirara de su bota. Como si quisiera torturarlo hasta la muerte, Elisabeth se metió entre su pierna y le dio la espalda, mostrándole su perfecto trasero que la delicada tela no podía ocultar.

Gimió sin darse cuenta.

Ella giró la cabeza para mirarle, alertada por el sonido.

—¿Te he lastimado?

Colin no habló. Se limitó a negar con la cabeza.

Elisabeth tiró de la bota y esta salió con facilidad. Siguió el mismo *modus operandi* con la siguiente y una vez que Colin estuvo descalzo se encargó de ayudarlo a quitarse el resto de sus prendas.

—Elisabeth, no es necesario. Puedo desnudarme solo.

—Le he prometido a Sterling que te ayudaría y voy a cumplir mi palabra.

Colin se dejó hacer, demasiado débil como para resistirse. Permitted que ella le quitara la chaqueta, el chaleco e incluso que le abriera la camisa, pero sentir sus manos sobre su piel estaba haciendo estragos en su autodominio.

Su esposa se entretuvo con el vello de su pecho. Parecía concentrada, como si le llamara especialmente la atención.

—No sabía que los hombres tuvieran pelo aquí —anunció y se quedó pensativa unos segundos.

Colin notó por instinto que algo iba a cambiar radicalmente en su vida.

—Colin —volvió a hablar ella—, ¿puedo pedirte un favor?

¡Dios mío! ¿Dónde se había metido?, pensó Colin.

—Por supuesto, querida.

—¿Me permitirías verte desnudo? Nunca he visto a un hombre desnudo y ahora soy una mujer casada, debería poder ver a un hombre desnudo... bueno, a ti desnudo, quiero decir... —se atragantó con las palabras.

Le tomó unos segundos asimilar lo que su esposa acababa de decir.

—No vas a ver a ningún hombre desnudo o vestido que no sea yo, ¿entendido?

Ella asintió triunfal y él comprendió que le había vencido en su propio juego.

—Ayúdame a quitarme los pantalones —pidió resignado.

Ella parecía encantada y Colin se estremeció cuando sus manos tibias tocaron sus muslos.

En apenas unos pocos segundos estaba completamente expuesto ante ella. Se quedó allí de pie, permitiéndole que mirara.

—¿Todos los hombres son así? ¿Tan hermosos como tú? —preguntó ella.

Colin no supo qué decir, la idea de que ella se interesara por saber cómo eran otros hombres le incendió la sangre, pero ¿qué esperaba? La había descuidado y ahora ella estaba interesada en todo aquello que él no había querido darle.

Los celos le atenazaron la garganta, tanto que la voz le salió ronca cuando habló.

—No voy a permitir que te intereses por otros hombres, ¿está claro? Yo soy tu esposo y soy el único hombre de tu vida.

Y antes de que ella pudiera responder se abalanzó sobre ella para besarla con fiereza, molesto y celoso como no lo había estado en toda su vida.

Elisabeth era su esposa y solo él tenía derecho a besarla, a protegerla... y, por supuesto, a hacerle el amor.

Se separó de ella lo necesario para quitarle el camisón. Escuchó el inequívoco sonido de la tela al rasgarse, pero no le importó lo más mínimo.

Tenía más, le había dicho, y si era necesario él mismo le compraría docenas de camiones si eran como el que llevaba puesto esa noche.

Con cuidado la empujó para que se dejara caer sobre la cama y se recostó sobre ella. Piel con piel, su calidez contra el fuego que le quemaba por dentro. Su boca buscó su cuello y descendió por él, las clavículas, los pechos, sus dulces e inhiestos pezones... Se detuvo de nuevo sobre su centro, tomándose su tiempo en saborearla mientras sus manos amasaban sus senos llenos y rosados.

Con ansia beso y lamió su interior, consciente de que nunca había probado nada tan dulce. Los gemidos de ella acrecentaban su deseo. Siguió presionándola hasta que Elisabeth estalló en su boca y fue entonces cuando se permitió a sí mismo lo que tanto deseaba, poseerla por completo. Sentirse dentro de ella, uniéndose y formando una sola unidad.

La penetró con una embestida, pero no era suficiente, necesitaba sentirla más profundo, más completamente, por lo que su boca capturó la suya y sus manos trazaron un mapa sobre su cuerpo mientras se movía en su interior.

Se apartó de sus labios para recuperar el aliento...

—Te amo —susurró ella, buscando de nuevo su boca—. Te amo y siempre te he amado.

El calor que quemaba su piel se instaló en su corazón y aceleró sus movimientos. Se movió rápido y duro dentro de ella, ansioso por liberarse, por perderse dentro su mujer.

El clímax les llegó a la vez a ambos y fue tan intenso que cuando por fin fue capaz de moverse se dio cuenta de que Elisabeth se había quedado dormida debajo de él.

Capítulo 22

Amelia se despertó sobresaltada, ¿había escuchado un grito o había sido solo producto de su sueño?

Consciente de que estaba en el ala familiar y de que su prima y su marido dormían en la habitación de en frente saltó de la cama, demasiado preocupada para ponerse una bata o unas zapatillas, y abrió la puerta de su alcoba para comprobar que todo estaba en calma y que no había sido más que su sueño lo que la había despertado. No obstante, la sensación de miedo con la que había abierto los ojos no se había desvanecido al despabilarse.

Preocupada y todavía con la piel de gallina salió al pasillo y escudriñó buscando el origen de sus desvelos. La puerta del dormitorio de Elisabeth estaba cerrada y ni se veía ni se escuchaba a nadie por el pasillo. Ni siquiera había sirvientes en la zona.

Todo parecía en calma, no obstante, la molesta sensación no se despegaba de ella.

Iba a darse media vuelta y a entrar de nuevo en su dormitorio cuando escuchó que la puerta contigua a la suya se abría y un despeinado duque de Bollingbroke aparecía por ella ataviado con una bata de seda de color vino que apenas le cubría las rodillas y mucho menos los pies descalzos.

El temor que la había atenazado se transformó en algo diferente que no supo determinar, pero que le erizó el vello de la nuca.

En cuanto se dio cuenta de su presencia, Harry pareció salir de su ensueño.

—Amelia, ¿está todo bien? Te he escuchado gritar.

—No, yo no... ¿he gritado yo?

Harry la miró de arriba abajo preocupado por su estado y, para su sorpresa, profundamente excitado por la mujer que tenía delante.

Lady Amelia estaba parada delante de él en camisón, descalza y con su glorioso cabello rojizo cayéndole en cascada hasta la cintura.

Su ropa de cama era sumamente recatada. El sobrio camisón iba abotonado hasta el cuello y, aun así, verla con el cabello suelto y con sus bonitos pies descalzos le había excitado tanto que temía que su bata se abriera y le dejara completamente expuesto ante ella.

—Estaba a punto de dormirme cuando te he escuchado gritar. — Carraspeó para aclararse la voz.

—¡Oh! Lo siento. Espero no haber despertado a nadie más —dijo mirando alrededor casi esperando que más gente saliera de sus habitaciones para comprobar a qué se debía el alboroto.

—No te preocupes. Están todos durmiendo. Soy el único que estaba despierto, por eso te oí gritar. —Amelia parecía confusa por lo que se explicó mejor—. He estado leyendo hasta hace unos minutos. Elisabeth y Colin se retiraron hace horas igual que los demás. No creo que nadie te haya escuchado.

—Siento haberte molestado.

—¿Estás bien? ¿Por qué has salido al pasillo? —preguntó acercándose a ella y empujándola con suavidad para que regresara a su habitación.

Amelia se dejó hacer, demasiado aturdida para protestar.

—No lo sé. Me desperté al escuchar un grito. No sabía que había sido yo —se disculpó de nuevo.

—Sería una pesadilla. Ahora métete en la cama.

El sonido de la palabra en labios de Harry despertó a Amelia de golpe.

—¡Oh! No puedes estar aquí. ¡Dios mío! ¿En qué estaba pensando para dejarte pasar? Tienes que irte antes de que alguien te vea.

Harry suspiró cansado.

—Son las cuatro de la mañana, no me va a ver nadie. Ahora acuéstate para que pueda regresar a mi dormitorio. —Y añadió medio riendo—: Pareces estar decidida a arruinarte y arrastrarme a mí a tu ruina. Primero te presentas en mi casa y ahora...

—Tienes razón, lo siento mucho —dijo metiéndose entre las sábanas.

—No te disculpes más —pidió él cada vez más desesperado por salir de allí—. Tus necedades son lo único arriesgado en mi vida —confesó sin darse cuenta siquiera de lo que decía.

Con mucho cuidado para no tocarla le ajustó las mantas.

—Buenas noches, Amelia.

Ella no respondió, ya se había vuelto a quedar dormida.

Le echó un último vistazo y salió con sigilo del dormitorio.

El pasillo seguía tan desierto como siempre, por lo que regresó a su alcoba y tras quitarse la bata se metió en la cama.

La sintió fría, tan fría que le hizo temblar a pesar del calor que emanaba de su cuerpo.

Las últimas semanas habían sido una locura, decidió. Todo había comenzado cuando pilló a su hermano espiando a Elisabeth y desde ese instante no habían dejado de suceder cosas que le habían desconcertado, alegrado o solo sorprendido.

La boda de Elisabeth y Colin, la boda de Sarah y Rochdale y, por encima de todo ello, la presencia de Amelia, primero en un segundo plano y después acaparando toda su atención...

Como esa noche. Sabía que había gritado ella antes siquiera de salir al pasillo. De hecho, ese era el motivo por el que había abandonado su cama caliente y se había aventurado a ver qué sucedía.

Esa mujer jugaba con fuego y ni siquiera se preocupaba por las consecuencias, siempre con la mente puesta en los demás. Pensando en Elisabeth había ido a su casa, sola y sin preocuparse por su honor y, esa misma noche, había salido de su cama preocupada porque alguien estuviera en peligro cuando la única que ciertamente lo estaba era ella...

Harry se dio la vuelta en la cama, como si al hacerlo pudiera desechar los pensamientos que se le apelotonaban en la mente. Había logrado su objetivo, se dijo, Colin estaba casado y en muy pocos meses habría en camino un heredero para el ducado.

Por lo que casarse no entraba en sus próximos planes. Ni siquiera cuando se le cruzaban bellezas pelirrojas más temerarias y directas de lo que parecían a simple vista.

Capítulo 23

Cuando Elisabeth abrió los ojos, Colin se estaba terminando de poner la chaqueta. Consciente de que iba a marcharse sin despertarla se levantó en la cama y se colgó de su espalda.

—Buenos días, esposo —lo saludó, radiante de felicidad.

—Buenos días, no quería despertarte. Tienes que estar agotada.

Ella se sonrojó por la alusión a lo que habían estado haciendo la noche anterior.

—No menos que tú —dijo con una sonrisilla.

—Sí, bueno, yo... Tengo que bajar, Harry me estará esperando —dijo deshaciéndose de su abrazo.

Elisabeth se quedó allí plantada mirándole como si de la noche a la mañana le hubieran crecido tres cabezas.

—Colin, por favor, dime qué sucede.

Él estaba ya casi a punto de abrir la puerta, pero se detuvo al escuchar su voz rasgada.

—No pasa nada, Elisabeth, está todo bien.

Comprendió que ella iba a estallar segundos antes de que lo hiciera.

—¿Siempre va a ser así? ¿Cada vez que estemos juntos vas a hacerme sentir tan mal después?

—No sé a qué te refieres.

Ella le fulminó con la mirada.

—De hacer el amor contigo, Colin. Estar entre tus brazos es maravilloso, lo más bonito que haya experimentado nunca en mi vida, en cambio, despertar contigo de ese precioso sueño es un maldito infierno. Y necesito

saber si siempre va a ser así, un sueño del que cuando despierte me trasladará a una dolorosa pesadilla.

Colin se había quedado tan mortalmente pálido que Elisabeth se planteó el acercarse a él para comprobar que todavía respiraba.

—¿Qué has dicho?

—No me hagas repetírtelo, Colin. Límitate a responderme. ¿Va a ser siempre así? ¿Vas a seguir guardándome rencor toda la vida por haberte obligado a casarte conmigo? Porque si es así tengo derecho a saberlo. Necesito entender de una vez cómo va a ser nuestro matrimonio.

—No te guardo rencor, Elisabeth. Lo que sucedió no fue culpa tuya.

—No te dije quién era, permití que creyeras que era una dama experimentada y entonces...

Colin se acercó veloz a la cama. Se hincó de rodillas ante ella y con las yemas de los dedos le acarició la mejilla por la que le resbalaban las lágrimas.

—Siempre supe quién eras. ¿Por qué crees que me enfadé tanto con Harry cuando lo vi hablando contigo? Sabía que eras tú la mujer a la que invité a dar un paseo, sabía que eras tú cuando te besé y, por todos los demonios, sabía que eras tú cuando te hice el amor en aquel banco en medio de la nada. Y si crees que te guardo rencor a ti es porque no me conoces lo más mínimo. La única persona que merece mi rencor soy yo mismo, por robarte tu virginidad de ese modo.

Elisabeth lloró con más intensidad. Colin no sabía si lloraba de felicidad o de pena. No obstante, siguió acariciándola, rogando para que no le rechazara.

—No me la robaste —respondió ella cuando pudo recuperarse para hablar—, yo te la di y lo hice porque te amo, Colin, siempre lo he hecho. Te amo y ya no me avergüenza decírtelo, aunque tú no sientas lo mismo por mí.

Él no respondió, no podía hacerlo en esos instantes. Incluyó su cara y la besó. Sus besos sabían salados como las lágrimas y a pesar de ello se sentían dulces y esperanzadores.

Durante semanas se había castigado a sí mismo negándose lo que más deseaba en el mundo, a Elisabeth, su esposa, sin ser consciente de que con ello la estaba castigando a ella. Había creído que ella se había sentido obligada a casarse con él, después de todo, se había negado a hacerlo esa noche en el carruaje cuando él le había dicho lo que iba a suceder, y desde

ese instante había estado tan cegado por su sentimiento de culpa que no había sido consciente de nada de lo que sucedía a su alrededor.

Se separó de ella lo justo para decirle la verdad.

—Yo también te amo, Elisabeth. Siempre lo he hecho y siempre me he sentido culpable por ello. Eras la hermana pequeña de mi mejor amigo y, después, cuando él murió por mi culpa, yo...

—No, no digas eso nunca más, Colin, prométemelo. No fue tu culpa. — Lo asió de los brazos con fuerza.

—Elisabeth...

—No. No fue tu culpa. ¡Dilo, Colin!

Ella se mostró decidida a que lo dijera, a que comprendiera que ni había sido su culpa ni habría podido hacer nada para detener a Lucien, que estaba resuelto a llevar su palabra hasta el final. Además, el destino había jugado su última baza sellando así el destino de su hermano.

—No creo que...

—¡Dilo! Por favor, Colin, te quiero. ¡Dilo! Por ti, por mí, por nosotros...

—No fue culpa mía —concedió por fin.

Ella le abrazó con fuerza. Dispuesta a no soltarlo nunca más y, por primera vez desde la muerte de Lucien, supo que él tampoco tenía intención de dejarla escapar.

Epílogo

Tras la preciosa boda de Sarah, en la que Elisabeth había recuperado a su esposo, las siguientes semanas transcurrieron entre un sinfín de bailes, visitas a la ópera y demás reuniones sociales propias de la temporada.

Colin se había empeñado en aceptar todas las invitaciones que fuera posible para acallar cualquier rumor sobre el distanciamiento entre lord y lady Strafford. Él era el encargado de llevarla y traerla de las fiestas a las que asistían.

Por culpa de su orgullo, su matrimonio no había comenzado con buen pie y la alta sociedad se había hecho eco de la situación de abandono en que había dejado a Elisabeth, lo que había puesto a su esposa en una situación delicada que estaba decidido a resolver.

Para ello, no solo se dejó ver en público con ella, sino que mostró a todo aquel que quisiera verlo lo mucho que la quería. Sus gestos afectuosos en público le valieron la reprobación de algunas matronas demasiado obsesionadas con las formas, no obstante, mereció la pena porque Elisabeth volvió a sonreír feliz.

El apoyo incondicional que Harry le había mostrado a su esposa, aun cuando él mismo no había sido capaz de dárselo, lo unió más a él y por fin aceptó lo inevitable, que mientras su hermano no se casara y tuviera descendientes él era el legítimo heredero del ducado. Pero sobre todo le enseñó que un verdadero caballero no renegaba de sus obligaciones por muy molestas que estas fueran.

En cualquier caso y por muy consciente que fuera de ellas, sus obligaciones podían esperar otro día más. Aquella mañana de sábado tanto Colin como Elisabeth quisieron aprovechar el tiempo perdido y decidieron

que el día era demasiado frío como para abandonar el lecho conyugal. Por ello tomaron el desayuno en la cama y disfrutaron de su mutua compañía.

—Jamás imaginé que pudiera ser tan feliz —confesó Elisabeth rodeada por los brazos de su marido.

—Yo tampoco.

—Todo se lo debemos a Harry.

—Estoy seguro de que sabrás cómo pagárselo —apuntó su esposo con una sonrisa.

—¿Por qué dices eso? —su tono era inocente, pero no engañaba a Colin.

—¿Crees que no me he dado cuenta de tus intenciones? ¿O de la inesperada amistad que has trabado con la marquesa de Rochdale? Si no recuerdo mal, antes os repelíais la una a la otra.

Elisabeth se revolvió en sus brazos para mirarle directamente a los ojos.

—No sé de qué me hablas. La marquesa siempre me ha parecido encantadora.

Colin lanzó una carcajada divertida.

—¿No te dijo el sacerdote que está mal mentir a tu marido?

Ella se dio por vencida.

—De acuerdo. Es posible que lady Sarah me caiga mejor ahora que hace unos años y que me atraiga mucho la idea de ver casado a tu hermano, pero es que le debemos mucho. Además, si se casa, bien podría llegar a ser tan feliz como lo somos nosotros.

Colin volvió a reír.

—Puntualiza, querida. Tú no deseas que Harry se case con una buena mujer, tú deseas verlo casado con Amelia. Cualquier otra dama no te serviría.

Elisabeth parpadeó sorprendida por la perspicacia de su esposo. ¿Era, acaso, tan evidente en sus movimientos?

—¿Cómo lo...? ¿Es eso tan malo?

Colin le dio un beso en la nariz antes de responder.

—No lo es. Tu prima es encantadora una vez que vence su timidez inicial. Además, estoy de acuerdo contigo con que sería una duquesa maravillosa.

Colin pensó que merecía la pena darle la razón solo por ver la sonrisa radiante de Elisabeth, no obstante, en ese caso en particular debía dársela por absoluta convicción. Amelia era la clase de mujer que su hermano necesitaba.

La parte complicada era que este se diera cuenta de ello. Ciertamente que, desde el cambio en la forma de peinarse y de vestir de la dama, Harry parecía interesado, pero tal vez no se trataba más que de mera cortesía. Harry era así.

—¿Quiere decir eso que vas a ayudarme?

—Para nada, querida. En esto estás sola o, mejor dicho, cuentas con la ayuda de la marquesa. Yo, por mi parte, me niego a involucrarme en asuntos femeninos, ni siquiera por ti. Y o mucho me equivoco al juzgar a Rochdale o en este punto él también va a dejar a su esposa que se apañe sola con sus maquinaciones.

Elisabeth frunció los labios en un tierno puchero.

—Pero, Colin...

—No, Elisabeth. Mi hermano es mayorcito, puede arreglárselas sin nuestra intervención. Tú límitate a invitarlos a los dos a cenar y deja que el destino siga su curso.

Una expresión calculadora apareció en su bello rostro.

—Tengo una idea mejor. Hagámoslos padrinos de nuestro hijo.

Colin parpadeó sorprendido.

—¿Cómo dices? ¿Estás embarazada?

Ella sonrió traviesa.

—Todavía no, pero si tú estás dispuesto podemos cambiar ese hecho cuanto antes.

Colin no respondió, al menos no con palabras, antes de que Elisabeth pudiera decir nada se encontró con los labios y el cuerpo de su esposo sobre ella.

—Me encanta la idea —musitó él—, no hay nadie con ideas tan buenas como las tuyas.

La risa de ella fue sustituida por otros sonidos mucho más dulces.



OLGA SALAR, nació en Valencia un veintidós de enero. Pasó su niñez entre los libros de *El pequeño vampiro* de Angela Sommer Bodenburg, y desde entonces no ha parado de leer, su afición literaria se convirtió en algo más cuando se licenció en Filología Hispánica.

En diciembre de 2009 creó el blog literario Luna Lunera (Diario de una Lunática) del que es administradora. Gracias a él es conocida en la red como Olga Lunera. Es también la fundadora del Club Cadena de Favores en Facebook. Reparte su atención entre la literatura juvenil y la romántica adulta. Y será en estos dos géneros en los que se ubicarán sus novelas.